FRAY MOCHO



"INCOGNITA"

Por Pedro Catasús

N.º 794

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



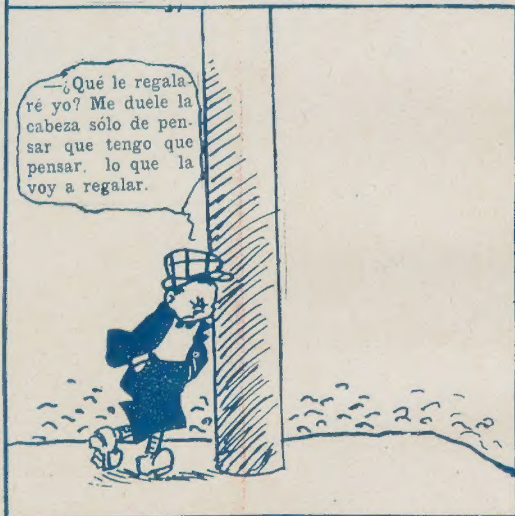






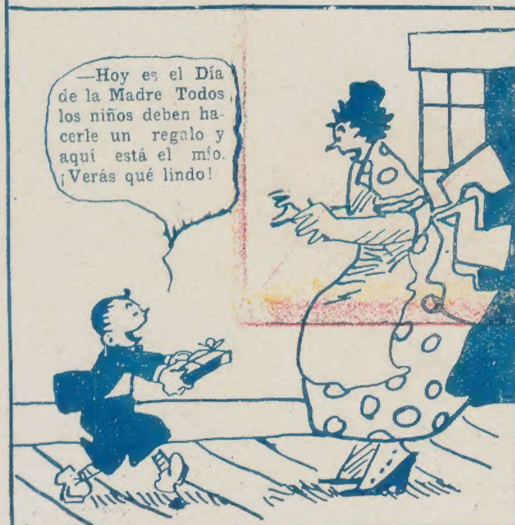
















FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, 12 de julio de 1927 — N.° 794

Cosas del día, por Rojas



—¿Qué traje es ese que llevas?
—Soy "varita" de tráfico aéreo entre Nueva York-París. Son tantos los aviadores que tienen el berretín de cruzar el Océano por ese lado, que hay que tomar medidas para que no se interrumpa la circulación.

—Justo, los Dickmann y Repetto han formado una familia, y todo aquel que no esté de acuerdo con sus disposiciones será declarado traidor al Partido Socialista. ¿Qué le parece?
—¡Que eso ya no es Justo!

—¿Cómo abandonó usted el "jazz band" tan ruidoso para dedicarse solamente a tocar cosas románticas?
—Es que me he hecho amigo de Melo y por eso no toco más que melo-días.

—Los diarios hablan de un gallo que dió Fleta la otra noche, cantando en el Colón. Es un gallo que le cuesta a la empresa seis mil doscientos pesos.
—Me parece caro habiendo pollos a lo spiedo que cuestan tres pesos cincuenta y se come uno hasta los huesos.

—No me explico cómo el termómetro de usted subiera tanto ayer con el frío que hizo. . . .
—Subió tanto porque me lo llevé al quinto piso.



EL TAPADO

Por Pedro Heredia

Tranquilízate, paciente marido. Perdona la ingrata desilusión, coqueta mujercita; muy equivocada estás si en las siguientes líneas piensas encontrar la descripción de algún nuevo modelo que haga resaltar tu arrogante silueta, provocando la admiración de unos y la desesperación de "otro". Llaman tapado, en Misiones, a los tesoros que dejaron sepultados los jesuítas en época de la conquista, en cuya búsqueda se encaminó al mortal escritor de estas líneas, acompañado por otros dos intrépidos conocedores de aquellos lugares. Poco me interesa que los incrédulos pongan en duda esta fidedigna historia, creyéndola producto de una ardiente fantasía; por mi parte narraré, sin agregar ni quitar un ápice, todos los acontecimientos que muchos creerán inverosímiles.

El trece de enero de 1913 (nunca olvidaré la fecha) mientras saboreaba tranquilamente el café, condición indispensable para comenzar mi labor de seis largas horas, — si es que hay horas más largas que otras — se presentó el ordenanza Sánchez, quien, sin pronunciar palabra, paseó su mirada por el amplio salón buscando seguramente una víctima. Y digo víctima, porque su presencia era siempre portadora de malas noticias, por cuyo motivo le mirábamos como el símbolo de la jetta, fama en realidad bien merecida, por cuanto el llamado hacia un empleado significaba el anuncio de un apercibimiento, una amonestación o alguna cesantía que se había firmado al promulgarse el nuevo presupuesto. No extrañe, pues, si la llegada del negro Sánchez paralizaba la sonrisa en todos los labios, quedando perplejos, con las tazas en suspenso, y reteniendo la respiración hasta tanto su mirada, que temblaba sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles, eligiera al desdichado mortal que debía comparecer ante el jefe para recibir — de seguro — una mala nueva. Por fin la mirada burlona del negro ordenanza se detuvo al encontrarse con la mía:

—De parte del jefe, que se presente con sombrero y todo.

Mis compañeros, que vieron desaparecer el peligro, respiraron libremente, y a mí nunca me pareció tan desagradable aquel mal café que pocos momentos antes gustaba con exquisita voluptuosidad. Los treinta peldaños de la escalera fueron interminables, a pesar de bajarlos de dos en dos; miles de conjeturas pasaban por mi mente como relámpagos, tratando, en vano, de buscar el motivo de aquella llamada "con sombrero y todo", y resignándome ante cualquier catástrofe, sintiendo no haberme despedido de mis compañeros, me presento ante el jefe, en espera de la sentencia.

—De orden de Su Excelencia — me dijo a quemarropa — mañana a las ocho se embarcará usted para Misiones a relevar al ingeniero Madariaga que se ha roto una costilla. Continuará los trabajos del puente. Aquí tiene los pasajes, las instrucciones y... buen viaje.

—Pero debo prepararme...

—¡Nada! Mañana se embarca usted. No olvide las instrucciones.

Saludé, dí media vuelta, salí, llegué a casa agitado y sudoroso, compuse mi valija, y durante toda la noche no pude conciliar el sueño, pensando que iría a enterrarme durante largo tiempo en un lugar solitario, lejos de la civilización, donde, según decían, todos los animales feroces se habían dado cita para hacer inhabitable aquella región.

Así fué como conocí aquel pintoresco lugar y al personaje que, con sus persuasivas palabras, me hizo entrever que todas las riquezas del "Imperio Jesuítico" estarían en nuestro poder con solo quererlo.

Me instalé en Santa Ana, antigua población — hoy en completa ruina — y después de esfuerzos titánicos conseguí alojamiento en casa del señor Silvestre Merlo, maestro de escuela del lugar, que vivía con una hermana entrada en años y en carnes, quien me dijo que las palabras hotel, fonda, posada y todas sus similares eran desconocidas allí.

Don Silvestre, que así lo llamaremos en lo sucesivo, era un hombre delgado, seco, de nariz aguileña, labios finos, mirada brillante, que como luz salía de sus pequeños ojos alojados en cavernosas órbitas. Vestía una especie de no sé si levita, jaquet o sobretodo, de color indefinido sospechándose que en sus buenos tiempos habría sido azul o negro. El conjunto de don Silvestre era raro y fantástico. Su abundante cabellera negra y lacia, que muchas veces caía sobre la frente, obligábale a un continuo ademán con que pretendía domar aquel rebelde cabello, que con insistencia cubríale la frente a manera de pantalla.

Todas las noches, al volver de mi trabajo, sorprendía a don Silvestre absorto en la lectura de un enorme libro, que presuroso ocultaba al notar mi presencia, y me llamó la atención cuando ví que proseguía la lectura una vez que creíase inobservado. Tomé aquello como una manía, y como pienso que para vivir en paz es menester respetar las manías, nada dije, ni siquiera hice alusión sobre el misterioso estudio de don Silvestre.

Al poco tiempo de estar en la casa, me trataban como si fuera de la familia, pero nunca me dijeron que era lo que estudiaba durante tanto tiempo aquel enamorado de la lectura. Efectivamente, se dejaba entrever de su conversación que había leído mucho, de una lectura desordenada y sin método. Su fuerte era la historia y la psicología — a juzgar por sus afirmaciones — y sus conversaciones predilectas versaban siempre sobre temas de espiritismo y sugestión.

Una noche manifesté deseos de visitar las ruinas jesuíticas que, según me habían referido, se encontraban cerca de allí, en el cerro Santa Ana, contiguas a los yerbales, y nos pusimos de acuerdo para ir un domingo bien temprano.

El ansiado día llegó, llevando por compañía a un señor Guillermo Frick, campesino de origen alemán, cultivador de una pequeña extensión de terreno que el gobierno le había donado para colonizar aquellos lugares.

—No deje de llevar su impermeable, pues aquí nunca se está seguro del tiempo — dijo el alemán.

En menos tiempo de lo que canta un gallo se desencadena una tempestad.

Don Silvestre hacía de cicerone, explicando con pelos y señales cómo habían sido sorprendidos los jesuítas por don José Ignacio Merlo, (de quien él se decía descendiente en línea recta), que, portador de las instrucciones escritas de puño y letra del conde de Aranda, había llegado a Buenos Aires en época de Bucarelli. Enardecido con su peroración, nos refería cómo los agentes de Bucarelli sorprendieron a los jesuítas en la mañana del tres de julio de 1763 y que, después de embarcarlos, sin ninguna resistencia, se sorprendieron al encontrar las arcas completamente vacías.

Aquí hizo una larga pausa, y después de observar atentamente a Frick y a mí, con voz sentenciosa dijo:

—Los jesuítas enterraron sus tesoros, seguros de regresar, pues veinte y cuatro horas antes supieron la llegada de los emisarios de Bucarelli, transmitiéndose la noticia en media hora por todas las reducciones.

—¡Imposible! — exclamé yo. — Ahora que conozco estos lugares, veo que para trasladarse de un punto a otro, se necesitan más de tres días, y con más razón en aquellos tiempos que no existían las picadas que hoy han ejecutado a través de los bosques impenetrables.

—¡Ah!... señor. Observe dónde están situadas todas las ruinas jesuíticas... Santa Ana, Apóstoles, San Ignacio, Candelaria, Mártires...

—Tanto peor...

—¡Tanto mejor! — exclamó irritado don Silvestre, que a la mínima contradicción se ponía hecho un energúmeno. — ¿No ve usted que todos los lugares que le he citado se hallan situados en las cumbres de las sierras o lomas, en los parajes más altos? Y bien; los jesuítas, sepa usted, se comunicaban por medio de grandes humaredas como si fuera un telégrafo sin hilos.

—¡Maravilloso! — exclamó el alemán.

—A una señal dada, que significaba peligro, todas las reducciones jesuíticas escondieron sus tesoros; ¡y nosotros los encontraremos!

Tanto el alemán como yo pegamos un salto, creyendo que don Silvestre había perdido el juicio.

—Usted es el hombre que yo necesitaba, — dijo dándome una fuerte palmada en el hombro, — pues podrá dirigir con acertado tecnicismo una buena excavación.

Yo sonreía, no dando importancia a las palabras de don Silvestre, que terminé por creerlo evidentemente loco.

—¿E ió que podi hacer? — preguntó el alemán al parecer entusiasmado.

—Usted también tendrá su parte. Si juran ayudarme, seremos ricos antes de una semana... Pero prometedme absoluta reserva, sin cuyo requisito todo estará perdido. El alemán juró solemnemente, y yo... tuve que hacer otro tanto.

—Consideren ustedes que los tesoros ocultados son inmensos, recordad la gran cantidad de indios que trabajaban asiduamente sin ganar nada, pensad que este precioso suelo está cubierto de minas de oro, cobre, hierro, que eso se explotaba y que todas las pingües ganancias iban a parar a la comunidad. Los tesoros sepultados son fabulosos

—¡Volvamos a casa sin pérdida de tiempo! Los enteraré del secreto que desde largo tiempo oculto en mi pecho.

Regresamos a todo galope a la escuela, y sin darnos tiempo ni siquiera para sacudirnos el polvo del viaje, nos encerró en su habitación, presentándonos el célebre libro que antes había ocultado al enterarse

LA HORA VESPERAL

Bajo un cielo de abril, su cabellera
desenlaza la noche lentamente,
y reflejada apenas en la fuente
nuestra amiga—la Luna—nos espera...

Su sobresalto tímidos escudan
en su propia penumbra los jazmines,
y al día, que se muere en los confines,
parece que los árboles saludan.

La calma de la hora se refleja
en tu inquietante gravedad de esfinge
mientras la sombra que nos cubre, finge
un tropel de fantasmas que se aleja

y tu mirada inmóvil y severa
bajo el párpado amante como un nido,
es un pájaro azul que se ha dormido
sobre el jardín violeta de la ojera...

Belisario ROLDAN.



de mi presencia... Después de hacernos jurar nuevamente, abrió aquella reliquia de amarillentas páginas y lo colocó cuidadosamente sobre el escritorio.

—Este libro, fué encontrado por mi abuelo en el fondo de esta casa, y ha necesitado tres generaciones para descifrarlo, cumpliéndome a mí tan alta gloria, pues, como verán, está escrito en clave.

—¡Atmirables! — gritó el alemán, que como yo, creía que allí estaba explicado dónde encontraríamos el tesoro.

La empresa es difícil, pero estoy seguro que llegaremos al término, puesto que en ustedes he encontrado dos hombres de carácter y decididos.

El alemán se puso de pie e hizo una profunda reverencia.

—Pongan atención a lo que dice el libro:

"Se tomará un macho cabrío, " mátesele en día viernes, a las " ocho de la noche, en luna de " cuarto creciente. Tres personas " del sexo masculino, con tres cu- " chillos, forjados especialmente " para el caso, clavarán cada uno, " su arma, una sola vez, en el cue- " llo, vientre y corazón, simultá- " neamente. Muerto el animal, quí- " tésele la piel y se la convierte en " tiras de tres pulgadas de ancho, " añadiéndolas con hilos hechos de "las tripas, mientras a fuego lento, " con leña de manzano, redúzcase " a cenizas la carne del animal, ad- " virtiendo que los operadores no " deben probar ningún alimento " desde las doce horas antes de la " operación. Recójanse las cenizas " y guárdeselas en un cofre de pa- " lo santo. Con la tira de piel, há- "gase un círculo, dentro del cual " se colocarán las tres personas, " cuyo presidente será el que haya " herido en el corazón al macho ca- " brío. Declámese la invocación de " página setenta y siete por siete " veces y aperecerá inmediatamen- " te Belzebú, que se pondrá a tus " órdenes y a quien mandarás co- " mo un esclavo. "No te amilanes, " él no podrá entrar en el círculo, " las cenizas de su antecesor será " tu talismán. Trátalo con energía " y dureza y te servirá en lo que " mandes. Sólo el presidente podrá " hablar y sólo con Belzebú. Ten " cuidado, no te dejes engañar, por- " que suele presentarse en forma " de animal, de mujer, de un ami- " go, o de mil formas distintas, " pues es muy astuto y pretenderá " engañarte para romper el círcu- " lo, y entonces todos estaréis per- " didos. Elegirás una noche de sá- " bado, de luna en cuarto menguan- " te, cielo limpio y despejado y ve- " rás bien pronto, al comenzar tu " invocación, que una nube invadi- " rá el firmamento, cubriendo al " estrellado cielo mientras dure la " operación...

. . . .

" Una mesa, tres sillas, tres can- " delabros con velas de sebo del " macho cabrío, y cada uno empu- " ñe su cuchillo, mostrándolo ame- " nazador al aparecer el nocturno " visitante..."

Así seguía haciendo una serie de advertencias; luego, la forma de vestir del presidente, que debía endosar una banda, un bonete, una capa con inscripciones cabalísticas, una varita roja... y qué sé yo, cuántas cosas más.

Cuando don Silvestre suspendió la lectura, transpiraba a mares; levantóse y nos mostró todos los objetos requeridos. Sólo faltaba matar al macho cabrío, y a tal efecto, hacía ya un año que criaba uno y que yo había visto en el huerto de la casa.

El alemán estaba muy entusiasmado; saltaba de contento, pues don Silvestre aseguraba que pronto tendríamos más millones que la misma "Caja de Conversión". Yo incrédulo a todo; pero sigamos... los hechos hablarán.

Se mató al macho cabrío, se convirtió en cenizas, etc., etc. No me explico cómo puede aguntar el hambre, y en más de una ocasión, en un descuido de don Silvestre, quise comerme una costillita del sabroso animal, pero la ira del maestro llegó a tal grado que me dió miedo al verlo dispuesto a cometer un desatino.

—¡Miserable — gritó furioso. — ¿Es posible que no puedas contener la gula, pensando que por ese efímero y mísero bocado te expones a perder una cuantiosa fortuna?

El alemán, que también me había imitado, no sabía si devorar de un mordisco la apetitosa carne o volverla a tirar al fuego.

—Herr Salvestre, ió rinuncia a los miliones si permite comer esta chivo. Prefiere un mínimun de realidad a un máximum de idealismo.

Ante esta sentencia del alemán, la ira del maestro llegó al grado superlativo absoluto.

—Si así desperdiciáis la fortuna que os ofrezco, en modo alguno tenéis autorización para labrar mi desdicha. Y furioso, con un gesto imperativo, nos obligó a sostener el ayuno hasta terminada la operación.

Desde temprano nos instalamos cerca de las ruinas jesuíticas, donde "tres siglos nos contemplaban". Una vez dispuesto todo, el presidente (que era don Silvestre) comenzó a invocar al fiero Satanás:

"¡Oh, tú espíritu poderoso, yo " te conjuro!... Preséntate a mi " llamado, para obedecerme en to- " do lo que yo mande. Preséntate " sin demora, en forma agradable, " en nombre de la potencia del gran " Adonay, Elohim, Ariel, Jehová, " Agla, Tagle, Mitatrón y de todos " los otros espíritus poderosísimos " y por la potencia de Zariatnat- " mich, de la vara de Moisés y del " remo de Carón, barquero del " Aqueronte! Ven, yo lo mando! " Ven si no quieres que te ator- " mente con la vara fulminante a " ti y a todos los tuyos, no con- " cediéndote un momento de repo- " so. ¡Ven, yo lo ordeno!"

Así rezaba la invocación de la página 67.

La noche era hermosísima, el silencio de la selva impresionante, y la tétrica figura del maestro, con esa extraña vestimenta, tenía un aspecto macabro. Con sus lentes en la punta de la nariz y la vista, baja, leía en voz alta, pero sin que yo pudiera pescar una sola palabra, a pesar de que me consta que hablaba en castellano.

De pronto la mesa tembló con insistencia; miré para ambos lados y vi que el alemán movía con su codo al presidente, indicándole con sus ojos saltones que observara al frente. Este levantó la vista, sin interrumpir la lectura, apoderándose un estremecimiento de toda su persona, comunicándomelo a mí que lo tenía tomado por el brazo.

En seguida comprendí la causa del espanto de mis compañeros; una negra nube se levantaba en el horizonte, invadiendo el estrellado cielo. Sentí frío en las venas, se erizaron mis cabellos como si una mano invisible me los tirara con suavidad. Temí perder la calma, e hice esfuerzos para permanecer sereno y no mostrarme cobarde a los ojos de mis camaradas. A duras penas pude reprimir un grito de terror cuando, en la soledad el momento fuimos aturdidos por un formidable trueno. Los tres nos miramos entre asombrados y temerosos, como queriéndonos animar el uno al otro, pero el pánico llegó al colmo cuando divisamos que una figura humana se acercaba hacia el círculo, mientras el viento anunciador de la tempestad amenazaba apagar los débiles candiles.

Pensé que tal vez, don Silvestre estaba en lo cierto y me arrepentía no haber dado crédito a sus palabras. El pensamiento de que en breve seríamos archimillonarios amortiguó el miedo que producía la presencia del espíritu invocado.

El infernal visitante ya estaba cerca de nosotros y don Silvestre, con tartamuda voz y equivocándose a menudo, redoblaba su invocación, mientras los tres blandimos en alto nuestros cuchillos relucientes.

Belzebú llegó justamente a la orilla del círculo, donde se detuvo observando con curiosidad.

Los tres temblamos de pies a cabeza; sin embargo, hay que decir en honor a la verdad que don Silvestre parecía el más animoso de todos, y proseguía en su discurso:

...En nombre de la potencia del gran Adonay, Elohim, Ariel, Jehová, Agla, Tagle, Mitraton, etc.

El diablo seguía observando con curiosidad sin proferir palabra, y don Silvestre seguía:

...Por la potencia de Zariatnatmih (al llegar a este nombre siempre se equivocaba y tenía que repetirlo varias veces deletreando), de la vara de Moisés, etc...

Por fin nuestro presidente creyó oportuno ordenar al espíritu de Satanás:

—Dime, oh, enviado de Plutón, ¿dónde está el tesoro jesuítico?

Un cosquilleo inexplicable pasó por todo mi cuerpo cuando vi que el diablo, con un además solemne, parecía disponerse a pronunciar un amplio discurso.

Ya sabríamos dónde estaba el tesoro y al otro día seríamos millonarios. El Diablo habló:

—Pero, don Silvestre, no me conoce?... Soy Cirilo, que vine porque me llamó la atención ver en el campo esas luces.

E intentaba entrar en el círculo protector:

—Señor maestro, por Dios, no me asuste... Soy Cirilo.

—Contesta y tiembla — gritó nuestro presidente.

—Vamos, don Silvestre, que se nos viene un aguacero encima... ¿Qué dirá la pobrecita, su hermana, si lo ve llegar hecho una sopa?

—¡Te ordeno contestes! Por Zeuz, Plutón, Orfeo, Belzebú y Papesatán! ¿Dónde está el tapado?

Los tres nos levantamos de nuestros asientos en el preciso instante que el enviado de Satanás pretendía romper el círculo, teniendo ya un pie dentro de él, pero nuestras amenazadoras actitudes le hicieron cambiar de resolución.

—Pero, don Silvestre, por el amor del cielo, ¿se ha enloquecido?...

Llenos de coraje, los tres presentamos amenazadores nuestros cuchillos, y me imagino que nuestros rostros eran tan decididos que obligaron a salir a escape al visitante que pretendía destruír el círculo. Inútiles fueron las repeticiones de la invocación. El pobre diablo seguía corriendo y lejos ya del peligro, se daba vuelta temiendo nuestra persecución, mientras un fuerte aguacero cayó sobre nosotros, obligándonos a regresar al pueblo iluminados por los relámpagos y calados hasta los huesos, llegando a la escuela más muertos que vivos, rendidos por la fatiga y temblando de pavor.

CIUDAD BURGUESA

Todo en ella perdonan, no el desdeñoso gesto;
convecinos ramplones se disfrazan de artistas
y exprime las exhaustas ubres del presupuesto
la infecunda labor de los oficinistas.

En noches de retreta concurren a la plaza
chicas de alma enigmática y rostro angelical,
algunas hace tiempo que salieron de caza
y hasta se han hecho amigas del cronista social.

Aldea burocrática de las renunciaciones
donde las almas grandes se asfixian sin remedio:
abortan en su seno todas las rebeliones
y reinan soberanas la estulticia y el tedio.

Sus hijos no la quieren, le roban los extraños
y, reina envilecida por pasiones rastreras,
en infecunda calma mira correr los años
sin un viento glorioso que agite sus banderas.

Augusto CORTINA ARAVENA.

SAJAMA

Por Fausto Burgos

Arriba, en la cuesta, detuvieron a los burritos de andadura mansa.
—¿Lo sentís al keu?
—Lo siento, tatay.
El keu, tamaño como el guaicho, de lomo plomizo, yuto, de pechito claro, es el ave montés que barrunta los furiosos temporales y el viento terrible que cierra los cerros.
Cerca, cerquita, silba un keu, silbaron otros y otros.
Cruz Sajama y su hija, allá junto a unos pedrones, en un trecho llano, clavaron la mirada.
—¿Lo veis?
—¿Allacito?
—Sí... Se acabarán bailando...
¡Oh!... la danza alegre de los keus monteses. Alzaban las alitas, formaban corro y alborozados, seguíanse, seguíanse, silbando, silbando, silbando.
A la sazón que Cruz los miraba, le pasó por las mientes el recuerdo de los largos días de llovizna y del viento terrible que cierra los cerros. La María Sajama se agachó para coger una piedra.
—No... no...
—No llegaremos a Abra-Pampa.
—Ellos se acabarán bailando.
Silbaron alegres los keus. Era tarde nublada. Tornaron a marchar los burritos azulejos, pardos, grises, los burritos peludos de mansa andadura, cargados con sendos panes de sal, con sendos costales de lana de llama.
—¿Cuántos kachakos? (1)
—Cuatro kachakos, tatay.
Y eran cuatro; la Rosa Coranzulí le dió para vender un costal de lana; en el camino, dos viejas "pastoreras", le dieron tres costales más. ¡Cuatro kachakos! En uno de los bolsillos de la chaqueta de barracán, pondrá parte del dinero.
Hilaba, hilaba la puisca la hija de Sajama, mientras iba tras de la recua.
—¿Una chata de alcohol encargó la Rosa?
—Dos chatas, tatay, y cien gramos de coca.
—Doscientos...
—Ciertito: doscientos.
Cruz Sajama se decía: Doscientos gramos de coca y dos chatas de alcohol; pero ¿de qué marca? ¿de cuál? ¿Jornet? ¿Soler?
—¿Dos chatas marca Jornet?
—Sí, tatay... El Soler igual dará...
—¿Noventa y cinco grados tendrá?
—Diz que tiene también noventa y cinco grados.
¡Alcohol de noventa y cinco grados para encender los labios distraídos por la coca!
—Igual dará, porque don Gómez, les raspa el nombre y sólo deja un tantito de la etiqueta colorada.
—Igual dará.
"Trastornaron" un cerro y otro más; iba hilando lana negra la María Sajama; a Cruz, de vez en vez, placíale contar los burricos cargados con sendos panes de sal, con sendos costales de lana de llama. Año a año aumentaba la tropa; quince eran los burritos de ahora.
Padre e hija volvieron la cabeza: allá, en el árido y frío descampado, queda el salar. ¡Cuántas veces habían ido hasta allí con la recua de vacío! El viejo Cruz, con el hacha filosa, sobre la superficie alba, señalaba varios, muchos panes y luego, entre los dos, cortaban, ponía sobre la cabeza de los borricos su poncho a guisa de venda y los cargaba. Diez, doce, quince leguas cerreras, tenían que andar de a pie, para vender las carguitas de sal a setenta céntimos cada una.
Y llegó el viento; venía desde las cumbres nevadas, desde los peladares... Era un viento terrible que cerraba los cerros. Una nube bermeja cubrió la vega poblada de canglia y de chillagua y otra nube se echó quebrada arriba. Los borricos de Sajama bajaron la cabeza.
—El keu tiene la culpa...
—Se acabarán bailando.
¿Seguirán los keus uno en pos de otro, arrastrando airosamente las alitas? ¿Habrían dejado de silbar? ¿Caerían vencidos?
—¡Tatay!...
—Allacito, allacito...
La María Sajama se cubrió la cara con el rebozo.
El huracán asolaba la vega.
Cruz Sajama también veía la noche en sus ojos.
—¡Tatay!...
—Allacito, allacito...
La cogió a su hija por la mano, e instintivamente echáronse en dirección de unas matas de tola. En cuanto sintieron en sus vestidos el roce de las ramas, pusiéronse en cuclillas y de tal guisa, juntos los cuerpos, oprimidas las manos, mientras soplaba el huracán furioso, se durmieron.
Alboreaba el día cuando despertaron. Guaichos, papaichiuchas y oquenchos cantaban en los tolares de la vega.
—Sol alto, llegaremos, tatay.
—Soy alto... será...
Cruz se quitó el poncho; tras breves instantes a ponchazos reunía los borricos de su tropa.
Caminaron cuesta abajo. Ahora, al tender la vista, distinguían verdes ciénagas pobladas de yareta. Cruz iba silencioso, recontando en los dedos los kachakos, las carguitas de sal, los costales de lana que llevaban a Abra-Pampa; la moza sonreía y de vez en vez, cuando pensaba en Tarky, el llamero joven que no sabía una palabra de castellano, que hablaba el quichua y el aymara, movía la cabeza.
Sol alto llegaron a Abra-Pampa. Los borricos se detuvieron casi a la puerta de la tienda de comestibles de Ramón Gómez.
—¡Hola, tatay!... ¿Cuántas carguitas y costales has traído?
—Tres costales míos, cuatro kachakos y ocho carguitas de sal.
—Ahora la sal no vale nada...
—¿Nadita?
—Comprar a setenta para vender a setenta...
— —¡Cómo será.. señor!...
María habíase quedado junto a la pared.
—Descargá, tatay.
—¿Y el precio de la lana, señor?
—El mismo de antes: uno y veinte los diez kilogramos... siempre que esté seca y que no traiga arena.
—La sacudiremos, señor.
—Eso es, tatay.
—Dis que está subiendo...
—¿Subiendo? Soy el que pago más... ¿Querís venderle al turco Sailín?... El turco sólo compra a cambio de mercaderías; en la harina de maíz, les gana el ciento por ciento y no digamos cuánto en la coca y en el alcohol...
—Así será, señor.
—Te advierto que compro sal a cambio de mercaderías...
—Está bueno, señor.
—Descargá, tatay.
Cruz Sajama se acercó a un borrico; sobre la cara le puso el poncho a guisa de venda y le quitó de encima los costales; poco después, descargó a los otros.
—Echá los burros al canchón...
A ponchazos los echó.
Cruz y María penetraron en la tienda de comestibles de Ramón Gómez. Un caballero vestido a la usanza abajeña, mozo blanco y guapo, reparó en los lindos ojos de María y en las hundidas comisuras de sus labios morenos. El caballero dijo:
—Aquí, en la puna, también hay lindas muchachas.
—Lindas; ¿no está viendo? —dijo Gómez.
La moza se decía: — ¿Por qué

(1) Encargos.

LOS SOÑADORES

Para FRAY MOCHO.

Van compartiendo los soñadores
una nostalgia que los asiste,
junto a la mesa y a los licores.
Trasnochadores
de un barrio triste.

No son bohemios ni trashumantes
que se entregaron sin combatir;
ni poseídos ni claudicantes.
Son nigromantes
del devenir.

Mientras succionan el cigarrillo
el rostro vuelven con lentitud
al paso grave de un organillo;
rostro amarillo
sin juventud.

¿A quién recuerdan los soñadores
entre las sombras que los inspiran,
junto a la mesa y a los licores?
¿Por quién suspiran
los amadores?

Allá en el cielo, mudo testigo,
el disco blanco del luminar
les proporciona, como un amigo,
su blando abrigo
para soñar.

Dichosa imagen de enamorada,
dichosa imagen de una mujer;
brota en la mente la apasionada,
la inmaculada
rosa de ayer.

Rosa divina y esponsalicia,
sagrario augusto del corazón,
rosa de nieve, rosa patricia,
rosa novicia
de evocación.

... .

No son bohemios ni trashumantes
que se entregaron sin combatir;
ni poseídos ni claudicantes.
Son nigromantes
del devenir.

Moisés M. COHEN.

no pesáis pronto los costales de lana, tatay?

—¿De dónde traen la lana y la sal?

—De lejitos, señor.

—¡De lejitos!... ¿de dónde, de veinte leguas de aquí?

—Así será, señor.

—De veinte leguas de aquí — aseguró Gómez. — Y vos no has de creer, Sepúlveda, que se vienen de a pie...

—¿Sí?

—Estos, son más resistentes que las bestias de carga; caminan más ligero que los burros, que las llamas... Estos no se apunan nunca. Dándoles coca y alcohol los puedes echar cuesta arriba, camino de la gobernación de los Andes. ¿No es cierto lo que digo, tatay?

Cruz Sajama contestó:

—Así será, don Gómez.

—Se aburrirán andando siempre detrás de los burros...

—Sajama coquea y no se aburre; la María hila, hila y no se aburre.

La moza escondió la puisca (1) entre los pliegues de su lliclla (2).

—¿Hilas, morocha?

—No, señor.

—¿Y qué haces del hilo?

—Tejen barracán, picote — dijo Ramón Gómez.

—Morocha... si me lo tejieras un corte para mí...

Sepúlveda volvió la cabeza, miró a Cruz y le dijo:

—Pedí vino, viejo...

No sé qué experimentó María. Y temblaron sus labios morenos, sus labios cálidos de hundidas comisuras. ¡Cómo la miraba el caballero!

—Pedí vino, viejo; pedí una chata de alcohol.

Empezaron a pesar los costales.

—Tatay, mirá... Son catorce kilos... mi balanza no roba.

Sajama se inclinó, estiró el cuello. ¡Si hubiera sabido leer!...

—¡Cómo será, señor!....

—Como te digo yo: catorce kilos. ¿No es cierto, Sepúlveda?

—Justos. Pedí vino, viejo.

—Pesemos los kachakos.

—Separaditos, señor.

—Uno por uno: mi balanza no roba.

Juan Sepúlveda cogió a María por las manos; la hiladora se sintió temblar.

—A ver, fijate, tatay Sajama.

Tornó Sajama a estirar el cuello. ¡Si hubiera sabido leer!..

—Doce kilos; mi balanza no roba. ¿Estás conforme?

—¡Cómo será, señor!...

—Cómo ha de ser: como yo digo.

—Pedí otro litro de vino, viejo... ¿Sabés que me está gustando tu hija? ¡Linda morocha! ¡linda puneña!... Me la llevaré, me la llevaré. Necesito una muchacha como esta. Allá, allá en la Boratera, no tengo quien me lo cebe un mate, quien me la tienda la cama, quien me lo planche un pañuelo. Me la llevaré, me la llevaré.

Y se empañaron los ojos de Sajama. Sepúlveda sonreía y mostraba las chapas de oro de su dentadura.

—Morocha... ¿te irás conmigo?

Ella lo miró y su larga mirada pensativa, fué una promesa de amor.

—Pedí vino, tatay Sajama. Cuando lo vuelvas a ver a tu hija, no la reconocerás. Irán a parar al fuego las ojotas, el vestido, el sombrero que lleva... Esta tarde le compraré botines, medias, traje... Me la llevaré... Allá en la Boratera no tengo quien me lo cebe un mate, quien me la arregle la cama, quien me lo planche un pañuelo...

Sajama destapó el bote de alcohol y bebió, bebió...

—Ya está en la cuenta de los costales de lana y de la sal, tatay.

Estiró el brazo; luego, quiso contar el dinero; pero ¿cómo? ¿con granos de maíz? Agrandando los ojos, miró y miró. Los dedos no conservaban tiento. ¿Y María? ¿Y el caballero blanco y guapo que le pagó hasta cuatro litros de vino? Quiso despertar, despertar de todo; más... ¿y los vapores del mosto? Ahogándose, ahogándose, hizo una pregunta. De allí a poco cayó a lo largo sobre el piso terrero. Fuera silbaba el viento. Adormilábanse los borricos en el canchón. Ya era la media noche cuando el mozo de mano de Juan Sepúlveda lo llevó a la rastra hasta un descampado. La luz del nuevo día lo despertó ¿Había pasado el temporal? Su mano morena y enjuta no oprimía la otra mano blanda y cálida. ¿Era el temporal que anunciaron los keus? No: el recio viento que cerraba los cerros, nada, nada, le llevó... Sentóse en un montículo de yareta cienaguera y miró tristemente, camino del salar.

II

Vendió la tropa de borricos, la manada de ovejas, el hato de llamas. Arrancó los palos de su telar, los viejos palos de cardón carcomido. ¿Quién vendría a habitar su casuca de piedra? ¿Quién vendría a dormir sobre el estrado que calentó su cuerpo? ¿Quién encenderá la lumbre? ¿Quién pondrá al fuego el panzudo puchero y el pote teñido de hollín? Sus borricos, sus ovejas, sus llamas, irían a parar a la feria.

Había pasado un otoño terrible; durante sus tres meses, sopló furioso el viento de la puna, temblaron los cerros y corrieron, corrieron, desde un monte hasta otro monte, las nubes cargadas de granizo, preñadas de rayos. ¿Qué hizo él en ese tiempo? De vez en vez, encargaba coca y alcohol a un arriero amigo.

Después... llegó el invierno. ¡Cómo se pusieron de alegres las llamas! Chozpaban, chozpaban sobre las cuestas fragosas.

Salió cabizbajo, ensombrecido. ¿Dónde estaría la moza que solía hilar mientras iban tras de la recua? En vano habíala esperado durante el último mes de verano, durante los tres meses del terrible otoño. ¡Su hija! De noche, cuando todo era negro, cerrando los ojos, la veía vestida con su ancha y plegada falda azul, con su lliclla roja, con su sombrero blanco. Entonces, al improviso, volvía en su acuerdo, se incorporaba y caminaba a tientas, alargando la mano.

Salió cabizbajo; tomó el camino de la Boratera.

Mientras Cruz Sajama iba a campo traviesa, dió en pensar de esta guisa: "Con tal de estar cerca de ella, seré peón de ese caballero".

Y a Juan Sepúlveda, mozo guapo, hijo del dueño de la Boratera, no le hacía falta un peón viejo como Cruz Sajama. El caballero habitaba una linda casita de material, construída en el cerro.

—Seré peón... ¿No me echarán los perros, como se los echaron a Kollke cuando fué a buscar a su mujer? ¿No me atarán a un tronco, como lo ataron a Quispe, cuando fué en busca de la hija que le robaron?

III

Mañana de invierno. Ha nevado. La superficie de la Boratera, está completamente helada. ¡Veinte grados bajo cero!

Los jornaleros cogen sus herramientas y van a romper la escarcha y a extraer el mineral. En el descampado, a la vera de la cuesta hay largas pilas de bolsas llenas de borato. Cerca, se ve una tropa de llamas cargueras.

Juan Sepúlveda se ha levantado temprano y ha salido a darse cuenta de la forma como trabajan sus peones; va arrebujado con los ponchos puyos. Lo tienta la curiosidad y se para cerca de un trozo de borato que tiene forma humana. Se agacha y levanta un pico cubierto de nieve. ¿Lo habrá olvidado un peón? — se pregunta. — El bulto que forma el trozo de borato, le causa miedo, ahora. ¿Y si fuera un peón helado, uno de esos peones que suelen trabajar de noche y de día? — se dice. — De puntillas, temblando, va a palparlo con las manos; las manos se resisten... levanta la pierna y con el pie, le da un golpe. El cuerpo de un hombre que estaba en cuclillas, da de bruces en el suelo. Juan Sepúlveda queda demudado: ve una mano morena que tiene asida una barreta...

Ya no siente frío, una nube roja lo ciega. ¿Qué le ocurre? ¿Quién es el hombre helado? Desea verle la cara. Se agacha, le quita la nieve que le cubre el rostro. Luego, Juan Sepúlveda, nublada la voz, exclama: — ¡Levántate, Cruz!... Toma mi mano, Cruz Sajama... ¡levántate!...

Y la mano amoratada que tiene asida una barreta, no se mueve...

(1) Huso americano.
(2) Manto.

PAJAROS ERRANTES

—El gorrión tiene lástima del pavo real, cargado así de su cola.

—Dios dice al hombre: te lastimo porque te curo; te castigo porque te amo.

—El hacha del leñador pidió su mango al árbol, y el árbol se la dió.

—Tu ídolo se ha deshecho en polvo para que sepas que el polvo de Dios es más grande que tu ídolo.

—La lámpara de cristal riñe a la arcilla porque le dice prima, y la luna se levanta y la lámpara de cristal, sonriendo blandamente, le dice: hermana mía.

—El agua chispea en la tinaja y está obscura en el mar. La verdad pequeñita tiene palabras de luz; la grande es toda silencio.

—Soy como un camino por la noche que escucha en el silencio los pasos de sus recuerdos.

—Dios ama la luz de las lamparitas de los hombres, más que sus grandes estrellas.

—Tocando puedes matar, retrayéndote puedes poseer.

—He perdido mi gotita de rocío, dice la flor al cielo del amanecer, que ha perdido todas sus estrellas.

Rabindranath TAGORE.



—¿Pero no te digo, muchacha, que soy el médico, que vengo a visitar?
—¡Bueno, pues el señor guarda cama muy malito y no está para visitas!

El angel de Caracas

(ANECDOTA)

Por la Baronesa de Wilson

En un delicioso valle, cubierto de flores y engalanado por bellísimas quintas y ricas haciendas, y recostada en las faldas del Avila, risueña como mañana de abril, se extiende la ciudad de Caracas.

El clima sin rival, suave y templado, la eterna primavera que viste sus árboles de frutos y de hojas, y las elevadas palmas reales que en ambas orillas del Guaire crecen y levantan sus altivas copas hasta el cielo, hacen de la capital de Venezuela, un recinto encantador.

La población es alegre, bonita y galana: sus casas frescas y con jardines; sus paseos pintorescos y animados.

El elevado cerro del Calvario, convertido en deleitoso parque, por el buen gusto del general Guzman Blanco, es hoy el punto de reunión de la sociedad caraqueña, de esa sociedad tan culta como hospitalaria.

Los costados del cerro están convertidos en vergeles de fácil subida para los carruajes y la plataforma, en el centro de la cual se levanta la estatua del prócer caraqueño (1), es un delicioso conjunto de jardines, y grupos de flores y de follaje.

El paisaje no tiene rival, pues la vista se deleita en girar por el hermoso valle, se eleva a las altas crestas de la Sillay del Avila, o se recrea en la vista general de la ciudad.

Era una tarde de general alegría: el pueblo celebraba la fiesta patria, y músicas y bullicioso tropel de gente llenaban las calles y paseos.

Graciosas mujeres poblaban el cerro del Calvario y lujosos carruajes subían y bajaban sin cesar.

Cerca de uno de los cuadros de flores y al pie de la verja de la estatua, estaban sentadas dos elegantes señoras; una hermosa, a pesar de haber pasado la primera juventud, y otra, casi una niña, pálida y endeble y en cuya graciosa fisonomía se veían las huellas de reciente enfermedad.

—Dentro de un instante nos iremos, Laura; estás cansada y convaleciente.

—Aun es muy temprano, mamá.

—Ya sabes lo dicho por el médico, una recaída sería la muerte: ni aun quisiera pronunciar esa palabra y me estremezco cuando pienso en el peligro del cual felizmente has salido.

—Tienes razón: he hecho sufrir tanto a los que me aman, que deseo evitarles nuevos pesares.

Ambas se levantaron dirigiéndose hacia un "Clarens", cuyos hermosos caballos piafaban de impaciencia, subieron, y el lacayo, cerrando la portezuela, trasmitió la orden:

—A casa.

Y el coche bajó rápidamente, pero al llegar a la entrada de la ciudad se vió detenido por un grupo de gente.

—¿Qué es eso? — preguntó Laura a la persona que vió más cercana.

—Nada, señorita: un hombre que está tendido: sin duda quiso festejar demasiado a la patria y se ha emborrachado.

—No, no, Casilda, — dijo una mujer del pueblo: — si está muy pálido, parece un muerto.

—A ver si puede hacer pasar el coche, Ramón, — dijo la madre de Laura. — Pero la joven, abriendo la portezuela, saltó al suelo, diciendo:

—Vamos a ver, mamá; ¡pobre hombre! — añadió acercándose al que era objeto de la atención general y, fijándose en que era anciano y que en su semblante se reflejaba la miseria.

—¿Estará muerto? — exclamó.

—No, señora, — contestó un joven que pulsaba al caído: la debilidad causa este síncope: hará muchas horas que no ha probado alimento.

—¿Es Vd. médico?

—Sí, señora, felizmente... me parece que se debe enviar a este hombre al hospital.

Laura dirigió una mirada suplicante a su mamá y le dijo:

—Que lo pongan en el coche y en casa podrá tomar algo, ¿quieres mamá?

—Pero.. Eres demasiado sensible Laura, y vas a pasar muy mal rato.

—Nada temas; ya verás como soy fuerte.

—Cerca de aquí hay coches de alquiler — observó el médico; — si gustan, yo lo conduciré a casa de ustedes.

—¡Oh! gracias, — exclamó Laura, radiante de alegría.

—¡Parece el angel de la caridad! — murmuró el médico.

II

Al día siguiente, el anciano, al recobrar completa razón, se encontró hospedado en la cómoda casa de Laura, situada enfrente de la Iglesia de Altagracia.

La joven había celebrado las fiestas de la patria con un acto digno del corazón de la mujer.

—Puede levantarse, — respondió el doctor a la interrogación que le hizo Laura, — pero está muy débil.

El anciano se incorporó fijando sus ojos en las tres personas primero y en la estancia después.

—No me recuerdo de nada: creí morir y caí: ¿en dónde estoy?

Laura se sonrió y dijo:

—En una casa que no abandonará Vd. mientras no esté completamente bien.

—¿Tiene Vd. familia? ¿Quiere usted que se avise para que venga? — preguntó la madre de la caritativa niña.

—¡Ay, señora! soy sólo en el mundo y hace más de tres meses que me falta el trabajo, porque estoy enfermo: Dios es justo: el que no siembra no recoge.

—¿Por qué dice Vd. eso? ¿desconfía de esa providencia que ayer lo socorrió y lo amparó? — observó severamente el médico.

—No, señor, y si las señoras y usted, lo permiten, contaré mi historia.

—Desde luego; escuchamos.

—Hace veinte años que era joven y fuerte: trabajaba como ebanista y amaba y era amado: tenía esposa y un hijo de cuatro años.

Contento con mi suerte, disfrutaba de los goces de la vida de familia y mi santa mujer bendecía a cada instante la hora que se casó conmigo y, al abrazar a nuestro hijo, se consideraba la más dichosa de las criaturas.

Pero la suerte se cansó de ser pródiga con nosotros.

Caí gravemente enfermo y en corto tiempo se agotó el producto de nuestras economías, que a costa de privaciones habíamos reunido.

Mi infeliz esposa, era un ángel de consuelo; una de esas mujeres buenas y resignadas, y con su trabajo sostenía al enfermo y al niño.

Cuando me levanté estaba tan débil, que durante un mes, nada pude hacer, y cuando empecé a salir, triste y abatido, me faltó el valor para luchar con la adversidad.

El anciano lanzó un suspiro y continuó:

—Las malas compañías me pervirtieron: falsos amigos me llevaron a sitios donde embriagándome olvidaba.

¡Oh!, la embriaguez fué la causa del infortunio que hoy me agobia.

—Pobre hombre, — exclamó Laura, — se conoce que ha sufrido y sufre mucho.

—Mi mujer, — añadió el ebanista — se lamentaba y reprendiéndome quería apartarme del abismo, pero yo, ciego y desatentado, corría hacia él.

Poco a poco se vendieron los muebles, y la miseria y la tristeza se posesionaron de mi casa, antes tan alegre y feliz.

Recobré lás fuerzas, pero ¡ay! había perdido el hábito del trabajo y todo el día lo pasaba o lejos de mi familia, o viendo trabajar a Marta, sin descanso, para atender a nuestras necesidades.

La embriaguez me había embrutecido, haciéndome perder hasta el amor a mi mujer y a mi hijo.

Cuando volvía a casa, era feroz, brutal, y casi siempre estaba ebrio.

Una noche, era más tarde que de costumbre: tal día de las fiestas patrias, como el de ayer.

Marta me esperaba llorando y, exasperado, le dí un golpe en el pecho, y medio loco, por la borrachera, agarré al niño que lloraba al lado de su madre y lo arrojé brutalmente sobre la cama; pero resbaló y cayó lanzando un grito al que respondió otro de desesperación, de terror; poderoso, terrible, como el de la leona a quien roban sus cachorros.

III

Laura se había puesto de pie, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas: aquella narración la conmovía demasiado.

(1) El general Guzmán Blanco.



A. SIMBAD

Como un destello de celeste aurora
—Desafiando con aire magistral—
Te ostentas en la pista rosarina...
Para tornar triunfante al batallar.

Los que admiran tu célica figura
Descubren en tu andar todo un primor
Y te aplauden, y auguran tu victoria,
Porque vences luchando sin furor.

La Natura contémplate envidiosa,
Creyendo maravillas encontrar;
Y llora... como llora un inocente:
Porque el rayo es tan solo tu rival.

Es tu piel como un rico terciopelo;
Tu cabeza un modelo... una deidad;
Tus pestañas graciosas y hasta ondeadas...
Ondeadas cual las olas de la mar.

Son tus ojos dos soles que iluminan
Cual destello de luz primaveral.
Y a tu talle flexible cual palmera
Lo acompaña tu porte sideral.

Yo que hoy pulso mi lira abandonada,
Postrado ante la tumba del dolor
He sentido pasearse en esas cuerdas
Las estrofas que entonan mi canción.

¡Si pudiera volverme la alegría,
Que he perdido en mi triste juventud...
Entonces, desterrando estas tinieblas,
Te daría sus himnos mi laud!

Alberto Everardo ARLAS.

RESPUESTA AL CANTOR DE SIMBAD

Querido Alberto Everardo Arlas:
Insigne, ilustre poeta Uruguayo,
Vi tus poesías ¡Cómo la parlas!
¡Qué pensamientos para un caballo!

Simbad no puede, seguramente,
Pretender versos de más valía,
Te felicito sinceramente.
Eres el Fénix de la poesía.

Cuando le dices *"flexible talle"*
Figura célica "sideral porte"
Temo que el bravo Simbad estalle
Lleno de orgullo, dándose corte.
Mas, las *pestañas* que tiene, *ondeadas*
Como las olas del ancho mar.
Te las critico por macaneadas;
Si fueran cejas podrían pasar.

Y esa *Natura tan envidiosa*
que al contemplarlo como rival
Del rayo, llora"... vaya una cosa!
Esa Natura, no es natural.

A más lamento que estés *"postrado*
Ante la tumba ¡ay! *del dolor*
¿Por qué te quejas? ¿Qué te ha pasado?
Responde, insigne macaneador.

El noble *pingo* que obtuvo el "Premio
De Honor", con tanta facilidad
Hizo una hañaza propia del gremio
De los caballos de calidad.

Si tú corrieras con tus poesías,
Tu desbordante verbosidad.
¡Oh! ¡Cuántos premios te ganarías!
¿Por qué no corres como Simbad?

Benito Enrique BIANCHI.

—Vale más que te retires a tu cuarto, hija mía; tu salud es delicada y tal vez pueda causarte daño esa emoción.

—No, madre mía: deseo escuchar el final de esta inmensa desventura: continúe Vd., desgraciado, ¡cuánto debe sufrir con esos recuerdos!

—Mucho, señora, me matan... Mi cabezá se despejó como por encanto, — añadió, — al escuchar el doble grito, y mi corazón latió con violencia; ¿habré asesinado a mi hijo? pensé horrorizado. Lo adoraba, señora, lo adoraba y temblando me acerqué a Marta: por primera vez me rechazó, y pasamos la noche, ella con su hijo en los brazos y yo desesperado.

El golpe o el susto, causaron al niño, terribles convulsiones y ocho días después, voló al cielo, llevándose mi esperanza y mi alegría.

Los pesares y el trabajo, habían quebrantado la salud de Marta, y la muerte de su hijo trastornó su razón.

Fué necesario conducirla a la casa de locos, y allí pasó ocho años cantando siempre, como si estuviera meciendo a su hijo.

¡Pobre Marta! hace un año que murió, y al morir recobró la razón y me llamó para perdonarme.

Después caí enfermo: estuve en el hospital cinco meses, y ayer, agobiado por mis recuerdos, que ese día renovaba aun más, sin haber probado alimento durante veinticuatro horas, caí sin sentido y hubiera muerto tal vez, sin el auxilio de ustedes.

—Doctor, ¡qué terribles consecuencias tiene la embriaguez! — dijo la madre de Laura.

—Continuamente veo tristísimos ejemplos, pues por mi profesión, todas las miserias humanas, pasan ante mis ojos, creo que en los siglos anteriores al XVII no se conocía aún, sino el vino y la cerveza: han tenido después otros auxiliares y cada día es mayor el número de sus adeptos y de sus víctimas: este hombre no podrá ya, dedicarse a trabajar: su naturaleza está acabada y su vida no será larga: el alcohol abrasa y arruina para siempre.

—¿Cómo se llama Vd.? — preguntó Laura acercándose al anciano.

—Guillermo Suárez, señorita.

Pues bien: desde hoy no necesita Vd. trabajar ni mendigar.

—¿Qué dice usted?

—Aquí tiene Vd. casa: aquí recobrará Vd. la salud y las fuerzas y entonces veremos que ocupación puede Vd. desempeñar.

—¡Oh! ¿es posible que un ángel del cielo se interese por este desventurado?

—Laura, — exclamó el médico, — tiene Vd. un corazón noble y generoso; un alma sublime y celestial.

Guillermo desde ese día vivió en la casa y la madre de Laura apoyó a su hija para favorecer al infeliz.

Cuando Guillermo recobró un poco de vigor, tomó a su cargo, repartir los socorros que con mano pródiga desparramaba su joven protectora, y era él quien recibía las bendiciones de los desgraciados.

El nombre de Laura era venerado como el de una santa, y su fortuna, manejada hábilmente por su madre, fué un manantial de salud y prosperidad para millares de desheredados.

Una mañana no acudió Guillermo, a la hora de costumbre, para recibir lar órdenes de su protectora.

El criado que envió Laura para buscar a Guillermo, lo encontró muerto.

Era el día de las fiestas de la patria, fatal aniversario para el infeliz.

Laura continuó siendo la providencia de los menesterosos: jamás quiso contraer matrimonio, y a la muerte de su madre se consagró por completo a su caritativa misión.

El Angel de Caracas vistió el hábito de la hermana de la caridad.

Humorismo Yanki

Los norteamericanos tiene ya un buen repertorio de anécdotas referentes a la prohibición de las bebidas alcohólicas.

He aquí la última que se cuenta:

En un templo de Nueva York, y al terminar el sermón dominical, el pastor siguiendo una costumbre que se practica a menudo, autoriza a uno de los fieles a que suba al púlpito y pronuncie algunas palabras.

El improvisado orador que acepta la invitación, y que es un prohibicionista convencido, entona las alabanzas de la ley seca.

—¡Es preciso odiar el alcohol! — exclama al fin —. Yo he bebido, y he bebido mucho, en otro tiempo; pero soy un pecador arrepentido, y si tuviera en mi poder todos los vinos y todos los licores del mundo, los "champagnes" de Francia, los aguardientes de Escocia, los "chiantis" de Italia, los "curacaos" de Holanda, iría ahora mismo a tirarlos al río Hudson.

El pastor vuelve a subir al púlpito y dice:

—Hermanos míos: para concluir, vamos a cantar el himno 157; "¡Reunámonos todos a la orilla del río!"

Pantomima de hoy

Por Sara Insúa

Baile en un gran hotel. Las damas visten traje de noche. Los hombres, frac. Como salpiques de color y de gracia entre los tisúes y los lammés, se destaca la policromía de algún mantón filipino o chinesco. Y elevándose sobre las cabezas uniformes, el tricornio negro de una veneciana es la nota excéntrica y hace recordar vagamente que es domingo de Carnaval.

A este baile—que se anunciaba de máscaras—no han acudido las que se creyeron eternas. No ha venido Colombina, ni Pierrot, ni Arlequín. Alguien supone que han muerto no pudiendo amoldarse a la época.

Pero se equivocan. Los tres están en el baile. Sus espíritus se han amoldado perfectamente al momento actual. Por eso Colombina no viste su corpiño y su faldita adornada de grandes pompones, sino une robe perlée; Pierrot ha substituído un amplio traje de raso blanco y su gorguera de tul por un frac y un cuello de pajarita, y Arlequín ha dejado su mameluco de losanjes por un smóking.

* * *

—¿Qué has hecho de Colombina — pregunta Arlequín a Pierrot, que bebe champaña solo ante una mesa.

Pierrot alza los hombros.

—¡No sé!... Hace un rato se fué al tocador...

—¡Ah! Al tocador... — repite Arlequín con una sonrisa maligna. — A mí me ha parecido verla en un rincón del hall con ese argentino millonario...

Pierrot se ha puesto en pie.

—¿Con el argentino?... ¿En un rincón del hall? A ver, llévame.

Y como sus piernas no están muy firmes, se apoya en el brazo musculoso de Arlequín, que le conduce.

Se detienen tras el biombo de una columna y dos palmeras. Al otro lado están ella y el argentino. Es un hombre joven todavía, ni feo ni hermoso, vulgar como su monóculo, como su cabellera alisada y engomada hacia atrás, como los brillantes de su pechera... Hablan en voz baja.

Pierrot y Arlequín alcanzan a oír:

—¿Un seis caballos es su sueño?... Eso es un dije... Yo he regalado muchos... Lo mismo que ramos de flores...

Colombina enrojece de emoción y de esperanza.

—¿Es en serio?

El argentino sonríe.

—Si usted quiere uno... Yo sólo pido en recompensa una invitación a un paseo por carretera...

Colombina fija en los ojos miopes del millonario sus pupilas brillantes, plenas de asombro y de alegría, y no advierte que el rostro del argentino se acerca al suyo, tendidos los labios.

Pierrot, surgiendo entre las palmeras, corta el beso... Colombina palidece, el millonario, inmutado, se pone en pie, y Arlequín, tras la columna, sonríe. Un soplo de aire helado cruza, estremeciendo los cuerpos. Es que pasa la tragedia..., o que se abrió una puerta...

Pero, aunque caldeado por botella y media de champaña, Pierrot no se acalora. Ni se lanza sobre Colombina para estrangularla, ni abofetea a su rival. Se limita a dejar caer estas palabras, crispados los labios en una mueca de desprecio:

—¡Eres una..., y has muerto para mí!

Y dando media vuelta se aleja gallardamente —cree él—, y a Arlequín, que le espera tras la columna:

—¡Uf!, ya me libré de ella... ¡Me tenía más aburrido!...

La mesa está libre. Pierrot se sienta de nuevo y pide una nueva botella. Arlequín vuelve a su observatorio, tras la columna de estuco. Presiente que al vengarse de Colombina le ha proporcionado un negocio. No se equivoca. Llega a tiempo de ver cómo Colombina vierte unas lágrimas, que se enjuga cuidadosamente, para que no se le desengomen las pestañas, y entre sollozos, que elevan su busto tentador, balbucea:

—¿Qué ha hecho usted?... Me ha dejado sin reputación. Yo no..., yo no le dí derecho...

El argentino millonario tiene un corazón caballeresco bajo la pechera almidonada. Las lágrimas de Colombina piden una reparación; ¿por qué no darla? Alguna mujer ha de ser en su vida la legal...

Señorita, no llore... Si ha perdido un amor, gana usted un marido... Mañana pediré su mano...

* * *

En el guardarropa. El millonario ha ido, placa en mano, a requerir sus pieles. Colombina espera ya, arrebujada en su capa de tisú.

Arlequín se acerca con naturalidad, y mientras su torso fuerte de deportista forma un ángulo recto con sus piernas rígidas, desliza sonriendo estas palabras:

—Acabo de librarte del pelmazo de tu novio y de proporcionarte un marido. Si recuperas unas cartas y unos retratos que Pierrot me dió a guardar — porque él no tiene caja en el Banco — y que pudieran perjudicarte para tu próximo estado, el negocio es redondo... Espero el diez por ciento de comisión.

Llega el argentino encerrado en su gabán. El y Colombina, seguidos de "una madre" casi invisible, que no existe, van hacia la puerta. Arlequín se aleja en sentido contrario. Cuando llega a la mesa de Pierrot éste ríe ante seis botellas vacías.

Y alguien, quizá el fantasma del Pierrot antiguo, murmura:

—¡La comedia ha terminado!...

Proezas Gauchas

Por Félix San Martin

No relataremos aquí hazañas acrobáticas de profesionales especializados en tal o cuál suerte de equitación, a las que los *cow-boy* de la pantalla tienen habituados al público el cinematógrafo. Aparte de lo unilateral de esa aptitud que sólo busca lo espectacular con fines comerciales, agrégase comunmente el truco fotográfico que da visos de realidad a movimientos violatorios de las leyes físicas.

Estas notas contendrán el relato de proezas realizadas a base de corazón y de músculo disciplinados en las faenas rurales — en el corral, en el rodeo y en campo abierto — como simples incidencias del rudo trabajo de los gauchos. La mayor parte de las veces el actor ni siquiera pensó en la posibilidad de su actuación brillante en el lance que se presentó inesperado, accidentalmente. Fué al trabajo como a una función ordinaria, alegre, ágil y decidido como siempre, confiado en sus medios, eso sí, para salir airoso de cualquier sorpresa en la faena. Si aquella se produce encontrará al gaucho dueño de una admirable iniciativa, con un dominio de la técnica del caso que ni la situación más apurada y peligrosa le hará olvidar. El sabrá recostar su caballo en el momento preciso y dar el golpe en el sitio conveniente para desviar la res en el sentido deseado y con el menor esfuerzo, no obstante el vértigo de la carrera, en medio del cual se desarrolla la escena; en el instante de la rodada abrirá y endurecerá las piernas, echando el cuerpo atrás, para salir de pie con el cabresto en la mano; para evitar la ronda del lazo en el estirón inevitable, se agachará a tiempo, con precisión de quintos de segundo; se colocará siempre en el punto único en que no estorbe la libre acción del compañero y quede él en condiciones de intervenir con eficacia; cimbrará el lazo cuando la catástrofe parece inminente en la ciega carrera de las yeguas que un chapetón se las echó encima en el momento que él enlazaba; cuerpeará con elegancia al novillo enfurecido que lo carga de improviso y hasta lo palmeará en el anca, a la pasada, en son de burla y desafío; sabrá, en fin, salir con bien de cuantas situaciones difíciles se le presenten con la vertiginosa rapidez propia del género de trabajos en que pasa su vida.

Es allí donde radican los méritos de la labor del gaucho, de sus recursos para sortear los lances que inesperadamente se producen en la lidia de bestias fuertes y veloces, que en su impetu instintivo arremeten ciegas contra todo, ya sea atacando o huyendo.

Gusta lucir sus habilidades ante gentes extrañas, con preferencia si son amigas del patrón y capaces de apreciarlas. Entonces se le ve superarse en el lujo de desprecio al peligro, rayando en lo inverisímil sus audacias. Si en el aparte, en la hierra, o en cualesquiera de los trabajos de campo, hay algún gaucho forastero, es curioso verles a los del pago cómo le "tantean", cómo "lo echan al medio" con maña disimulada, creándole una situación en la que el hombre pueda demostrar sus aptitudes si las tiene. Si así lo hace, al punto se establece una hermosa emulación que brindará el espectáculo de una justa de fuerza y de destreza, que es gloria de la tierra. Si por el contrario, el forastero es chambón, luego desaparecerá entre el montón anónimo de los aprendices, sin merecer ya la atención de los capaces. Pero nadie se burlará de él, y no es difícil que caiga bajo la protección amistosa de alguno de los de la casa.

Habíamos bajado de la sierra, donde pasara el verano la yeguada que no formaba parte de las manadas de cría, unas doscientas piezas más o menos, para ser distribuídas en sus potreros de invierno. Hermosos animales de alta mestización, unían a la riqueza de su sangre el vigor adquirido en el medio en que se criaban.

Los traíamos dentro de un cerco de jinetes bien montados para evitar su dispersión al salir de la querencia; pero debíamos seguirlas a todo correr de nuestros caballos en su disparada frenética cuesta abajo. Los relinchos de las bestias, los gritos de los peones, animándolas, el rumor del tropel, dilatándose por faldas y quebradas la polvareda en medio de la cual avanzábamos como un turbión, daban tal colorido, tal fuerza de expresión al cuadro, que subyugaba. Nos ha ocurrido algunas veces que, impresionados por la belleza del espectáculo, hemos sujetado al caballo en un lugar prominente, y olvidándonos del trabajo que dirigíamos, hemos seguido de lejos, con la vista, el conjunto de yeguas y jinetes que en desenfrenada carrera cruzaba como una visión apocalíptica por la quebrada superficie de estos campos.

Llegados al corral con la yeguada, ésta comenzó a desfilar por la amplia puerta, mientras los jinetes, formados en un gran arco a retaguardia, vigilaban. De pronto, una yegua que orillaba nerviosa, al trote, por detrás de la masa, miró el campo y atropelló la línea de hombres, en franca fuga. Mañera para entrar al corral, ya había repetido la misma maniobra en otras oportunidades, y por eso habíamos recomendado a dos peones que no la perdieran de vista. De modo que junto con lo que el animal arrancó en veloz carrera, Tomás y Arcadio, entrerriano el uno y correntino el otro, la atropellaron, apareando sus respectivas cabalgaduras a los flancos de la rebelde. Corrieron así como cien metros, cuando vimos a Tomás asirse a las crines de la yegua en un brusco ademán y luego saltar sobre ella con la agilidad de un gato, sentándosele con limpieza impecable. Simultáneamente el correntino soslayó su caballo, dejando libre y en toda carrera a la yegua, tal cual iba cuando la saltó su compañero. El animal, no bien sintió en el lomo al jinete, se arrastró a corcobear, metida la cabeza entre las manos, hecha un arco. Los gritos de los dos hombres llegaban a nosotros, mezclados a los bramidos de la yegua, que enloquecida de furor pugnaba por desprenderse de su extraña carga. Y así se perdió el hermoso grupo, tras la próxima loma, mientras la yeguada concluía de entrar al corral. z

Uno de los peones que estaba con nosotros galopó hasta donde había quedado el caballo de Tomás, y tomándolo se fué en seguimiento de sus compañeros. Entretanto, los que quedábamos a la puerta del corral comentábamos la proeza de aquel centauro, alabando la seguridad con que pasó de su caballo a la yegua. Sabíamos que una vez en el loma era "como abrojo", y que en el peor de los casos — una rodada, una costalada — saldría de pie. En esto estábamos cuando el grupo de jinetes coronó la loma. Tomás venía aún sobre la yegua chúcara, asido de las crines y haciendo jugar las nazarenas por las paletas del animal vencido. El correntino, apadriándole, recostaba su caballo sobre la yegua, sin dejar de atronar los aires con sus alaridos de indio, en alto el rebenque, el sombrero en la nuca, el barbijo sobre la fuerte quijada, al viento la melena de renegrido pelo cerdoso. La yegua galopaba extenuada, gachas las orejas, el cuello estirado, sometida ya a la voluntad del gaucho que la montaba. Hicimos abrir la puerta del corral y por ella penetró aquel grupo digno del bronce.

* * *

Estábamos clasificando una novillada arisca, procedente del Chubut, en la que venían algunos baguales sacados de los bosques de la cordillera, novillos viejos y taimados, de larga y aguda cornamenta. Era un trabajo peligroso, en el que sólo tomaban parte los mejores hombres montados en sus "créditos", pues aquellas fieras únicamente podían ser lidiadas a base de corazón y gran maestría. "Por nada volcaban el anca y se venían al humo" — como luego se comentó el pasaje de este ganado por la estancia.

Entre los que presenciaban el trabajo desde arriba de los palos del corral o por entre sus claros, estaban los peones de un ingeniero que en esos días había llegado a la región a efectuar la mensura de ciertas tierras comarcanas. Italianos con poco tiempo de residencia en el país, las faenas camperas de los gauchos les llamaban poderosamente la atención. No perdían oportunidad de asistir como espectadores a nuestros trabajos, y era de ver la cara de sorpresa, los aspavientos que hacían ante la destreza de los criollos. A los palmateos y aclamaciones con que festejaban un buen tiro de lazo, un pial certero o una suerte cualquiera del trabajo, mezclaban frases e interjecciones dialectales de su país, que sin duda eran de admiración.

De repente, sin saber cómo, se abre la puerta del corral, e inmediatamente un novillo hosco, enorme, con cuernos como lanzas, saltó a la playa. Hubo disparada general entre los curiosos de a pie. Trepáronse los más sobre la empalizada, otros se guarecieron tras de un alambrado próximo, y sólo quedó, nuevo Tancredo, un italiano como de veinte años, frente al novillo que había vuelto sobre sus patas y cuadrándose amenazante a pocos metros. El muchacho, con la inconsciencia de la ignorancia, tomó una varilla de madera que encontró a mano, y blandiéndola decíale al novillo: "Vieni avanti, non ti temo!" Todos le gritaban que huyera; pero él, convencido de poder dominar con el palo a la fiera, seguía desafiándola. El novillo dió unos pasos, castigándose los flancos con el largo borlón de su cola, señal evidente de la inmediata embestida. Junto con lo que el animal partía una violenta arrancada, baja la cerviz, babeando el belfo, derecho al muchacho, un gaucho lle-

EL NARDO

Los silencios del campo son semillas de ensueño,
la música ignorada de las cosas se advierte,
y en el nardo más grave y a la vez más risueño,
se ve la cara pálida y amable de la muerte...

Como lotus enormes van las renunciaciones,
abriéndose en los lagos de la resignación,
y así como palomas cansadas, mis canciones,
vuelven sus alas grises al íntimo torreón.

El fragor de la vida se apaga en lo distante
la nieve del silencio viste la casa gris,
y el alma es una lámpara secreta de diamante.

¿Felíz, oh! Schopenhauer, se es acaso feliz?
Hay que ser como el Brahma, triste, sólo y risueño...
—Los silencios del campo son semillas de ensueño.

Fernán Félix de AMADOR.



gaba desde el medio del corral en una magnífica atropellada de su flete, y de un golpe formidable atrás de la paleta hacía rodar por tierra a la fiera en el momento mismo en que ésta iba a envasar al italiano. El novillo se levantó al punto y cargó sobre el jinete, quien al no tener tiempo de volver al caballo para esquivar la cornada eminente, lanzó su pingo derecho a la frente de la res. Produjose el choque en medio de la polvareda de tan singular combate, sonando como un chasquido seco el encontrón. El caballo, un media sangre de carrera sobre criollo, golpeó de lleno con el pecho entre las dos astas del novillo, y estimulado por su experto jinete siguió empujando, a fin de no perder el contacto con su enemigo, lo que sin duda le hubiera sido fatal. Pero no bien comenzada la lucha ya estaban allí, procedente del corral, otros dos hombres bien montados. Uno arremetió contra el novillo, y al golpearlo de través en pechada maestra, lo arrancó del pecho del caballo de su compañero como al impulso de una catapulta. El tercer gaucho ya estaba revoleando el lazo, y en cuanto la fiera se incorporó, la armada fué a cerrarse, certera, sobre las astas de aquélla. Quiso el novillo volver por sobre el lazo, pero en ese momento el lazo del primer jinete también fué a caer sobre sus cuernos. Y en mucho menos tiempo que el que hemos empleado para describir la escena, el animal quedó estaqueado entre los dos lazos y reducido a la impotencia. Uno de los enlazadores se corrió hacia atrás, el otro hacia adelante, y así fué vuelto al corral y pialado luego para soltarlo.

Nótese que esos tres hombres, sin recibir órdenes de nadie, sin hablarse entre ellos siquiera, procedieron rápida y eficazmente, ocupando cada uno su puesto en el momento preciso, y accionando todos, a pesar de lo movido e inesperado del suceso, con perfecto acuerdo. La actitud de uno dictaba instantáneamente la del otro, y como piezas de una máquina, los tres concurrieron, sin una falla, al fin propuesto: salvar a un hombre y aprisionar la res. ¿Puede concebirse un dominio más rápido de la situación, una mayor serenidad en medio del peligro?

* * *

Es más común entre estos gauchos serranos el gran pilador que el enlazador de igual categoría. Esto se debe a que desde pequeños — cinco a seis años de edad — se ejercitan pialando cabras, sin más riesgos que uno que otro revolcón y desholladura de manos. Comenzando este aprendizaje en la infancia, les da en la edad adulta una seguridad asombrosa. Simultáneamente aprenden a enlazar de a pie; pero esta práctica es de poca aplicación en el trabajo de las estancias. Al decir enlazador, nos hemos referido, no a éste, sino al que enlaza de a caballo, arte el más difícil y peligroso entre todos los de las faenas camperas. Por cada diez excelentes pialadores e igual número de jinetes eximios, se encontrará un enlazador de número. Es que el aprendizaje de éste comienza recién en la pubertad, cuando se es capaz de manejar al caballo con desenvoltura y las fuerzas físicas se han desarrollado. Para ser un buen enlazador se requiere poseer todos los secretos de la equitación gaucha, tener fuerte brazo, vista fina, gran iniciativa, dominio absoluto de los nervios e intrepidez. La agilidad y buena rienda del caballo harán lo demás. Lo difícil no estriba en echar la armada sobre las astas, o el cogote del animal, según sea la especie que se lidie, sino en manejarse sin peligro de sí mismo, para los pialadores y para la bestia enlazada. Poseída de loco furor, ella ha de revolverse en todos sentidos con el poder de su enorme fuerza, tratando de libertarse de su aprisionamiento. Y es entonces, cuando se muestra la habilidad del enlazador, evitando ser enredado, dar un tirón en falso que quiebre al animal o corte el lazo, presentando a los pialadores la oportunidad de hacer su tiro en condiciones y sin riesgo de ser enrondados. No puede vacilar ni un instante, ni olvidar el detalle más sutil de su técnica, so pena de un desastre. De modo que a la aptitud manual debe unir condiciones morales que el pialador no necesita en medida tan alta. A éste suele bastarle su destreza y su fuerza para hacer una labor perfecta, cuando no, cosas estupendas.

He aquí un caso, entre los tantos que podríamos relatar:

Era en los primeros años de nuestra llegada a estas montañas. Estábamos alambrando el campo, y a medida que se trazaban los potreros íbamos sacando la numerosa yeguada ajena que se criaba poco menos que sin dueños en estos campos inmensos. Cierto día logramos traer al corral una manada de yeguas matreras, que hasta entonces había sido nuestra pesadilla. Dimos órdenes a los peones que, desde la madrugada habían corrido detrás de aquellos demonios, que en cuanto churrasquearan las sacaran campo afuera. Uno de los muchachos, en nombre de todos, nos pidió permiso para pialar un rato, antes de soltar los animales. Era un justo desquite al trabajo que aquellos les habían estado dando, y les concedimos la licencia pedida.

Aquello fué una orgía de destreza y valor. Se pialaba a diestra y siniestra, por derecho y de revés, en todo lugar y desde cualquier posición, de volcado, de pallanca y sobre-lomo; se jineteaban yeguas y potros sueltos y en pelo, por un hombre o enancados, entre el estrépito del tropel de las bestias y la algarabía de los gauchos. Toda una fiesta del músculo y de la maestría.

Llegó la hora de soltar las yeguas. Se arrollaron los lazos, se apretaron las cinchas, y algunos hombres fueron tomando colocación en la playa para dirigir la manada hacia el rumbo indicado. En eso estábamos cuando uno de los peones se nos acerca y dícenos que le dejemos pialar al padrillo "puerta afuera".

Expuesto pero lindo el lance, no quisimos privarnos del espectáculo. Se apartó al padrillo, chúcaro y fuerte, cola a la rastra y tusa entera, bravía la mirada. Dos hombres hicieron puntear las yeguas, dándoles puerta. Al verlas alejarse, el padrillo se revolvía furioso en el trascorral donde lo retuviéramos. El gaucho había tomado colocación en la playa, a la derecha y como a cinco metros de la puerta del corral, y armado el lazo con todos los rollos. Ese es el tiro de los maestros.

Viéndole listo, dimos orden que largaran al bagual.

—¡Se viene el taita! — gritó alguno.

Cruzó el corral como una exhalación, magnífico en el desborde de su fiereza y de su celo, estremecido por relinchos ansiosos, las crines cimbreantes. Y ganó la puerta con el ímpetu de una tromba.

El lazo zumbó en el aire volcándose la armada con precisión matemática delante de las manos del bagual en fuga. El gaucho "echo a verija", contraído todo su cuerpo en la máxima tensión de sus músculos. El tirón fué como para descoyuntar a un toro. El padrillo dió una vuelta por sobre la cabeza y castigó el suelo "con todo el ancho el lomo". Entre tanto, dos surcos marcaban en la tierra el terreno que cedió el gaucho en el estirón sin aflojar una sola de sus articulaciones, sin haber perdido ni un centímetro de lazo entre sus manos de acero.

¡Hermoso tiro, limpio, impecable, de una belleza evocadora de los bizarros desplantes de la raza que aparecen en todas las manifestaciones de la vida argentina!

Fiesta de las manos

Composición leída por su autor, en prenda de agradecimiento, por la entrega de libros copiados en relieve para la Biblioteca Argentina para Ciegos, por la Asociación de Ex-Alumnas de la Escuela Normal N.o 8, acto realizado durante la fiesta del "día del libro".

Preciso es que todos digan de esta fiesta
que es la jubilosa fiesta de las manos.
Manos que se tienden en gesto armonioso,
otras que en la sombra se agitan temblando,
y que se entrelazan
en dulce consorcio de amor soberano.
Manitas prolijas,
que como abejitas habéis laborado
la miel de la idea, para que tuvieran
también su dulzura, del triste, los labios.
Manitas piadosas que en cristiano gesto
como dos palomas os habéis juntado,
a ofrecer el agua lustral de la ciencia
para el labio mustio de vuestros hermanos.
Manitas fraternas,
que como las manos de los reyes magos,
por gracia divina, tenéis la sublime
virtud prodigiosa de hacer los milagros.
Benditas, mil veces,
generosas manos.
Y también las otras, las manos tremantes
que entre las tinieblas se agitan, buscando
fugaz asidero; las manos del triste
que buscan en vano.
Las que en el torrente de la vida, luchan
a tientas, y no hallan la paz del remanso.
Las que se debaten buscando en la noche
la senda escondida que aleja del páramo.
Las que caen vencidas por el desaliento,
y hasta si reposan, están invocando.
Las manos humildes, medrosas, del ciego,
que invocan en vano.

También se han unido las manos humildes;
con gesto de arrobo también se han cruzado:
que hay miel en la copa, que hay luz en la senda,
y agua cristalina que refresque el labio,
de las hadas buenas
en el generoso hueco de las manos.
Que digan los labios la palabra buena;
que las almas mustias revivan soñando;
que los corazones triste se alborocen,
que ya tienen lumbre los ojos cerrados.
Y que todos digan de esta hermosa fiesta,
que es la jubilosa fiesta de las manos.

Alberto Larrán de VERE.



EL ORGANILLERO

Por Leónidas Barletta

En un día gris de junio, andaba con su organillo a cuestas un organillero que tenía una pata de palo, sujeta al muslo mutilado por un correaje.

El organillo no pesaba gran cosa; pero el hombre andaba con dificultad, y su pata crujía y sonaba en la vereda, a un mismo tiempo.

Era hombre de edad, de mejillas chupadas, curtidas, de nariz gruesa y roma, de bigotes negros y espesos; los ojos, grandes, grandes, duros, orlados de rojo.

Se detenía en las puertas de las casas a tocar el órgano, y girando la manija, la música simple de su caja, le ennoblecía y le hacía bien parecido.

Había sido sargento de un cuerpo de disciplina, en el Chaco. Castigando con exceso, despiadadamente, al cabo fué objeto de una venganza. Le cortaron los estribos de su silla. Cayó con tan mala estrella que quedó enganchado por un pie a la montura, y el animal, enloquecido de espanto, le arrastró a través de breñales, hasta que se detuvo agotado por la carrera.

Cuando volvió en sí, se halló junto al caballo bañado de sudor. Un pie prendido en la montura, el otro...

Se tocó la cara... ¡Sangre! ¡Sangre! De la boca, de la nariz, de los oídos. ¡Sangre, sangre, sangre! Un miedo espantoso descendió a él, como un ave de rapiña que se posara en su hombro. Quiso incorporarse y un dolor agudo, violento, le inmovilizó. Se le había hinchado la lengua; los labios, resecos y ardidos. La fiebre le devoraba los ojos. Sobre él se hizo un crepúsculo, rojo primero, luego amarillo, amarillo, con grandes manchas azuladas que se abrían sobre su cara como nubes que llovieran llamas.

Cuando volvía en sí, de rato, se sorprendía gritando:

—¡Agua! ¡Aguaa!

Y pensaba: es la fiebre. La noche era clara y fresca. Las estrellas eran puras, limpias. A veces se ensanchaban, se ensanchaban y reventaban millares de estrellitas rojas, que se le entraban por los ojos, por las narices, como pavesas de carbón transformadas en avispas.

—¡Aguaa!

La pierna que tenía quebrada, bajo su cuerpo, crecía monstruosamente. La sangre que bajaba de su frente le cegaba.

—¡Aguaa!

Oía las carcajadas siniestras del gato montés que rondaba. El caballo resoplaba inquieto, y tironeando de su pierna, ganado por el terror, se alzó sobre sus patas traseras, dió un brinco y desapareció en la noche a todo correr, llevándole a rastra, moribundo.

Pero no murió. Al amanecer le vieron y le recogieron. Hubo necesidad de amputarle una pierna. Seis meses más tarde salió del hospital con una pata de palo.

Vino a Buenos, donde tenía un primo al que también le faltaba una pierna. Fué una suerte de consuelo.

El primo, que se llama Nicolás, le aconsejó que comprara un organillo, a pagar mensualmente. Así lo hizo, y ya llevaba dos meses de esta vida. Pero la cosa no marchaba. Las gentes no salían a la puerta, y en vano Natalio giraba el manubrio del organillo.

No es que las piezas fuesen desagradables, no. Había una, sobre todas, que era imposible el oirla sin resistirse a corearla. Las muchachas apoyaban la cabeza en el marco de la puerta de calle y cantaban en voz baja, marcando el compás con el pie, con los ojos perdidos en el fondo de la calle:

Olas que al llegar

Los chicos, sin acercarse demasiado al hombre del organillo, miraban boquiabiertos al ratoncillo blanco que llevaba sobre la caja y que era el encargado de extraer "el papelito de la suerte".

De vez en vez, alguna vieja pedía un papelito, para saber de su destino, a un precio irrisorio. Por diez centavos hasta se decía en qué número iba a caer el premio de la lotería.

Natalio alzaba la puerta de la jaulita, aparecía tímidamente el ratoncillo, husmeaba el aire con su hociquillo afinado, revolvía colérico sus ojillos rojos, y tiraba con los dientecillos un papel de la caja que el amo le ponía delante.

Casi siempre Natalio tenía que leer aquel mensaje, que decía invariablemente:

Usted vivirá 92 años. Una desgracia caerá sobre usted; pero luego será beneficiado por la fortuna. Ganará a la lotería con el número 3471.

El organillo no tenía más que cuatro piezas, una de las cuales encantaba a los niños. Era una música viva, alegre, que empezaba con un aire marcial, que se volvía de pronto, jugueteó como una ronda catonga, y entonaba, cuando uno menos se lo esperaba, un motivo pastoril, melancólico, siemple como una serenata de chirimía, para retomar, al final, los compases marciales del primer tiempo.

Pero esto no mejoraba la situación de Natalio. Había días que no reunía ni treinta centavos. Hasta que llegó el momento en que fué a ver a su pariente, dispuesto a dejar el oficio.

—Lo que te hace falta es un muchacho que pida las monedas, mientras tocás — le dijo Nicolás; y agregó: — Un muchacho de poca edad, casi siempre despierta compasión en la gente.

Los ojos grandes de Natalio se hicieron aún más grandes. Salió sin decir ni una palabra. Cuando estuvo en la casa de inquilinato en que habitaba se dirigió resueltamente a la pieza de doña Teresa:

—¡Eh!, doña Teresa! ¿Para qué manda tanto su hijo a la escuela? ¿Eh? ¿A ver? ¿Para qué? ¿Para que se eche a perder en compañía de tanto muchacho? Si usted quiere, Antonio puede venir conmigo, y aparte de lo que va aprendiendo, yo le daré algo.

Doña Teresa no dijo que no, y al siguiente día Natalio salió con Antonio, que era de ojos pícaros y de buena salud. Con lo que el organillero salía perdiendo, pues, nadie se complacía en dar una moneda a aquel cachafaz que se les reía en las barbas. Malo no era; pero era tanta la violencia de su alegría, tan rojas sus mejillas, tan saltarines sus ojos, que junto a aquel hombre de pata de palo, que volteaba el manubrio del organillo, con abismados ojos de buey, el contraste resultaba desagradable.

De manera que, al nuevo día, salió con el hijo menor de doña Encarnación a quien llamaban Pepe. Era Pepe como de doce años de edad, de cabellos rojizos, de cara pecosa esmirriado, de piernas secas y pandas. Sabía componer en su cara un gesto de profundo dolor, que llenaba de conmiseración a la gente y a la gorra de monedas. Pero tenía dos, mejor dicho tres defectos, dos de los cuales echaban a perder el negocio de Natalio: era muy soñador, acostumbraba a disfrutar de lo ajeno y era goloso en grado superlativo.

A veces quedaba como atontado ante una casa de siete pisos, o la música del organillo le arrebataba la imaginación, sin hacerle perder el tino, pues, si alguien de paso, le daba una moneda, como que estaba distraído la echaba en su bolsillo sin que Natalio le viera.

A veces, soñando, metía la mano en la canasta de alguna vieja que volvía de mercar las provisiones, o en la canasta de algún vendedor de masitas. Pero su especialidad consistía en hacer desaparecer las monedas que las gentes dejaban en los sombreros de los ciegos, con mano suave y diestra, delicadísimamente, para que el oído sutil del mendigo ciego no lo percibiese.

Su pasión eran los dulces, las frutas almibaradas, los pasteles alechigados. Por un bienmesabe era capaz de acometer la empresa más arriesgada. Pero Natalio no tenía para él sino coscorrones que le cubrían de cardenales.

Natalio cayó en la cuenta de que ninguno de los dos muchachos le servían. El uno no despertaba compasión; el otro le jugaba malas pasadas escamoteándole las monedas.

De manera que volvió a salir solo. Tocaba su organillo en todas las puertas; pero nadie pensaba en pagar al hombre de la música. Para peor, los días se presentaron lluviosos y no podía salir. El ratoncillo gritaba, hambriento, metiendo el hociquillo por entre los alambres de su jaulita.

Al anochecer de uno de esos días de lluvia, el organillero salió a comprar pan. Al volver la esquina, en el quicial de una casa, ovillado, sacudido por el frío, vió a un muchacho que al guarecerse de la lluvia le había sorprendido el sueño. Los ojos de Natalio relampaguearon. Se acercó a él, le sacudió por un hombro y le dijo amablemente:

—¡Eh! muchacho; te vas a quedar duro de frío!

El chico abrió los ojos y le miró estúpidamente.

—¿Qué hacés aquí? ¿Es que has perdido la chaveta?

Pero tampoco obtuvo respuesta. Natalio siguió diciendo:

EL MADRIGAL OSADO

Señora: el momento es cruel,
aunque se alberguen, hermosas,
en tus mejillas dos rosas
y haya en tu boca un clavel.

Pues, por causas ignoradas,
hoy el amor solicita,
más que una cara bonita,
unas piernas bien formadas.

Lo que ha venido a exigir
y la moda ha consentido,
llevar más corto el vestido
para poderlas lucir.

Pero otra complicación
trae consigo esta osadía:
El carruaje y el tranvía
aumentan la exhibición.

En tan luminoso instante,
si bellas piernas se ven,
¿creéis, señora, que haya quién
piense en ver ningún semblante?

Repito: el momento es cruel,
aunque se alberguen, hermosas,
en tus mejillas dos rosas
y haya en tu boca un clavel.

Ireneo Ricardo del PINO.

—¿Querés venir conmigo? ¿Querés venir a mi casa? Comeremos alguna cosa... acaso yo pudiera darte trabajo...

—¿Ha dicho usted que va a darme de comer? — preguntó el muchacho despabilándose.

—¡Vamos! — exclamó el organillero eludiendo la respuesta. El chico le siguió. Andaba descalzo y sus dientes se entrechocaban con violencia.

—¿Vi-ve usted le-jos de aquí?

—Ya llegamos.

Atravesaron el patio de la casa, llegaron a los fondos. Subiendo por una estrecha escalerilla de fierro se encontraba uno en una pieza, baja de techo, oscura, sin ventana. El techo era de pizarra y el agua de la lluvia se filtraba por unas hendiduras. Había una cama y dos sillas. Sobre un cajón vacío había un trozo de vela, un mate y un poco de jabón amarillo. Las paredes eran desnudas y descascaradas. En un rincón estaba el organillo, cubierto por un lienzo. Esta era la pieza del organillero.

Natalio quitó las cosas que había sobre el cajón y se lo ofreció como asiento al muchacho, que se llamaba Jaime. Partió el pan y le alcanzó un buen trozo. Mientras engullía el alimento, Jaime estuvo muy locuaz. Natalio, que era de natural taciturno, lo miraba con sus ojos saltones, como quien madura un plan.

Luego le alcanzó una raída manta, le señaló el rincón, junto al órgano, para que se echara a dormir, diciéndole:

—Ya que no querés volver junto a los trapaceros de tus parientes, podés quedarte conmigo. Saldremos de mañana a ganarnos la vida. Yo tocaré el órgano y daré la suerte; vos te encargarás de que las gentes aflojen las monedas. El oficio no es tan fácil como parece. La gente no quiere desprenderse ni de un cobre y es necesario hablar de la madre de uno, porque tratándose de mujeres se llenan de compasión.

Ahora te digo: no te perdonaré que me robes. Sería capaz de arrancarte los ojos. Si nos va bien, a la vuelta tomaremos una sopa, si no, comeremos como hoy. Cuando terminemos de pagar el organillo comeremos mejor. Ahí tenés para dormir; mañana le pedís virutas al carpintero de la cuadra y te preparás una cama más buena...

Jaime no había entendido mucho de este lacónico discurso; pero algo había quedado en su imaginación exaltando su fantasía.

—¿Es que tiene usted un organito? — preguntó.

Natalio se acercó al rincón donde estaba la caja, tiró el lienzo que la cubría y se hizo a un lado para que el muchacho viera el instrumento. Pero hubo necesidad de encender el cabo de vela, porque la noche se había colado de rodón en el helado cuartucho.

El ratoncillo se ganó una crústula de pan. Jaime se acercó a la caja, movió apenas el manubrio y le respondió un gemido bronco, ahogado. Natalio le apartó con rudeza, cubrió el organillo con el lienzo y apagó la luz.

En la oscuridad veía Jaime danzar formas aún más negras. Oyó como crujía la cama al acostarse el organillero y también él se echó sobre la manta junto al órgano. El ratoncillo, chillaba en su jaulita, muy cerca de su cabeza. Si hubiese podido le hubiese besado.

—¡Huiii... Huiii...!

Era una excelente compañía. Pero, de pronto, el ratoncillo enmudece. Las sombras empiezan a girar vertiginosamente. ¿Por qué en la calle, durmiendo en los umbrales de las casas, nunca ha tenido miedo y ahora su corazón salta despavorido y la piel se le granula y siente que su garganta, sin que él lo desee, va a dejar escapar un angustioso grito?

De un salto se incorpora y se queda escuchando, tembloroso. ¿De qué rincón de la pieza parte ese runrún que le llena de pavor? Pero, ¡si es el hombre que ronca!

De nuevo oye el gritito del ratoncillo blanco.

—¡Huiii... Huiii...!

Las tinieblas se van rasgando. Distingue ahora las cosas. Oye el ruido del agua que vierte el caño de desagüe que baja de la azotea y siente ganas de llorar. Quiere arrojar de sí esa angustia y no puede. El pan seco que ha engullido le hace doler el vientre.

—¡Diga... diga! — llama con timidez. El organillero sigue roncando.

—¡Diga... diga! — grita.

Natalio despierta sobresaltado y pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Diga...

Quiere decirle que está enfermo, que tiene miedo, un miedo atroz; pero siente vergüenza.

—¿Qué, diablos, querés?

—Nada... creí que estaba despierto, ¿sabe?, y le iba a preguntar si de vez en vez, cuando se canse, ¿sabe?, si me va a dejar tocar el organito.

—Merecerías que te rompiera los dientes — le contesta el organillero.

Al instante vuelven a oirse los ronquidos y el gritito del ratoncillo blanco.

Al día siguiente sigue lloviendo. Natalio se sienta en el cajón, frente a la puerta, y Jaime se queda acurrucado en su rincón. Pasan las horas y llueve que te llueve y Natalio mira llover, enfoscado, mudo.

El ratoncillo blanco gime hambriento en su jaulita. A Jaime se le destroza el corazón.

—¿No tiene un poco de pan para darme? — le dice a Natalio con un hilo de voz.

Natalio se vuelve bruscamente. Sus ojos brillan, siniestros.

—¿Pan, has dicho?

Se alza de su asiento, se aproxima al muchacho y le da un puñetazo en la boca.

—¡Tomá pan!

La sangre empieza a correr por la comisura de sus labios cárdenos.

Por fin se hace el buen tiempo y salen. Ya no hablan. Tampoco se miran. Natalio se detiene en la vereda a tocar y mientras suena en la calle la música simple del organillo, Jaime llama a todas las puertas y repite invariablemente, como una cantilena:

—¡Para un pobre huérfano!...

¡Para un pobre huérfano!

Y lleva las monedas a Natalio. A veces alguno sale furioso a la puerta para arrojar al importuno y se encuentra con los ojos dulces de Jaime.

—¡Para un pobre huérfano!

La cólera se trueca en simpatía, la simpatía en piedad...

—¡Tomá!

Y le da una moneda.

Al fin del día Natalio hace el recuento: ¡seis pesos y ochenta centavos! Pero aún no está contento. El muchacho puede conseguir más. ¡Si llorara, si aprendiera a llorar!

En un pequeño recipiente de lata, Natalio hace una sopa de pan y ajo. Sorben el líquido en silencio, primero uno, luego el otro, porque tienen una sola cuchara. Y esa noche, Jaime, derrengado, duerme como un leño.

Y así se suceden los días.

Jaime está cada vez peor. Siquiera cuando dormía en la calle y conseguía una moneda, comía alguna cosa; ahora, pan y agua, y de rato en rato, un plato de sopa y un trocito de queso.

Una tos que parece un ladrido sacude su pecho raquítico. Sus ojos brillan afiebrados. Está agotado por el cansancio y la debilidad.

—Hay que contentarse con ésto; — ha dicho Natalio — si comiéramos mejor la gente no nos tendría lástima.

Y cuando Jaime tose, en la noche, Natalio se regocija pensando que al día siguiente el chico estará más en carácter para pedir limosna.

Una noche, Jaime le dice adiós, al ratoncillo, se desliza hasta la puerta y en el momento en que va a salir, Natalio se despierta, salta de su lecho, le agarra por el cuello, le arroja al suelo y le da de puñadas en el rostro, en el pecho, en el vientre, hasta que siente que está desvanecido.

Cuando el niño despierta, todo magullado, el mal hombre duerme como si tal cosa. El le dice al ratoncillo:

—¡Si pudiéramos irnos! Comeríamos mucho mejor que ahora. Cuando estoy en la calle me dan ganas de correr y escaparme... y no puedo... me mira y no me puedo ir... me mira con esos ojos...

El ratoncillo hace:

—Huiii-huiii...

Y la luz del amanecer entra a la pieza sin que Jaime haya podido pegar los párpados. Cuando está por dormirse siente los dedos rudos de Natalio en su cuello y despierta sobresaltado.

En seguida Natalio se mueve, abre los ojos, se despereza, ajusta las correas de su pata de palo y ruge:

—Vení aquí.

Jaime, aterrorizado, no se mueve.

—Vení aquí.

—Sí, que voy; pero no me pegue — grita llorando el muchacho.

Arrastrándose, de rodillas, llega junto a él y le abraza las piernas, implorando perdón. Pero no, Natalio no va a pegarle. ¿Se quería escapar? Hoy no le dará pan, simplemente.

Y empieza lo de todos los días. Natalio da vueltas a la manija, en la vereda, rodeado de chiquillos curiosos, y Jaime ruega en las puertas de las casas:

—¡Para un pobrecito huérfano!

Y tose teniéndose el pecho con ambas manos. Al mediodía, como el chico tose mucho, ya tiene Natalio cuatro pesos.

Una muchacha que llega corriendo le dice:

—Diga, ¿me da la suerte?

Natalio alza la puerta de la jaulita; pero el ratoncillo no aparece. Está muerto en un rincón de su cárcel. El organillero lo saca y lo tira a la calle. Jaime lo va a mirar, lo mueve con la punta del pie y los ojos se le arrasan de lágrimas.

Y sigue andando hasta que se encienden las luces de la ciudad.

—¿Sabés lo que deberías hacer hoy? Ir a pedir a la puerta del teatro. ¡Haríamos plata!

Llevan el órgano a guardar y Natalio no hace la sopa, porque hay que andar listos para no llegar tarde a la puerta del teatro. Se encaminan hacia el lugar. Jaime tose y tose. La noche es fría y triste. En la vereda, cerca de la puerta iluminada, Jaime se sienta sobre la piedra helada; pone la gorra sobre sus rodillas y ruega a los señores de frac y chistera, que entran al teatro:

—¡Para un pobre huérfano!

De cuando en cuando se acerca Natalio, recoge las monedas reunidas y le dice:

—Un poco más todavía; un rato más todavía. Hay que esperar que acabe la función.

El viento se estrella contra la pared del teatro y barre la calle desierta. Transcurre una hora, dos. Una niebla rojiza, se cuelga, cansada, de los focos de luz.

Al cabo se abren las puertas del teatro y sale la gente, bien abrigadita en sus tapados, en sus gabanes, con pieles y bufandas liadas al cuello.

Ven al muchacho, descalzo, sentado en la vereda con la cabeza abatida sobre el pecho, y antes de subir al automóvil dejan caer unas monedas en su gorra.

Cuando todos se marchan, Natalio se acerca frotándose las manos sonriente, y exclama casi con afecto:

—¡Eh, muchacho! ¿Qué te decía yo?

Toma el puñado de monedas de la gorra, las echa al bolsillo y tocándole con la pata de palo, dice:

—¡Vamos, vamos; a dormir, a casa!

Pero Jaime no se mueve. El frío no le hace temblar. Natalio le sacude y él no despierta. Entonces le mira a la cara y ve sus ojos sin luz y su boca... ¡Está muerto!

La calle está desierta. Nadie le ha visto. Se aleja lo más apresuradamente que le permite su pata de palo que cruje y suena en la vereda, a un mismo tiempo.

Un nocherniego que pasa en ese momento, vuelve sobre sus pasos, sacude la cabeza y deja una moneda en la gorra vacía del desdichado Jaime.

LA HORA AZUL

Yo quisiera morirme en un otoño...
En cuál otoño?... En este otoño?... Acaso
vale la pena designar qué otoño
en esta vida en que se está de paso?

En un otoño indefinido; en uno
de esos otoños que parecen seres
convalecientes de dolor; en uno
de esos días con almas de mujeres.

En una tarde de color violeta,
bajo un sol suave, bajo un sol que huye
en agonía lánguida y mansueta
sobre los propios oros que diluye.

En un silencio y una paz extremos:
paz de la tarde, silencioso encanto
en los jardines de los crisantemos
que yo he cantado y he querido tanto!

Junto a los míos, junto a mis hermanas,
en las pequeñas salas silenciosas
donde un rosal se trepa a mis ventanas
para hacerme la ofrenda de sus rosas.

Cerca de los jazmines de mi madre,
junto al sillón elástico de paja
en donde cada amanecer, mi padre,
a pesar de su edad, piensa o trabaja.

Morirme allí, marcharme dulcemente
como una barca que se va sin remos,
desfallecer en un sutil ambiente
entre las flores de los crisantemos.

Dejar la vida sin recor ni agravio
irme a la muerte con el alma pura,
llevando una sonrisa sobre el labio
como una flor de la literatura.

Y descansar en una tumba aislada
—una cruz y una reja en los extremos
será bastante — y que una mano amada
se acuerde de regar mis crisantemos.

Yo quisiera morir en "este" otoño.
¿Vale la pena demorar el viaje
cuando cada crepúsculo de otoño
es una invitación para tal viaje?

Luis María JORDAN.

MÁXIMAS

—Sirve de guía al ciego y abre tu casa al desterrado.—*Focilidas.*

—La caridad es el amor del género humano.—*Cicerón.*

—La conducta más hábil es la más honrada.—*Spencer.*

—Reconocer y confesar que se ha errado es lo que más engrandece. —*San Bernardo.*

—Por un tropiezo, no renuncies al buen propósito que te habías propuesto realizar.—*Shakespeare.*

La coquetería más hermosa es la inocencia.—*Lamartine.*

—Un corazón generoso es lo que necesita el hombre.—*Menandro.*

—La verdadera habilidad, es el cumplimiento del deber.—*Julio Simón.*

—Mientras no se ha hecho lo posible, no se ha llenado el deber.—*Victor Hugo.*

—Cuando se rían de tus defectos, corrígelos en lugar de encolerizarte. Si no son de los que pueden corregir, sé tú el primero en reirte de ellos.

—Si no tuviéramos defectos, no nos complaceríamos tanto en notar los defectos de los otros.—*La Rochefoucauld.*

LAS TRES CARTAS

Por Osip Dimov

Hacía tres días que no se afeitaba. Al contemplarse casualmente en el espejo se quedó admirado. No pudo reconocerse. ¿Sería él ese viejo de cara arrugada y de cabellos grises?

No se sentía bien. Esperaba al médico. Como éste se retardara, paseaba por la pieza sin saber qué hacer. Aburrido, empezó a revolver los cajones de su escritorio. Había demasiados papeles. Era tiempo de hacer un limpieza. Revisando la polvorienta y grisácea papelería encontró un paquete de cartas. Tres de ellas llamaron su atención. Puso a un lado las restantes y releyó las tres epístolas.

La primera databa del 5 de mayo de 1889. Tenía entonces diez y nueve años. Había escrito esa carta a... a..., ¿cómo era su nombre?... ¡Elisa! ¡Ah, sí, Elisa! ¿Pero de qué modo había vuelto la misiva a su poder? Muy sencillamente: nunca había enviado la carta a su destino.

Hela aquí:

"Ayer la he visto a usted en el Parque Central. Llevaba un vestidito rosa y un sombrero obscuro de terciopelo. ¡Dios mío! ¡amás he visto un rostro más hermoso! Pasó usted por mi lado sin observarme. No me atreví a acercarme a usted, ni a seguirla, ni siquiera a mirarla demasiado. Temía llamar la atención de la gente... ¡Dios mío, no hay cosa que no sea capaz de hacer por usted! Ordene que escale el cielo o que descienda a los más hondos abismos del mar, y lo haré gustoso. Soy su esclavo para siempre.

"Es esta la tercera vez que la he visto desde que tuve la inaudita felicidad de conocerla. Usted es la perfección de la vida, y me arrodillo ante usted como ante una diosa para adorarla ciegamente, aunque no sé quién es, dónde vive ni cuáles son sus gustos y aficiones. Pero siento en lo más íntimo de mi ser, que usted es un alma cercana a la mía, el alma gemela que busco con ansia en mis horas de desasosiego. No le pido ni le exijo nada. Sólo quiero soñar con usted. ¡Permítame esa única satisfacción!

"Es de noche. Escribo esta carta junto a la abierta ventana, por la que me llegan del jardín vecino efluvios de rosas y los ecos apagados de un nocturno de Chopin. ¡Si pudiera morir por usted, Elisa! ¡Soy la única persona en la ciudad capaz de comprenderla! ¡Contésteme, se lo ruego, si acepta mi amistad!

"No le envío la carta porque ignoro su dirección. Duerma tranquila. Que los ángeles bondadosos velen su sueño.

"Suyo hasta la tumba

A. M.".

La segunda carta había sido escrita diez años después, cuando ya frisaba en los treinta. Esta epístola sí que fué despachada a su destino, pero más tarde, cuando todo hubo terminado entre ellos, exigió la devolución de sus cartas, y la obtuvo a cambio de las que tenía en su poder.

Fechada el 6 de diciembre de 1899, se hallaba concebida en los siguientes términos.

"Muy estimada señora:

"Me escribe usted que me lo aclarará todo cuando volvamos a vernos. A decir verdad, no comprendo lo que aquí hay que aclarar. La cosa es clara por sí misma. ¿Para qué hacen falta palabras, explicaciones, y tal vez lágrimas? Usted no me esperaba en la trágica noche que destruyó tan brutalmente todos mis ensueños. Fuí a su hotelito con el propósito de darle una sorpresa, una grata sorpresa, ¡in-



—¡¡Qué lástima! ¡Un traje tan bonito, con el dinero que os ha costado, y para lucirlo un día más!

—No, hijita; porque recortándolo un poquito de falda te servirá, cuando te cases, de traje de novia.

genuo de mí! En el vestíbulo, al salir a recibirme, me dijo que no se sentía muy bien, y que deseaba estar sola esa noche. Pero no se hallaba sola. En su "budoir" estaba L., el hombre siempre satisfecho y seguro de sí mismo, riéndose en mis barbas cuando me vió entrar, después de haberla apartado a usted, señora, que me obstruía el paso para impedir que descubriese su indigna traición. Es decir, no se reía abiertamente, porque lo hubiera matado, pero se reía con sus ojos desvergonzados e irónicos. Usted me estrechó con fuerza de la mano como pidiéndome disculpas. Se sentía culpable. En voz baja me dijo, de pie junto a la ventana:

—"Quédese, se irá en seguida.

"Soy demasiado orgulloso para esperar y recibir limosnas del eternamente satisfecho L. Me fuí y los dejé solos. Les deseaba felicidad con toda mi alma.

"¿Para qué me escribe todavía? ¿Para qué quiere verme? ¡Adios, carnaval! Ha terminado su juego, señora. Le he arrancado la máscara. No temo declarar que la he amado, y que tal vez la ame aún. Pero sofocaré mi amor, pues nunca consentiré en besar los labios que ha besado L.

"Que la dicha la acompañe. Reciba un eterno adiós de su ex

A. M."

La tercera carta la conoce casi de memoria. La redactó varias veces antes de enviarla. La hoja que tiene ante sí, sólo es una copia incompleta, sin principio ni fin.

"...Les acompaño con mis pensamientos...' te acompaño... — decía. — Ustedes dos pasaron por delante de mí sin verme. Te llevaba del brazo, y tú te apretabas contra él con cariñoso abandono. ¡Tú, mi amada, flor de mi *otoño!* ¡No sé cómo pude contenerme y no gritar! Sonreí con un poco de tristeza y de ironía, por mí y tal vez por ti también, porque yo sabía y sentía que eres feliz, fuese quien fuese el objeto de tu amor: yo o cualquier otro. Lo fundamental, para ti, es gozar de la vida, florecer, respirar, amar. Para eso, hermosa mía, fuiste creada... Si en alguno de tus instantes de dicha llegas a tener ocasión y tiempo para regalarme una sonrisa amable, te lo agradeceré, y diré para mis adentros que eres buena, y que repartes como una reina, tu belleza entre los pordioseros del amor. Al resplandor de tu sonrisa se iluminará mi vida, y..."

Tres cartas estaban sobre la mesa. Tres cartas escritas por el mismo hombre a tres mujeres distintas. Pero cuánta diferencia entre esas cartas! ¡Mucha más que entre las tres mujeres que las habían inspirado!

La primera epístola la había escrito un jovenzuelo, un soñador; la segunda un hombre que exige e impone; la tercera, un mendigo que pide limosna, que es feliz hasta cuando se le pisa con los pies, con pequeños y bien torneados pies de mujer.

¿Era posible que una misma persona las hubiese escrito? ¿Cómo pudo realizar tan increíble metamórfosis?

Fué obra de la actividad de las glándulas que dominan, y determinan todo el curso de la vida. Fué el resultado de la evolución fisiológica del organismo, porque amor es fisiología, amor es cuerpo, amor es el sucesivo y despertar y desfallecer de las glándulas.

Esto lo comprendía ahora, ahora al ver toda su vida reflejada y expresada en las tres cartas, y cuando a cualquier instante podía golpear en la puerta el médico que venía a diagnosticar lo que él ya sabía de antemano: arterioesclerosis, síntoma de la vejez.

Novedades Científicas

Un conocido médico rumano ha anunciado a la Academia de Medicina de Bucarest, que después de quince años de investigaciones ha podido aislar y reconocer el microbio del "tifus exantemático" que prueba que se forma en el cuerpo de ciertos insectos que luego lo transmiten a los animales y al hombre.

* * *

En la Academia de Medicina de París, el profesor Vincent ha dado cuenta a sus colegas de una nueva variedad de la bronquitis, debida a la asociación de un bacilo fusiforme y de una espiroqueta.

Esta afección de las vías respiratorias no debe confundirse con la tuberculosis, aun cuando en esta forma grave de la bronquitis el enfermo espute y aun tenga vómitos de sangre parecidos a los que producen las afecciones tuberculosas.

Curiosidades

El Jardín Zoológico de Wáshington es tan solicitado por los niños que desean ver jirafas, que ha enviado una expedición a Africa para buscar ejemplares.

* * *

Se ha calculado que toda el agua del océano, contiene una solución de más de dos millones de toneladas de plata.

* * *

De los tres mil doscientos cuarenta y dos dialectos conocidos en el mundo, más de la cuarta parte son asiáticos.

* * *

Desde que comenzó a funcionar la exposición de Wembley, se han roto más de 700.000 piezas de loza en los restorantes instalados allí.

* * *

Los pies contienen el veinticinco por ciento de los huesos del cuerpo humano.

* * *

El primer hombre que notó la fuerza del vapor de agua fué Hero.

* * *

Ellis y L. Ellis, nacidos en la India hace veintiseis años, tienen impresiones digitales idénticas. En todos los demás detalles son ambos asombrosamente iguales, tanto en lo físico como en lo moral.

* * *

La Estación Radiola, de París, transmite por radio, no sólo música, sino también imágenes. Cualquier persona puede recibirlas si instala un aparato receptor especial: el "telectógrafo".

* * *

Las Islas Filipinas pueden producir 75.000 toneladas de caucho anualmente.

* * *

La isla de Wallarea, situada a dos horas de distancia de Londres, tiene cien habitantes, y no cuenta con escuela ni iglesia.

* * *

La lluvia cae con más frecuencia donde los vientos son variables, porque la entrada repentina de las corrientes de aire frío que la produce hace bajar inmediatamente la temperatura.

* * *

Los ingleses denominan "Christmas" a la Navidad, los franceses "Noel", los holandeses "Kermis" y los alemanes "Weihnachfest".

* * *

La historia conocida de la mina del Cerro de Pasco, Perú, una de las más antiguas del mundo, alcanza a más de 300 años hasta la época de Pizarro. Dicha mina fué explotada por los incas antes de ese tiempo.

* * *

El primer anuncio en una revista se publicó en el "Mercurius Politicus", en 1652, cincuenta años después de la creación de "Mercure Francais", anuncio que estaba redactado de la manera siguiente: "Fredonia gratulatoria", poema heroico dedicado al regreso del lord general, cantando sus victorias elocuentemente. De venta en casa de Johu Halden, la nueva Bourse, Londres, imprenta de New Court. 1652".

* * *

El esturión de los ríos de Europa y la parte noroeste de América es uno de los peces mayores y más sabrosos que se consumen.

* * *

Las termas mandadas construir por el emperador romano Caracalla tenían capacidad para mil seiscientos bañistas.

* * *

La tumba de Mahoma está cubierta con diamantes, záfiros y rubíes, que valen, según se calcula, ochenta y cinco millones de pesos.

* * *

Las tortugas se alimentan exclusivamente de vegetales.

* * *

Para obtener un solo kilogramo de esencia pura de violetas se necesitan 33.000 kilos de flores frescas.

Una gota de sangre tarda solamente veintidós segundos en recorrer todo el aparato circulatorio.

* * *

Un hombre respira veinte veces por minuto, o sea 1.200 más o menos por hora.

* * *

Las ovejas de mejor lana son las que se crían en Ushuaia.

* * *

En China se da tan poca importancia a las niñas, que muchos padres no se preocupan de ponerles nombres y las denominan sencillamente por el número de orden de su nacimiento: la primera, la segunda, la tercera, etc.

* * *

La superficie de la Tierra es de 144.857.074 kilómetros cuadrados de tierra y 365.093.636 de mar.

Algunos presos negros de la prisión del condado de Milwaukee (Estados Unidos), emplean patatas crudas y terrones de azúcar y sal para jugar al "golf africano".

* * *

Un hombre de ciencia dice que por medio de un micrófono especial, ha oído el sonido de los gusanos dentro de las manzanas.

* * *

La administración municipal de Osaka ha aprobado la fundación de una sociedad que desea ocuparse de la construcción y explotación de ferrocarriles subterráneos.

* * *

Los nidos de pájaros, tan gustados por los gastrónomos orientales, son hechos por golondrinas marinas que recogen las algas comestibles para hacer sus hogares.

JURA DE LA BANDERA



Dió margen a una brillante ceremonia la jura de la bandera por los conscriptos del ejército, de la clase de **1906**. Acto que se llevó a cabo en la plaza Colón, en presencia del primer magistrado de la República, Dr. Marcelo T. de Alvear, y demás miembros del poder ejecutivo.—Vista del palco oficial levantado al pie del monumento a Colón.





El general José L. Marcilese, comandante de la división, arengando a las tropas.



Los conscriptos que juraron la bandera, formados en la plaza Colón.



En la Asociación Patriótica Española



En los salones de la Asociación Patriótica Española se efectuó la conferencia que sobre el tema "Indicaciones sumarias acerca de los deberes y derechos de los españoles en América", pronunció el señor don Antonio Goicoechea, ex-ministro de la gobernación de España y presidente de la "Sociedad Transaérea Colón". — El conferenciante rodeado por varias personas momentos antes de dar comienzo el acto.

Fot. León

Congreso Panamericano de Arquitectura



Se llevó a efecto con gran brillo, la ceremonia inaugural del tercer Congreso Panamericano de Arquitectura, en el edificio nuevo del Correo, en presencia del Presidente de la República, los ministros de Relaciones Exteriores y de Justicia e Instrucción Pública, el embajador del Brasil, el rector de la Universidad de Buenos Aires, el decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y otras numerosas personalidades. —La mesa durante la ejecución del Himno Nacional Argentino.





El presidente de la República visitando la Exposición.



Vista parcial de los congresales durante la sección inaugural.

NOTAS DE ARTE







En los Amigos del Arte expuso sus obras el escultor señor Stephan Erzia, ya conocido de nuestro público y admirado en su arte.—A la izquierda: "Pensamiento", mármol que se ha exhibido en la Exposición.—En el centro: el escultor, señor Erzia, y a la derecha: "Cabeza de hombre en la edad de piedra", obra del mismo escultor, actualmente en el Museo de Milán.



CONCIERTOS



En el teatro Cervantes, el notable pianista Mark Hambourg dará una serie de audiciones en el transcurso de la presente semana.

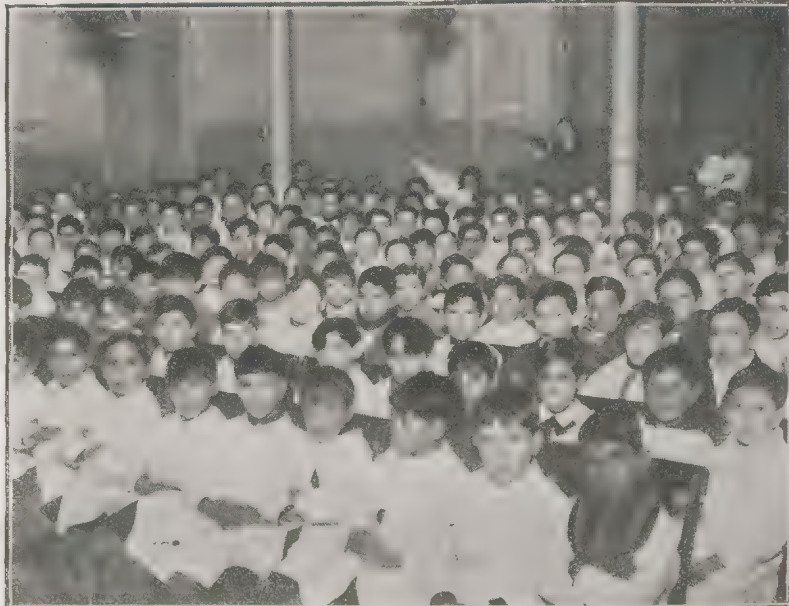
REUNION SOCIAL



El capitán Ferreyra y señora Irene Martínez ofrecieron a sus relaciones una fiesta íntima, en honor de su hija Rosa. Grupo de damas y caballeros que participaron de la reunión.

31.° ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL Dr. LEANDRO N. ALEM





Organizado por la dirección de la escuela Leandro N. Alem, se efectuó un acto con motivo del aniversario de la muerte del ilustre tribuno, desarrollándose con tal motivo un interesante programa en el que tomaron parte los alumnos de dicho establecimiento.

BANQUETE



Festejando sus bodas de plata como despachante de aduana, los amigos y compañeros de tareas del señor Mario Varsi, le ofrecieron un banquete, el que transcurrió en un ambiente de franca camaradería.

NECROLOGIA



Señora Emilia Nava de Mambretti.



Señora Dolores Barca de Cachés.

De nuestros escenarios

Inició su temporada en el Teatro Avenida la nueva compañía de zarzuela organizada por la empresa de esta sala y en cuyo elenco, que actúa bajo la dirección musical de los maestros Rafael Palacios y Juan Travé, figuran como partes principales las tiples Aída Arce, Asunción Pastor, Amalia Díaz Labrada, Joaquina Carreras y Mercedes Moreno; los tenores Cayetano Peñalver y Enrique Salas, barítonos Luis Almodóvar y Enrique Zabarte, el primer actor y director Andrés L. Barreta y los actores Rubio, Palomino, Sabatar, etcétera.—Como novedad de su espectáculo de presentación, la compañía ofreció el estreno de la comedia lírica en tres actos denominada "El caserío", libro de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Jesús de Guridi, que fué interpretada por los principales elementos del conjunto.—Escena del primer acto de dicha obra, en la que aparecen sus intérpretes en casi su totalidad.





Principales intérpretes de la obra posando para "FRAY MOCHO".

FOOT BALL



Son nuestros huéspedes, desde hace varios días, los componentes del team de football del Real de Madrid, prestigiosa institución deportiva española, y que jugarán en ésta varios partidos.—Los foot-ballers españoles a bordo del Giulio Cesare, antes de desembarcar en nuestro puerto.

HOMENAJE AL PROFESOR ROMAN VAGO





Organizado por un grupo de alumnos, se efectuó un homenaje al profesor Paulo Román Vago, acto que fué presenciado por un numeroso público y que se llevó a cabo en el local de la Asociación de Damas Católicas.—Fotografías tomadas durante el desarrollo del programa. Fot. León.

Enrique Loudet, propulsor del acercamiento de los pueblos de América





El autor de "Páginas de Historia Diplomática", en su estudio, posando para FRAY MOCHO

Para "Fray Mocho"

La acción inteligente de la Liga de las Sociedades de la Cruz Roja, constituirá la columna mas poderosa de la confraternidad humana.

Enrique Loudet.

1927.





Hablando en un acto oficial en el Ateneo Hispano Americano, durante su actuación de Secretario.

El doctor Enrique Loudet es un propulsor del acercamiento de los pueblos de América.

Fué en el Ateneo Hispano Americano donde conocí, hace tres años al doctor Enrique Loudet, en momentos en que desempeñaba el puesto de secretario de la citada institución. Posteriormente tuve oportunidad de tratarle más íntimamente, al formarse la Comisión de Homenaje a Bolivia en su primer Centenario, de la cual fué digno presidente.

El doctor Enrique Loudet, suficientemente conocido por su vasta labor cultural, es el único de los alumnos egresados de la Escuela de Diplomacia de nuestra Universidad que ha tratado con preferencia asuntos doctrinarios, difundiendo valores y cooperando al acercamiento moral y material de los pueblos sudamericanos.

Doctor y ateneísta en varias Universidades o instituciones extranjeras, Enrique Loudet oculta su brillante personalidad bajo una túnica de sencillez. Tiene pleno convencimiento de su valer. Convencimiento íntimo que no necesita ser repetido.

Y es por esto que, al pretender reportearlo, nos ha contestado con un apretón de manos y una sonrisa cariñosa.

Tratamos de convencerle. Apelamos a nuestra amistad firme y leal. Pero es en vano. Enrique Loudet no habla. Le basta que por él hablen sus obras. Y, precisamente, tenemos delante nuestro, su último libro titulado "Páginas de Historia Diplomática", (figuras y doctrinas).

Con esta obra el doctor Loudet agrega un eslabón más a su dorada cadena de intelectual de mérito. "Hay en "Páginas de Historia Diplomática"—ha dicho un crítico—frecuentes citas y transcripciones abundantes que demuestran la erudición de su autor y su minuciosa búsqueda en los archivos diplomáticos; brillantez en los períodos; firmeza y seguridad en las opiniones y un concepto amplio, que se difunde por toda la obra, de lo que debe ser la diplomacia en nuestros días".

Y el doctor Baltasar Brum, en el prólogo que abre el libro, expresa su simpatía hacia el autor con estas palabras: "porque somos los dos cultores apasionados de los principios de justicia, y porque fraternizamos en la lucha sin tregua por el triunfo definitivo de las ideas de solidaridad americana."

Nos encontramos, pues, frente a una opinión que por sí sola significa una consagración. Enrique Loudet sabe que ha hecho obra humana y laudable. Sabe que ha consagrado los jóvenes años vividos a defender los sagrados derechos de la justicia. Y sabe, también, que nunca podremos agradecerle bastante sus palabras de acercamiento y bondad.

Eduardo María de OCAMPO.



El doctor Loudet con su hijita Perlita, la mejor de sus obras.



Actualidades cinematográficas



Shirley Masson y Raymond Makee en "La pena capital", que la Corporación exhibe desde el domingo último.



Ivan Masjoukine, protagonista de "El difunto Matías Pascal", filmación de la obra homónima de Pirandello, por la Albatros, dirección Marcel L'Herbier, que la New York Film estrenó anteayer.



Harrison Ford y Bessie Love en "Sobre llantas de goma", que Glucksmann estrenará el domingo próximo.



Rod La Rocque (a la derecha), protagonista, con Jobina Ralston, de "Gigoló", que Glucksmann estrenó anteayer.



Escena de "La guardia de media noche", que interpretan Ror Stewart, Mary Mac Alister y David Torrence, que la General presentó el domingo.



Buck Jones y su partenaire en "Valle desierto", que la Fox estrenará el jueves próximo.



Escena de "Hojas de parra", extraordinaria que presenta la Fox el lunes 18, con George O'Brien y Olive Borden como protagonistas.



MENDOZA

Concurso de belleza, organizado por nuestro colega "La Quincena Social".



Señorita María Luisa Agüero, que fué consagrada con el primer premio de Espiritualidad.



Señorita Marta Duffau, que logró el primer premio de la sección Belleza.



Señorita Carmen Marcó, que conquistó el primer premio en la sección Elegancia.



Señorita Elena Mercader Bosch, segundo premio en la sección Espiritualidad.



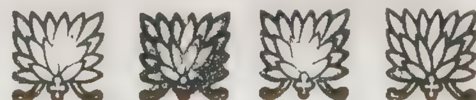
Señorita Alicia Puthod, que obtuvo el segundo premio de Belleza.



Señorita Marta Ceretti, que obtuvo el segundo premio en la sección Elegancia.

Fotos Capra y Boragina.





INFORMACIÓN GRAFICA DEL INTERIOR



SANTIAGO DEL ESTERO. — Accidente de aviación; el piloto Riggi (1), gravemente herido, y el mecánico Coco (2), fallecido en el accidente.



Estado en que quedó el aeroplano piloteado por el aviador Riggi, después del accidente en el que perdió la vida el mecánico que le acompañaba.



SAN LUIS. — Alumnas del colegio San Luis Gonzaga, que hicieron la primera comunión



Team del Club "Estudiantes", que ganó la copa de plata Dr. Di Genaro, al Club F. C. C. de Justo Daract.



RUFINO. — Concurrentes al banquete que se celebró festejando el 15 º aniversario de la "Federación Agraria Argentina", al que asistieron autoridades nacionales y la comisión seccional local.

"Fray Mocho" en Bolivia.



El joven argentino Alejandro Matías (hijo) a su llegada a Bolivia, rodeado de amigos que fueron a recibirle. — A la derecha: un ciudadano de Bolivia, el pibe Guillermo Esprella.





¡POBRE FEO!

Por Eduardo Barrios

Tierna lectora:

Estos fragmentos son auténticos. Pertenecen a una serie de cartas escritas por dos primas mías que, con su madre viven en Valparaíso, en una casa de pensión. Apenas si he tenido que corregir las de mi primita Luisa, cuya instrucción aun no basta para ofreceros lectura fácil, respetuosa de vuestra gramática y de vuestro buen gusto. Si sois frívola, superficial, indolente, no las leais, que casi nada os dirán — o leedlas, sólo para reir con la inconsciente crueldad de la pequeña Luisa. — Pero si merecéis el adjetivo que os doy en el tratamiento, si tenéis un corazón abierto al dolor y a la ternura, las cartas de mis primas, en medio de su comicidad terrible, no os permitirán reiros sin que la risa, después de florecer en vuestros labios, caiga como un clavel dolorido, en ofrenda piadosa para aquellos a quienes un designio incomprensible de la Naturaleza parece haber condenado a retorcerse los brazos en la soledad.

Como mi prima Isabel, acaso también vos hayáis encontrado en vuestro camino un José. Son muchos los que, por ser muy feos, muy tímidos y muy débiles, se consumen en su sed infinita de ternura, en su hambre de amor que nunca una bella saciará, sufriendo la crueldad suprema del vientre monstruoso que los concibió débiles y desarmados ante la Mujer y ante la Vida.

DE ISABEL

...Sé a quién te refieres, a quien se ha referido Luisita en la postal que te ha escrito. Eso es un absurdo, Es verdad que... (me da vergüenza decírtelo) es verdad que el señor ése demuestra más que simpatía por mí; pero... yo no tengo la culpa, yo jamás le... ¡Bah, protesto contra la infamia, eso es: no necesito explicarme, defenderme; protesto, simplemente!

Y no te rías. Estoy enojada de veras. Si conocieras al tipo, me darías la razón. Siento no tener un retrato suyo, para que lo conozcas y comprendas mi rabia. Voy a procurar hacértelo. Es de una fealdad que desconcierta. Figúrate, un muchacho muy largo, muy largo, y con esa flacura del adolescente que ha dado un estirón después de unas fiebres. Tiene la frente acartonada, estúpida; las mejillas, como cuevas al pie de dos pómulos que son dos juanetes. Las pestañas — ¡qué horror! — son plomizas, y sobre la piel, plomiza también, parece que se desmayan los labios, blancos, arrugados, fofos... ¿Quién sería capaz de darle un beso?...

DE ISABEL

...¿De veras te interesa el personaje? Lo que no consiento es que me digas "dame cuenta detallada de tus amores con él". No me molestes. Bien está que, como literato te intereses por esta clase de tipos. Son muy curiosos. Pero no me ofendas, déjate de picardías con tu prima...

Apareció José — así se llama — el domingo último. La dueña de la pensión nos lo presentó a la hora del almuerzo. Ya después del primer plato, tenían todos, deseos de aludir al "nuevo". Aurelio, un pensionista, muy burlón y muy divertido, fué quien rompió el fuego. — "Usted es bien alto" — le dijo. José, sonrojado, trinchó el *beafsteak* y tuvo la ingenuidad de responder, manso y todo confundido: — "Desde niño prometía yo ser muy alto" — "Y ha cumplido usted su palabra" — le contestó Aurelio.

Con esto ya imaginarás: risas en las galerías.

Luego vino un silencio. Todos nos mirábamos, conteniendo la risa; y él, más encarnizado con su *beafsteak*. Pero nos había quedado gana de reir y recurrimos a decir chistes. Chistes sobre los sirvientes, chistes sobre los guisos que nos da misia Loreto, chistes sobre todo y a propósito de todo. ¡Y qué desabridos!... ¡Y cómo reíamos, sin embargo! El también se reía; y nosotros, al verlo tan inocente, ¡más risa! No era para menos. ¡Infeliz!

Después de almorzar — tú sabes como se murmura en las casas de pensión los domingos después de almorzar — discutimos el nombre que le pondríamos al "nuevo". Que "camello", que "escalera de boticario", que "bambú", que "escape de gas".... Decidimos ponerle "bambú", por ser de Aurelio la ocurrencia, del ocurrente de la casa. "Bambú" da idea de su altura escandalosa y de su terrible delgadez, cierto; pero él es descoyuntado, lacio. Parece más bien una tripa, por su color de grasa, por su cuello que se alarga y se encoge. Tiene también una manzana de Adán como una rodilla de Don Quijote y, además, es de un aire huraño, ensimismado, tristón.

No sé, no estoy conforme con el apodo. Pero se lo puso el payaso de la casa. ¡Qué rabia! ¿Por qué será, primo, que cuando una persona con fama de graciosa dice algo, aunque ese algo le resulte desabrido, todos se lo celebran?

DE ISABEL

... Sí, primo; sí, curioso, me hace el amor. Precisamente por eso no te he escrito estos días. Estoy irritada, furiosa; no quisiera oír hablar de él. A no ser porque te he prometido contarte... En fin, ¿qué te diré?... ¡Que me carga! No me dice nada, no. Es muy tímido, parece de esos seres solitarios que se sienten mal en sociedad. (¡Y tienen razón!) Pero me mira, me mira, me mira, con ojos de perro humilde que implora de su amo una piltrafa. Es desesperante. Yo debo de ponerle cara de hiena; porque se va, entonces, con un gesto de tristeza profunda, con los enormes brazos colgantes, más feo que nunca. ¡Imbécil, camello, qué se habrá figurado!

No estoy de humor, no te digo más hoy...

DE LUISITA

... Yo te escribo porque Isabel no quiere escribirte hoy tampoco. ¿Será tonta? Está furiosa con lo de Bambú. En lugar de hacerle caso, para reirnos un poco... Pero yo te escribo, porque se me figura que de esto vas a sacar tú alguna novela... Ya tengo mucha confianza con él; hemos peleado y todo. Anoche me contó un pensionista que una vez le dieron a Bambú con la puerta en las narices y que, con el golpe, la nariz, como es tan puntiaguda, se le quedó clavada en la puerta. Yo le pregunté a él si era verdad esto, y se enojó conmigo. Pero al poco rato nos pusimos bien, porque yo le estuve contando a qué paseo va siempre la Chabelita y qué dulces le gustan más. Entonces me llevó a su cuarto y me regaló una docena de postales preciosas. No tiene un santo en las paredes, ni siquiera un Corazón de Jesús, que lo tienen hasta las puertas de calle. Qué raro, ¿no? ¿Será masón? A la cabecera de la cama tiene un retrato de su mamá en un marco antiguo de esos que dan miedo. Igual, pero lo que se llama igual a él era la vieja. ¡Pobre! No quiero burlarme de ella; no se juega con los muertos...

DE ISABEL

... Tienes que reprender a Luisita. A costa de ese infeliz, está dando espectáculos que serán todo lo cómicos que se quiera, pero algo tristes, muy desagradables. Anoche me dió mucha lástima lo que pasó. El pobre Bambú, que ha adoptado una jovialidad melancólica delante de mí, aventuró no sé qué galanteos y no sé qué preguntas, como tratando de saber cuál era mi ideal de hombre. Luisita, indignada, la muy pícara, le dijo: "¡Es usted capaz de creerse buen mozo!".

Jamás, jamás se ha figurado él tal cosa; yo te lo aseguro: ve que a cada instante tropieza la frente contra las lámparas; sabe que sus orejas atortilladas sobre el cráneo, y con puntas, como si se las hubieran pellizcado al nacer, son indecentes; reconoce que su garganta de tripa enrollada se asoma como el badajo de una campana por el cuello de la camisa — porque usa unos cuellos... para sacarlos abrochados y con camisa y todo por encima de la cabeza; — no ignora, en fin, que ni sus escuálidos brazos que moldean los codos de las mangas, ni sus pies enormes y planos, ni sus inverosímiles canillas son prendas de belleza.

Pero volvamos al relato.

—"Mírese al espejo" — agregó Luisita.

Humillado, mudo, se desplegó él de su asiento, como algo dobladizo, y se fué... Al pasar frente al espejo se miró a hurtadillas, rápidamente. Yo vi su imagen reflejada: aquel talle de niño, aquellas piernas sin fin: una albóndiga montada en un compás. ¡Qué crueldad de la Naturaleza!

—"¿Han visto?" — dijo Luisita. — "Tiene la facha de un reo, una cabeza de asesino, con ese pelo cortado a lo perro".

Debes reprender a esta chiquilla. Así como es capaz de hacer comparaciones, es capaz de comprender lo que hace. A mamá ya no le obedece...

DE LUISITA

...Tú creerás, primo, que un tipo tan flaco ha de comer muy poco. Te equivocas. Deja los platos limpios. ¡Qué apetito tan extraordinario Si casi suspira más por la comida que por la Chabelita... Ah, y hemos sabido que al infeliz le estorba su largura hasta en la peluquería. Dice Aurelio que hoy lo vió cuando le estaban cortando el pelo y que el peluquero, para poder alcanzarle la cabeza, le había tenido que sentar en el suelo.

¡Y no quieren que me ría!...

DE ISABEL

...He tenido que reírme por fuerza. Luisita le ha dicho que me gusta mucho el piano. Sabe tocar y — cosa rara — él, tan pavo, tan lánguido, lo toca con todo un airecito jovial, todo rápido, picadito, coquetón, como salpicando apenas los dedos (¡sus dedos!) sobre las teclas...

...No dejes de reprender a Luisita. Se ha propuesto desesperarme. Le da cuenta de todos mis gustos y aficiones y ahora tengo al muy... "bambú" amoldándose a mi horma. Y lo peor es que los pensionistas me crucifican a bromas, *por mi poder seductor* (!)...

DE LUISITA

...Ya lo domino. Vieras tú cómo lo manejo. — "José, desdóblese". — Y él se eleva de su asiento, como si fuera una de esas tiras con vistas de ciudades. — "Pliéguese". Y él se vuelve a sentar. No se molesta; se ríe. No le queda más remedio. Si está mal conmigo, no sabe el parecer de la Chabelita sobre sus tonterías...

DE ISABEL

...Había dejado de escribirte por no considerar de importancia los acontecimientos. Pero se han ido sucediendo unos tras otros y han formado, por su cantidad, un conjunto considerable, alarmante, digno de que te lo cuente.

Te he dicho alarmante y es verdad. Creéme, por momentos tengo miedo. Ese hombre me va pareciendo capaz de todo. Lo soporta todo por mí. ¡Qué tenacidad! ¿Cómo es posible sufrir tanta insolencia de Luisita, tanta indirecta de los pensionistas y perseverar en un propósito que yo de mil maneras le manifiesto ser descabellado? Sí, primo, te lo juro, estoy alarmada. Me obsequia cuanto considera de mi gusto. Ayer me trajo castañas en almíbar; el sábado, una mata de crisantemos. Y he tenido que recibirle los regalos: ante las sátiras de los demás, se me hizo duro desairarlo. El caso es que me tiene loca. Ya te he contado que toca el piano y que lo toca muy a menudo ahora, por saber que a mí me gusta la música. Pues hasta en esto, por agradarme, me produce más alejamiento. Imagínate: al preguntarme qué deseo escuchar, me entona las melodías... ¡y con esa voz de fuelle, insonora, que sale de su boca lívida con expresión de fatiga! Es terrible, me causa malestar.

Otra: lo encuentro en todos los paseos, muy enflorado, muy elegante. (Eso sí, nunca se ha vestido mal, aunque nada le sienta, al pobre). Y siempre asediándome y cargándome... o haciéndome sufrir con la compasión que me causa. Ahora se empolva, se afeita diariamente, se hace *toilette*. ¡Infeliz! ¿Puede una imaginar un espíritu simpático, un espíritu de coquetería en la vaina de un sable? Ya no se muestra con aquel continente lánguido y melancólico; se ha hecho locuaz, alegre. Y no sé de dónde ha sacado un inmenso repertorio de refranes y proverbios: "El ha decidido radicarse en Valparaíso porque ha vagado ya mucho y *piedra que rueda no cría musgo*; porque ha de ir pensando en el porvenir, en formar un hogar (!). ¿Lo alcanzará? *"La gota de agua horada la piedra"*... A veces, oyéndole, no puedo contener la risa. Lo advierte y ¡otro refrán! *"Quien a solas se ríe de sus maldades se acuerda.* ¿Por qué siente usted tan poca simpatía por mí, Chabelita?

Cuando me preguntó esto último, estaba Luisita presente y, con su inconsciente crueldad de niña, le respondió por mí. —"Por su nariz, José" —"Por mi nariz. ¿Y qué tiene mi nariz?" —"¿Su nariz? Nada. Usted tiene la misma nariz de su madre" — ¡Figúrate! Creí que Luisita se había ganado una cachetada... Lo merecía. Es terrible, diabólica, la criatura. Sin embargo, él calló, limitándose a mirarme, como para decirme: por usted lo tolero todo. Pero poco después se fué, para no salir en todo el día de su habitación.

Y las crueldades de la muy pícara de Luisita no tienen fin. Cada día son mayores. Ahora, por lo visto, no nacen de un mero deseo de reír; sino de un odio a muerte por el infeliz Bambú, quien la ofende con el solo delito de quererme. En otra ocasión, le dijo: —"Cállese, horroroso. A usted le debían haber torcido el pescuezo en cuanto nació, porque no hay derecho a ser tan feo". ¿Y qué te figuras que hizo él ante semejante grosería? Se quedó pensativo un momento, como apreciando el fondo de verdad dolorosa que pudieran tener estas palabras, y al fin murmuró, con una sinceridad de partir el alma: — "¡Cierto!".

¿Ves? Todo esto será cómico, pero muy desagradable.

Y de los pensionistas, ¡para qué hablar! Valiéndose de Luisita, lo agobian a burlas. Aurelio le ha compuesto unos versos. Luisita suele declamarlos por las noches en el salón. Cuentan estos versos que Bambú, el que

"en cuclillas parece una langosta
y de pie puede dar besos al sol"...

no cabe en la cama, pero que su ingenio ha remediado el defecto. Coloca tras el catre dos sillas, de suerte que sacando por entre los barrotes sus "luengas tibias" — así dice el verso — las coloca encima de los suplementos, previamente enfundadas en unos pantalones viejos, y logra así estirarse y dormir cuan largo es. Luego viene otra estrofa contando que el cuerpo de Bambú se eleva tanto de la tierra, que logra sentir el calor de la luna. Y la última estrofa dice que una noche de espantoso frío, Bambú no consigue hacer entrar en calor sus pies. ¿Qué hace, entonces? Se levanta de la cama, se cala cuanto abrigo halla en su ropero, y, subiéndose al tejado se acuesta sobre las tejas, levanta las piernas y ¡oh prodigio! sus pies, junto a la luna, reciben la tibieza tan buscada.

Como ves, ya esto pasa de castaño obscuro. ¡Y no se va de la casa! ¿Tendré razón para estar alarmada?

Pero, antes de terminar, voy a contarte lo que ocurrió anoche. Ya esto es triste de veras. Estábamos en el *skatting ring* y nos aprontábamos para patinar, cuando en esto se me acerca Luisita y me dice: —"Míralo agachado y dime si no es verdad que parece una langosta, como dicen los versos". Miro, riéndome, y veo a José probándose unos patines en un rincón, y tan grotesco, tan ridículo, que aparté la vista de él. Presentí otra escena de burlas y me dolió ya formar entre los que le humillaban y le hieren y le envenenan la existencia. Sentí una gran piedad por él y, ¿creerás?, tuve una secreta alegría: entre tanta gente, dije, pasará inadvertido y patinará, y se olvidarán estos demonios de él, y se divertirá un buen rato y... y yo patinaré con él. ¿Por qué no? ¡Pobre! Pero cuando ya estábamos listos, lo veo frente a mí, embobado, contemplándome... y sin patines. "¿No va usted a patinar?" — le pregunté — "No, no me gusta, la veré patinar a usted, Chabelita". —No sé si me equivoqué; pero creí hallar en su expresión una tristeza profunda, algo así como el reconocimiento de que no eran para él los goces de nosotros, de que viéndose incapacitado por sus defectos físicos para asociarse a nuestras diversiones prefería colocarse al margen para no desentonar en nuestra comparsa, para no arrancar una vez más "las risas de las galerías". Mientras tanto, Luisita se había acercado a nosotros y, con su odio exagerado al pobre Bambú, se entregaba a su diabólico placer de hacer sufrir al infeliz. "—Bah, dijo, no quiere porque no puede. Se ha probado los patines más grandes y le han quedado chicos". Una sonrisa, como siempre, una sonrisa fué la respuesta del buen José. Y qué amarga, qué humillada, qué triste. Luego se apartó, en silencio, como si temiese que siguiendo en nuestro grupo sobreviniese el atroz regocijo de los demás, las risas envenenadoras, el cambio de miradas, y él prefiriese guardar su papel pasivo ante aquella multitud hostilmente alegre, agresivamente hermosa que, con sólo ponerse frente a él, le pisoteaba.

Toda la noche sufrí por él. Lo sentía deprimido, perseguido en sus expansiones, emponzoñado en sus sueños de felicidad... Y no pude divertirme. ¿Por qué no se irá de nuestra pensión? Le sería fácil olvidarme. Hay tantas de mal gusto. Pero, también, estos demonios de la pensión no pueden reunirse jamás sin elegir una persona para blanco de sus burlas u objeto de su diversión. ¡Qué brutos! Me dan una rabia...

Me han dado las doce de la noche escribiéndote. Como esta carta, por lo difícil, me obligó a hacer borrador... Y lo peor es que me ha hecho llorar. En fin, hasta mañana o pasado, si es que ocurre algo digno de mención. No te olvides de reprender a Luisita; ya ves que lo merece...

DE LUISITA

...¡Ay, primito de mi alma! ¿Cómo quieres que no me ría? ¿Creerás que porque el domingo le dije que nada le fastidiaba tanto a la Chabelita como los hombres tragones, nada más que por esto, ahora apenas toca los platos? Si es muy bruto, muy bruto. No le tengas lástima y no te molestes conmigo...

DE ISABEL

..A Luisita no se la puede soportar ya. Ahora, no conforme con burlarse del desdichado José, le insulta, le ofende, le saca a cuento la fealdad de su madre, hasta le da de puntapiés. Anoche tuvo el descaro de recitarle los versos que le compuso Aurelio. José, furioso, quiso averigar quién los había escrito y hubo una escena tremenda, de resulta de la cual dicen que el pobre joven amaneció enfermo. Hoy no ha salido de su cuarto. Con un disgusto así, figúrate...

NEVERMORE

La primavera besaba
suavemente la arboleda,
y el verde nuevo brotaba
como una suave humareda.

Las nubes iban pasando
sobre el campo juvenil...
Yo vi en las hojas temblando
las frescas lluvias de abril.

Bajo ese almendro florido,
todo cargado de flor
—recordé—, yo he maldecido
mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida,
me he parado a meditar...
¡Juventud nunca vivida,
quién te volviera a soñar!

Antonio MACHADO.

DE LUISITA

... Mamá me ha pegado por culpa de ese animal, que ya lleva dos días haciéndose el enfermo para que me castiguen. Como la Isabel está de su parte... ¡Hipócrita, coqueta! Después que se ríe de él, se la lleva mandando preguntar por *la salud de José* José, José... De repente le dirá Pepito. Bien dicen que las mujeres son unas farsantas. ¡Gracias a Dios que todavía no soy mujer! ¡Ah!, pero me han de pagar todas las que me están haciendo. ¡Bonita cosa, pegarle a una por la estupidez de un extraño!...

DE ISABEL

... Las cosas van muy mal, mi querido primo. Francamente, no sé dónde irán a parar. Me había limitado estos días a mandar preguntar por él: simple cortesía para con el enfermo de la casa. Pero esta mañana me contó la sirvienta que el pobre, aunque dice que está enfermo, no se ha metido en la cama desde la noche del disgusto. Me inquietó de tal modo la noticia que, ya en la tarde, rogué a un pensionista que fuese a verlo y a enterarse de lo que realmente pasaba. Yo, como había pasado todo el día con la preocupación, estaba nerviosísima y fuí a escuchar junto a la puerta. No podría repetirte cuanto escuché. Por suerte, como casi todo me lo repitió mi emisario y como me ha interesado tanto, creo poder coordinarlo y escribírtelo. Haré la prueba. No importa que mañana me hagas bromas diciéndome, como la vez pasada, que me estoy haciendo literata. En ese caso, con el roce...

—"Quisiera poder eternizar estos días — dijo al saberme interesada por su dolor — poder continuar así toda mi vida, en este cuarto, enfermo de mi pena, para seguir recibiendo estos recados de ella, los únicos de este género en mi vida, ya que no puedo pensar en otra dicha mayor. ¿Las bromas de ustedes y de Luisita? No me encolerizaron nunca. Tan sólo me mostraban cada vez más claro el abismo que hay entre ella y yo. Este era el único aspecto interesante de las cosas para mí. Sin embargo, no desesperaba; exploraba constantemente dentro de mí, cambiaba de actitudes, ensayaba nuevos modos de ser, esperaba encontrarme alguna cualidad, algún aspecto que tal vez yo mismo ignorase tener y que, marcándome una nueva norma de conducta, me acercase a ella... ¡Sueños! Cada vez me le hacía menos simpático. Ahora lo veo. Me falseaba y valía menos aún. Era la esperanza lo que me impulsaba, era esta esperanza absurda de los muy desgraciados, que creemos aun en lo imprevisto, en la magia... y forjamos sobre ello cada torre, cada monumento... que al fin sólo sirve para caernos encima y aplastarnos.

"No, no es el disgusto con ustedes la causa de mi estado actual; es que aquella noche, desvelado, pensé mucho y medí en su verdadero valor la realidad. No le guardo rencor a nadie. Si esto me ha pasado siempre, desde el colegio. A mí no me han querido nunca, ni los amigos. No soy simpático, ni comunicativo, ni alegre; soy áspero, huraño... y feo. Para mí las palabras "amor", "cariño", suenan como el eco de algo muy bello que existe en el camino de los demás y que Dios no ha querido poner en el mío. Y a pesar de esto, ¡qué necesidad he tenido siempre de amar! Así es como este amor mío, ahorrado por la fuerza en mi corazón, se ha vaciado entero en ella. Pero ¿no le parece a usted que soy un iluso? ¡Ah!, si al menos pudiera ser ésta una ilusión eterna... Pero presiento el fin de ella; se me ocurre que cuanto estoy sufriendo es el comienzo, únicamente, de algo que ha de abatirme. No, no me contradiga. Los desgraciados tenemos corazón de profeta"...

Mi emisario le preguntó si había logrado hablar conmigo alguna vez acerca de esto.

—"Nunca — contestó. — Nunca vislumbró ella mi verdadero espíritu. No sé por qué, siempre aparecí falseado ante ella. Muchas veces, las circunstancias le obligan a uno a encogerse en sí mismo y a mostrarse diferente de como es, sobre todo cuando el medio en que vive uno le es hostil. Y, usted sabe, yo he vivido aquí siempre desconcertado en medio de tanta burla. Además, soy débil, no sé imponerme. Desde niño me amansaron las gentes".

—"¿Y por qué no le habla usted ahora? — le insinuó mi emisario ya conmovido.

José respondió:

—"No, no, no; comprendo las aspiraciones que tendrá ella. Son muchos sus méritos y sus encantos. No debo protestar ni decir una palabra. "No hay derecho a ser tan feo", me dijo una vez Luisita. Y, para este caso, es cierto. A mí debían haberme torcido el pescuezo apenas nací, como piensa esa chiquilla. Y perdóneme si le importuno con mis lamentos. Cuesta tanto resignarse... Déjeme usted hablar siquiera. La tortura es superior a mis fuerzas, y usted ha venido a abrirme una válvula. Perdóneme si abuso. Reviven mis desgracias del pasado y recrudece la negrura del porvenir: la soledad, siempre la soledad. A sangre fría, estas cosas son cursis, ya lo sé. Pero no sabe usted la amargura de sentir abolida la felicidad cuando no se ha tenido siquiera la pobre dicha de comenzarla"...

Y no recuerdo más, primo. Se me escapan muchas cosas, algo de su madre... ¡qué sé yo! No podría recordar más en este momento. No ceso de llorar, te soy franca. ¡Quién hubiera sabido antes todo esto! Las mujeres jamás nos detenemos a considerar estas cosas que los hombres no hablan. Ya ves: yo permitía que se burlasen de él, y le detestaba, le detestaba...

Y ahora, ¿qué debo haced? ¿Lo que mi corazón me dicte? Tengo miedo. Te pido un consejo. Te prevengo, con toda franqueza, que ya hoy no podría querer a estos hombres que no han sufrido y viven en una indiferencia espantosa... Pero, el caso es que es tan feo, tan feo, el pobre José. Sin embargo, es limpio, viste bien, tiene los dientes blancos y sanos y aun su tristeza me parece ahora hermosa. Y ya tengo, también, veinticinco años. Casi soy una solterona, una carga para mamá. En fin, aconséjame tú. Tú tienes corazón y conoces la vida...

MI CONTESTACION A ISABEL

¡Pobre primita mía! ¡Qué buena eres, qué buena y qué graciosa! Conque ¿una solterona de veinticinco años? En esto sí que has hecho

ENTRE RIOS

¡Oh! la Entre Ríos con pasión y ensueños
donde encontré la inspiración del canto;
allí troqué la juventud y el llanto
en grandes días de envidiables sueños.

Allí encontré la savia de la vida
y conocí del mundo la grandeza,
para tomar del hombre la entereza
en la tierra feraz, desconocida.

Ese es el mundo do nació el poeta,
donde al guerrero conocí su historia,
do la mujer con su hermosura y gloria
nos cantara su amor como profeta.

Allí se aspiran perfumadas flores
y hasta se oye el más tímido aleteo
de aquellas aves de mejor gorgeo
que sueñan en los cantos sus amores.

Canta el zorzal, el mirlo y el boyero,
y al declinar la luz al horizonte
se ve hasta el cielo, el río, el llano, el monte,
y las aves que tornan a su alero.

La vida allí es hermosa, es halagüeña,
todo tiene su dicha palpitante,
es la provincia fértil y arrogante
hermana de la mía: la porteña.

José M. OYUELA.

PENSAMIENTOS

Procura tener memoria de los hechos, confianza en el tiempo, probidad en las costumbres, paciencia en el trabajo, respeto en el temor, amistad en las riquezas, persuasiva en las palabras, decoro en el silencio, justicia en la mente, fortaleza en la audacia, poder en las obras y el primer lugar en la gloria.

Considérate a ti mismo, emprende una obra y obstínate a llevarla a cabo.

Practica la honradez y guárdate de los vicios.

Si eres pobre, no hables del rico a no ser por grande utilidad.

No elogies al malo porque sea rico.

Granjéate el auxilio ajeno con la persuasión, no con la fuerza.

Mira bien lo que debes hacer.

BIAS.

literatura, y literatura cursi, que es lo peor. En lo demás, no. En la mujer sucede lo que en el pueblo: dice las cosas muy bien cuando le salen de muy adentro. La intensidad y el colorido de tus últimas cartas sólo me prueban hoy que sientes muy hondo la desgracia de Bambú. Y, en parte, lo celebro; así has vivido más, vida intensa y útil. Pero te aplaudo en este único sentido. Mi consejo, mi consejo frío, sereno, es duro, va en contra de tu encantadora sensibilidad y acaso la hiera. Al dártelo, no procedo por un sentimiento que pudiéramos llamar un egoísmo de familia, no. Bien dolorido me tiene el pobre José. Sobre todo hay en su vida algo que desgarra: su terrible y justa falta de esperanza. Ni es iluso ni es torpe, sabe que su existencia correrá sombría y abominable mientras el amor sea la suprema ley de la vida, lo irreemplazable, lo único irreemplazable. Acaso aun en los momentos en que una clemente conformidad empiece a germinar en él, subirá de su corazón el grito desesperado "¡tengo sed de ternura!" Es cruel esto, muy cruel; porque ni es él un miserable, ni es un vicioso, ni es un ruín; porque no ha perdido por culpa suya el derecho al amor. El es un feo; he ahí todo; es un horrible. No hay otra razón. Y esto es lo trágico. Porque un feo es, hasta cierto punto, un fracaso de la Naturaleza, algo que salió mal, poco servible para concurrir al sublime prodigio del amor... ¿Qué genio siniestro mezcló en estos seres esas ansias infinitas de amar y ser amados y esa fealdad repulsiva? Misterio. Parece que el supremo concierto de la creación, precisa de estos desgraciados para hacer los dichosos. ¡Oh necesidad innegable del dolor!

Y hemos de conformarnos. Lo absurdo es desear que quienes como tú nacieron destinados a mejor suerte, vayan, por piedad, también a formar en el bando negro. Divino absurdo éste, sin embargo, que crea héroes; pero no lo deseo para ti. No te alucine el heroísmo, mi querida prima; mira que nadie puede saber de antemano si es de la pasta de los héroes. Sé dura, pues. En estas ocasiones estamos obligados a serlo. ¿Sabes aún si mañana encontrarás en tu camino un hombre a quien amar con cariño entero y apasionado? Y si antes has cedido a la piedad, ¿qué harás entonces? Por no haber sido fuerte hoy, serías entonces cruel e infame, probablemente. Le faltarías, le... ¡Ay, no sabes cuánta crueldad nace de un corazón enamorado en tales casos, para con el dolor del ofendido! Por tu estado de soltera, por el respeto que debo a tu pudor, no puedo hablarte con la claridad que quisiera. Pero busca en tus recuerdos. ¿No has visto algunos casos ya en la vida? Medítalos.

¡Pobre José! Yo siento mucho esto, mucho. Ofrécele amistad. Ya ganará él con ello; puesto que, según dice, ni los amigos le han querido. Tú estás ahora admirablemente preparada para ser su buena amiga. Aunque, pensándolo bien, tomando en cuenta la blandura de tu corazón, veo el caso peligroso... tanto, que no te aconsejo formalmente. No, no; mejor no intimes con él: puedes, por piedad, caer en desgracia y matar en flor la dicha que mereces. El puede hallar una... no diré una fea... una modesta figura con un corazón semejante al suyo, y celebrar una dulce alianza, tal vez gozar de un hondo e intenso cariño con ella, por afinidad, etc. Pero tú... ¿tú? No; jamás. Tendrías hijos; y ¿te resignarías a tener hijos que corriesen la suerte del pobre José, hijos *bambúes*, para ser cantados por los versificadores de las casas de pensión. ¡Bah! Debes ser fuerte, dura; este es mi consejo.

Y hasta mañana. Quedo en ascuas esperando el desenlace de esta historia, que supuse divertida y que me inquieta hoy terriblemente.

DE ISABEL

... Estoy desolada, Eduardo, desolada. ¡Qué criatura, pero qué criatura! ¿Sabes lo que ha hecho Luisita? Pues ha tomado a escondidas de mí tu carta y se la ha llevado a José. Dice que para vengarse. ¡Dios mío, Dios mío, lo que son los niños cuando se mezclan en las cosas de los grandes! Qué ha pasado, no lo sé; mejor dicho, no sé lo que va a pasar. La chiquilla llegó llorando a gritos. Dice que leer José la carta y darle una cachetada fué todo uno. Y no se sabe más. Los sirvientes, que acudieron a los chillidos de Luisita, le vieron salir como un loco. Cuentan que llevaba en las manos el retrato de su madre y que decía: "¡Nunca, nunca, nunca jamás!", y que salió repitiendo: "¡Nunca, nunca, nunca!", hecho un verdadero loco, hasta desaparecer en la calle...

Y no ha vuelto. Es la una de la mañana y no ha vuelto...

Canción del regreso

Para "FRAY MOCHO".

Persiguiendo ilusiones,
funesto día,
perdí el sendero;
el sendero por donde
tornan las almas
junto a los cerros.

Camino equivocado,
llevóme a veces,
lejos ¡muy lejos!
y me agobió la alforja
dulce y pesada
de los recuerdos.

Aroma de tomillo
parece ahora
que trae el viento;
después de un largo viaje
debo andar cerca
ya de mis cerros.

Sonatas de vidala
oigo que a veces
pasan huyendo;
es que van pregonando
por todo el pago
que yo regreso.

El tamboril amigo
está templando
su duro cuero;
para animar los bailes
que harán un día
porque yo vuelvo.

Y la flauta de caña
está puliendo
sus agujeros;
para que el aire puro
de las montañas
se filtre en ellos.

Persiguiendo ilusiones,
funesto día,
perdí el sendero;
y, soporté la alforja
dulce y pesada
de los recuerdos.

Aroma de tomillo
parece ahora
que trae el viento;
sonatas de vidala
van anunciando
que yo regreso.

Juan de Dios MENA.



—¿Por qué bebes tanto, Nicolás?
—Para olvidar mis penas.
—¿Y cuáles son tus penas?
—Ahora no me acuerdo. ¿No te digo que bebo para olvidarlas?

DONDE ESTA EL MUNDO MEJOR

Dios se encuentra al fin de todo. No lo neguemos y enseñémoslo todos: no habría ninguna dignidad en vivir y todo esto no valdría la pena, si debiésemos aniquilarnos para siempre, si debiésemos eternamente morir. Lo que alivia a nuestra tristeza, lo que santifica el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, justo, a un tiempo humilde y grande, digno de la libertad, es tener en sí, profunda y arraigada la perpetua visión del mundo mejor, que brilla al través de las tinieblas de la vida: el cielo.

Víctor HUGO.

ANECDOTA

Un rasgo que pinta al autor de "Facundo".

Sarmiento que fué un hombre honrado. Murió pobre, pobre como había nacido, pobre como había vivido.

Y sin embargo, fué varias veces administrador de la fortuna pública, varias veces ministro, fué senador, fué presidente de la república.

¡Qué lección! ¡qué ejemplo!

No lo dominó nunca la concupiscencia brutal del dinero; no hizo nunca presa en su alma la garra feroz de la codicia.

Por eso ha muerto pobre, tan pobre de dinero como rico de genio y nombradía.

La siguiente anécdota demuestra el caso que hacía Sarmiento de ese dinero, tan codiciado.

Encontrándose el doctor Lucio Vicente López, entonces encargado de la redacción de "El Nacional", en casa de Sarmiento, pidióle éste que le buscara un artículo del código civil.

Mientras lo hacía, el doctor López encontró, no sin sorpresa, entre sus páginas cuatro papeles de "cinco mil" pesos moneda corriente, y le comunicó el hallazgo.

Sostuvo Sarmiento que eso no era suyo; pero apremiado por las instancias del doctor López comenzó a pensar sobre la procedencia probable de ese dinero, y recordó que cuatro años antes, siendo presidente de la república, estaba leyendo el código civil cuando se presentó el habilitado a abonarle el sueldo.

Distraídamente Sarmiento había puesto los veinte mil pesos entre el libro y no había vuelto a pensar en ellos.

El rasgo pinta al hombre.

El amor en una aldea judía

Por León Kobrin

Al día siguiente de la feria, todo era júbilo en casa de Mirka. En primer lugar, Mirka había ganado en la feria, nada menos que quince rublos de plata. Y en segundo lugar, lo que no dejaba de ser también una suerte, a Leah habíale salido un novio.

Mientras Leah estaba en la tienda ayudando a su madre en el exceso de trabajo que les había acarreado la feria con la afluencia de parroquianos, hubo de reparar la joven en Guadaliah, el cojo, que pasaba por delante de su puerta en compañía de un joven; Guedaliah y su acompañante detuviéronse para mirarle a ella. A Leah dióle un brinco el corazón y el salero que llevaba en la mano se le escurrió de entre los dedos. Guedaliah, el cojo, era un sastre de segunda mano que vivía principalmente de volver los trajes usados, dejándolos como nuevos y achicar, para que pudieran servirles a los hijos, las prendas de sus padres. Pero también entendía en otros asuntillos; era muy casamentero, y por eso se sobresaltó la muchacha al observar que la miraba, en unión del joven. Luego siguieron su camino, pero a poco volvieron. Y de pronto, se le ocurrió a Leah, pensar que tenían intención de entrar en la tienda. Púsose muy colorada y díjole a su madre con abochornados sollozos:

—Ay, mamá, estoy hecha un pingo! — Mirka, que estaba atendiendo a un parroquiano preguntó malhumorada:

¿Pero qué ocurre?

Más al notar la presencia de Guedaliah con el joven, comprendió al punto que se trataba de casorio. Despachó aprisa al parroquiano, dándole un paquetillo barato de la tierra, limpióse las narices que tenía llenas de harina, y saludó a Gueraliah poniéndole muy buena cara.

—¿Qué hay de nuevo, Reb Guedaliah? — y al mismo tiempo echó una ojeada al joven. Luego añadió en tono todavia más afectuoso:

—Leah, Dios se lo pague, me está ayudando hoy. No es que yo lo diga; pero tiene unas manos de oro. En buena hora lo diga, no hay otra moza tan lista como ella en todo el pueblo. Yo creía que sólo era buena para guisar, lavar, coser la ropa y otras cosas de este jaez. Pero se da también mucha maña para los negocios; no hay otra como ella...

—¡Tiene a quién salir — dijo Guedaliah, mesándose la puntiaguda barbilla y sonriendo de un modo que Mirka interpretó al punto en sentido favorable, por lo que exclamó, radiante de alegría:

—¡Bendito sea Dios, que me ha dado unos hijos de los que no tengo por qué estar quejosa! Ya lo sabe usted, Reb Guedaliah...

Leah permanecía cohibida en presencia del joven y las mejillas le echaban fuego. De buena gana se hubiera escondido en lo interior de la tienda; pero un no sé qué la retenía allí. Deseaba posar la vista en el joven y no se atrevía a mirarlo ni a hurtadillas...

El joven, alto, esbelto y recio, de lozano y bonachón semblante, con algo de barba negra y nariz regordeta, que parecía manarle sangre, vestía levita de anchos faldones, calzaba botas altas y llevaba sobre la negra pechera de la camisa una corbata blanca.

Miraba a Leah con el rabillo del ojo, y saltaba a la vista que la moza le agradaba. Por último atrevióse a hablar, y con cierta cortedad, dijo:

—¿Tiene usted cigarrillos?

—¡Ya lo creo que sí — repuso presurosa Mirka. — Leah, hija mía, dale un mazo de cigarrillos a este caballero.

Leah se puso muy encarnada. ¿Cigarrillos? Llegóse a su madre y díjole al oído: — No puedo, mamá... Me echan fuego los ojos... Estoy echa un pingo... No quiero que me vea...

Y echando a correr quitóse de en medio.

—Es una chiquilla. Se asusta de los hombres... Yo le despacharé, caballero. ¿Cuántos cigarrillos quiere usted? Dios le dé la larga vida.

—Déme diez...

Encendió el joven un cigarrillo, salióse a la calle y detúvose junto a la puerta de la tienda, mirando hacia el ferial.

Guedaliah habíase quedado a solas con Mirka.

—Ya comprenderá usted, Mirka, que es un buen partido.

—De otro modo no lo hubiera usted traído, Reb Guedaliah.

—Es un bendito, se lo fío yo. Y con sólo mirar a su hija de usted, se prendó de ella...

Entraron algunos parroquianos. Mirka despachóles y volvió junto a Guedaliah.

—Reb Guedaliah, amigo mío, vaya usted a ver a Mayshe-Itsye. Si la cosa sale con bien, no lo perderá usted, desde ahora se lo digo.

Mientras ambos hablaban, estaba Leah escondida en un rincón, espiando al joven con el corazón palpitante y comiéndoselo con los ojos. Al salir poco después, Guedaliah de la tienda, oyó Leah que le decía al joven:

—No tengas cuidado. Yo te concertaré la boda. Es una muchacha como hay pocas. ¡Una bendición de Dios!

El corazón de Leah estremecióse otra vez de alborozo.

Anochecía, y Mirka estaba sentada en la tienda, al lado de su marido Mayshe-Itsye.

—Y qué, ¿fué a verte Reb Guedaliah? — preguntó Mirka al marido como sin intención.

—Precisamente quería hablar de eso contigo. A decir verdad...

—¿Qué?



—Comprendo que serían muchos los motivos cuando te decidiste a abandonar a tu mujer y a tus hijos.
—¡Sobrados! ¡Suponte! ¡Eramos trece en la mesa para comer!

Mayshe-Itsye contóle a su esposa que el futuro yerno era herrero, vivía en una aldea próxima y ya estaba libre de quintas. Pero tan pronto como Mirka oyó que el joven había servido en el ejército, declaró rotundamente, que no estaba dispuesta a consentir que su hija se casase con un soldado ni con un artesano de basto. ¡Si quiera fuese joyero o relojero!...

—Pero el caso es que ningún joyero o relojero, ha mostrado, hasta ahora, deseos de entrar en nuestra familia — repuso Mayshe-Itsye — Esos pican muy alto y reclaman una gran dote...

—¿Y ése, qué dote pide?

—Con ciento cincuenta rublos se dará por muy satisfecho — respondió Mayshe-Itsye.

—¡Pues sí que no pide poco! ¡En habiendo tontos que se lo den! ¡Digo! ¡Un simple militronche y de oficio herrero y pedir ciento cincuenta rublos de dote!...

—No es mucho; después de todo, Mirka...

—¿Y de dónde los vas a sacar? — preguntóle Mirka.

—¿De dónde te figuras que pienso sacarlos? ¿Por ventura no hay un Dios? — respondióle Mayshe-Itsye con devoto acento—. De momentos podremos darle una letra y luego Dios dirá. No te apures, mujer. ¡El Señor del Universo no ha de dejar de su mano a su pueblo Israel!...

—Verdaderamente. Cuando Dios quiere, nos envía la fortuna. Mira, hoy por ejemplo, he ganado quince rublos. Así que, esperemos se sirva enviarnos un partido más ventajoso para nuestra hija...

—¡Gracias a Dios por la buena noticia que me das! — replicó Mayshe-Itsye con piadoso acento.

—Dios es bueno. Lo mismo le digo siempre a Leah. Pero esa condanada criatura.... He tenido que darle un pescozón...

—¿Que le has puesto la mano encima a mi Leah? ¡Así permita Dios que se te seque la mano! ¿Te figuras que es algún chico de tu escuela? — refunfuñó Mirka agresiva.

—Pues que no sea tan descarada. Estaba yo diciéndole a Guedaliah que un quinto no era buena proporción para una hija mía, cuando tuvo la insolencia de cortarme la palabra, diciendo: "¿Y por qué no ha de serlo? ¿Quién quiere usted que se case conmigo? ¿Algún hijo de Rothschild? Y su hijo de usted, ¿habría de renunciar a todo por ser soldado?" ¡Has visto qué descaro, mujer? Entrometerse en ese modo en nuestros asuntos

Mirka guardó silencio un rato, cavilosa. Luego exclamó de prontos.

—Verdaderamente, ¿qué motivos tenemos para demostrar tal orgullo? Quinto es nuestro hijó y mi padre era artesano — gorrero por más señas —, y sin embargo no tenemos razón para abochornarnos por eso. Acaso esté de Dios que se consume esa boda...

—Pero un herrero, un soldado... —dijo Mayshe-Itsye.

—No te apures, hombre. Leah no es tampoco ya una mocita. A su edad ya era yo, madre de tres hijos.

Mayshe-Itsye lanzó un profundo suspiro.

—Bueno... Después de todo... ¡quién sabe!...

—¿Y qué familia tiene él?

—Pues tiene madre. Acompañado de ella vino a verme. Y también tiene una vaca y una fragua de su propiedad. Y hermanos en América.

—¿En América dices?

—Sí, en América. Al otro lado del charco.

—No tiene nada de particular. De los cuatro extremos del mundo emigran ahora los judíos a América.

—Sí, ahora les ha dado por ahí a todos...

—Guedaliah dice que allí todos son unos Rothschild. Les envían desde allá, dinero a sus madres. Cincuenta y hasta cien rublos de un golpe...

—¿De veras? ¿Y la madre de ese joven tiene allá hijos tan ricos? Entonces es verdad lo que oí decir en Vitebsk cuanto estuve allí hace un año.

—¿Qué fué lo que oíste?

—Pues que en América hasta los más pobres comen carne todos los días.

¡Santo Dios, eso no es posible!

En aquel momento aportó por allí Guedaliah el cojo.

—No sea usted tereo, Mayshe-Itsye. Está usted dando lugar a que se le vaya de entre las manos una bendición de Dios.

El resultado de todo aquello, fué que Mirka encargase a Guedaliah que volviese al día siguiente por allí con el pretendiente y su madre, a eso de las diez de la mañana, si Dios era servido de conservarlos con vida.

Y ahora, es decir, al otro día de la feria, todo se vuelven preparativos en casa de Mirka para recibir dignamente a la esperada visita. Relucía la casa como en día de fiesta; cubierto el suelo con arenilla dorada y la mesa con blanco tapete, Leah se había pasado toda la noche aseando la casa. Mirka se puso las galas del sábado y declinó el cuidado de la tienda a su hijo Shlayme, amonestándole severamente en nombre de Dios para que no le tocase los dulces. Mayshe-Itsye dióles asueto aquel día a sus alumnos y también él se puso los trapitos del sábado. Y lo mismo hizo el anciano Avrom-Layzer. En cuanto a Leah, vistióse su mejor traje, púsose una cinta azul entre sus rojos cabellos, y así ataviada andaba por la casa como sonámbula. A los hermanillos pequeños, que no tenían botas, diéronles un copek para que se comprasen chucherías y mandáronlos a jugar a la plaza. Y las dos niñas de menos edad que Leah, vistiéronse también sus mejores galas y pusiéronse cintas en el pelo.

Por fin llegaron el pretendiente y su madre. Era ésta una robusta anciana que se conservaba muy bien; tenía las manos tan coloradas como remolachas y se cubría la cabeza con un pañuelo. Había servido muchos años en la ciudad como doncella en una casa rica, aunque hacía tres meses que vivía con su hijo, el herrero, ayudándose con la pensión que le mandaban sus otros hijos de América.

Leah estaba más abochornada que nunca; su cara era una pura llama. Su madre le mandó sentarse al lado de su futura suegra, y ella tomó asiento al otro lado. Mayshe-Itsye puso sobre la mesa un bote de aguardiente y unos entremeses. Luego sentóse junto al pretendiente, que tenía a su otro lado al anciano Avrom-Layzer. Guedaliah, el cojo, hallábase en el pico de la mesa y hablaba con las hermanillas de Leah, que lanzaban furtivas miradas al pretendiente.

Aquel muchacho, que había sido soldado y conocido más de una moza en la "gran ciudad" donde sirviera, apenas si se atrevía ahora a mirar de frente a Leah, y parecía todavía más cohibido que el día anterior. Y la moza, que notaba sus furtivas miradas, apartaba la vista, roja de vergüenza.

Luego, la madre del pretendiente púsose la barbilla en la palma de la mano, movió la cabeza y habló alto, para que todos la oyesen:

—Parece fuerte, a propósito para el trabajo. Creo que no le hará remilgos a la labor. Amí, hijo mío, me parece muy bien.

Leah bajó, todavía más, los ojos y el mozo sonrió muy campechano.

Mirka saltó con cara de júbilo.

—No encontraría usted otra como mi Leah, aunque corriera el mundo entero.

—A mí me parece bien — repitió la futura suegra. — Es recia.

—¿Y cómo te llamas? ¡Dios te bendiga! — preguntó de pronto, encarándose con Leah.

—Leah—respondió la muchacha muy ruborizada.

—¿Y cuántos años tienes? ¡Así vivas ciento veinte años!

—Dieciocho acaba de cumplir. ¡Así Dios le dé ciento veinte años de vida! — apresuróse a responder la madre.

Entonces terció en la conversación Guedaliah, el cojo:

—Dieciocho tiene; sí señor. Me consta porque soy amigo de la casa.

—Parece de alguna edad más— dijo la futura suegra.—Pero puede que se deba a su carácter. Orre, hijo mío, me agrada...

Entonces habló el pretendiente con voz queda y tímida:

—No lo tomen usted a mal, señores míos, pero antes de seguir adelante, conviene hacer las cosas con método... Cuando uno va a casarse, ya me entienden ustedes...

Movió en el aire sus recios puños, con los que domeñara a más de un potro, mientras lo herraba, y siguió diciendo:

—Ya me entienden ustedes... Una novia... una mujer... no es un gato metido en un saco... Necesita uno echar un párrafo con ella, mirarla a la cara... Nunca puede uno decir... Ya me entienden ustedes, ¿no es así? Espero que no lo tomen a mal:

Guedaliah le interrumpió:

—¡Naturalmente! ¡Naturalmente! Por mi vida que tiene razón. Leah, hija mía, ¿por qué no das una vueltecita con él? Demuéstrale que no eres ninguna tonta... ¡El Señor no lo quiera!...

Mayshe-Itsye alzó la voz con tono desabrido:

—Pero, ¿qué quiere decir eso? ¿Cómo dar una vueltecita?...

—Aambién Avrom-Layzer refunfuñó:

Guedaliah, intercedió:

—Reb Mayshe-Itsye, no sea usted atrasado... Usted no conoce el mundo. El muchacho no desea más, sino hablar con ella unas palabras porque así es como se hacen hoy las cosas. ¿No pudiera ser que tuviera algún defecto? ¿Qué fuera muda? ¿O tonta o sosa, o que no sirviera para nada?...

—¡Bah! ¡Bah!—dijo Mirka sonriendo. — ¿A qué viene tanta aspaviento? Yo soy una mujer a la moderna. Déjenlos que salgan y tengan un rato de palique y den una vueltecita, y luego se vuelvan acá como salieron, y si el cielo lo tiene así dispuesto, se casen con toda felicidad... ¡Anda, hija!... ¡No te dé vergüenza!

Dióle un empujoncito a la muchacha para que se levantara y levantóse ella también. El pretendiente hizo otro tanto:

—¡Ah! — refunfuñó el anciano Avrom-Layzer, moviendo la cabeza en señal de desaprobación:

—¡Bueno! ¡No se hable más de ello! — exclamó Mayshe-Itsye encogiéndose de hombros.

Pero Mirka condujo a su hija hasta la puerta de la casa, diciéndole al despedirla:

—!No te dé vergüenza, chiquilla! ¡No te dé vergüenza!

Leah estaba tan abochornada que ni siquiera veía dónde ponía el pie... Mayshe-Itsye llegóse a su esposa.

—Pero oye, insolente, ¿te parece eso bien? ¿Son, por ventura un par de campesinos?

Mirka respondióle por lo bajo:

—No seas terco, hombre. Déjame hacer a mí. ¿No estás viendo que el muchacho está lampando por la chica y que detrás de ella se le van los ojos? Vamos a conseguir que se case con ella sin un céntimo de dote. Y, además, ten presente que nuestra Leah ha cumplido los veinticuatro años. ¡Cállate! ¡Así te quedaras mudo!

Luego fué a sentarse junto a la futura suegra y, después de darle familiarmente un golpecito en el hombro, preguntóle:

—¿Cuál es su gracia, así Dios le dé larga vida?

—Mariacha—repuso la mujer. — ¿Y la de usted, así Dios le dé larga vida?

—Mirka. Si está de Dios, hemos de emparentar.

—¡Así lo quiera el Señor del Universo! Me gusta la chica. No se parece a esas mocicas escuchimizadas y flojas para el trabajo que tanto abundan hoy. Dios la libre del mal de ojo, pero es recia como un tronco... Mucho trabajo puede dar de sí... ¿Qué iría a hacer mi Orre con una mujer melindrosa? Ya lo ha visto usted a él. Dios le libre del mal ojo, pero puede partir una herradura sin más herramientas que sus cinco dedos...

—¿De veras? ¿Una herradura de hierro? ¡Cielos santos! ¿No oyes, Mayshe-Isye?

—Sí, y no me asombra — respondió el marido. — No se ha espiritado estudiando la Sagrada Ley, alabado sea Dios. ¡Si hubiera sido alumno de la escuela almúdica tendría la misma fuerza que yo!

—¡Calla! — dijo lanzando rayos por los ojos.

Entre tanto, Guedaliah se había echado en una copa un poco de aguardiente.

—¡A la salud de ustedes!

—¡De salud le sirva!

Mirka ofrecióle entremeses y aguardiente a Mariacha.

Luego púsose a hablar Mariacha de los dos hijos que tenía en Amé-

¡ATENAS!

Atenas, con sus brillantísimos resplandores, ha sido el origen de toda verdadera civilización humana. Roma pensó y sintió, gracias a haberse asimilado el espíritu helénico. Y en la obscura Edad Media, si se divisa algún luminar, debido es a la luz que refleja de la Grecia antigua. Los fulgores del fuego sagrado de Atenas reflejados por los espejos de Alejandría y de Persia, son los que hacen brillar a la Córdova de los Omeiadas, como si fuera un sol en una noche. Así, los árabes españoles comunicaron el sagrado fuego helénico a todos los pocos espíritus libres, amantes de la naturaleza y del Hombre, que en los tiempos medioevales en Europa existían, debatiéndose contra las tinieblas de los dogmas.

Al final de la Edad Antigua, Alejandría y Bizancio deben su esplendor a los reflejos de Atenas; y en la segunda mitad de la Edad Media, las ciudades libres de Provenza, de Cataluña y de Italia (y en ésta, especialmente Venecia, antigua perla latina, jamás sometida al bárbaro), si estas ciudades y estas repúblicas fueron libres y grandes, y el Arte y la deciencia llegaron en ellas a superiores alturas, a Atenas lo debieron, que palpitaba en ellas por las leyes, por las escuelas y por la raza. Y de los esplendores del Renacimiento, todos saben que a la resurrección del Arte y del humanismo griego son debidos.

Hoy, en las corrientes modernas de la civilización occidental, se presentan dos tendencias: la helénica y la fenicia. En toda gran ciudad moderna, en más o menos se dibuja una Neo-Atenas, predominando sobre de ella, muchas veces por desgracia, el bajo fondo de una Neo-Cartago.

A los derechos sagrados del Arte y de la Ciencia, oponen los intereses materiales, los agiotistas y los nuevos cananeos, que impotentes para producir lo primero se dedican a explotarla y a monopolizar lo último. Rinden culto a Mercurio, prescinden de Zeus y esclavizan a la sublime Palas, como si fuera una sirvienta de la peor categoría.

¡"Delenda est Cartago"! debe gritar con Catón, todo hombre noble que se sienta ciudadano de la futura República.

¡Oh, ilustre Atenas, la de Pericles! ¡Tú, la más perfecta de las Repúblicas, después de veinticuatro siglos, del otro extremo del Mediterráneo, un "Cives Barcinonensis" te saluda!

¡Salve!

Pompeyo GENER.



rica. Veinte años hacía que emigraron abandonando la población, donde trabajan de hojalateros. Hoy, gracias a Dios, estaban ricos y le enviaban de allá mucha plata.

Siempre le andaban instando para que se fuese con ellos, pero Mariacha les contestaba que tenía los huesos muy duros para cruzar el charco. A decir verdad, sentía ansias de verlos. Tenían ya niños chiquitos, y ella temía morirse sin ver a los nietecillos; pero acaso lo tuviese dispuesto así el cielo. También Orre había tenido intenciones de emigrar, aun antes de entrar en quintas; pero tanto y tanto lloró ella, que el mozo desistió de su propósito.

—¡Bonita ocurrencia, echar tierra sobre nuestros huesos! — dijo Mirka—. ¡Ya nos la echarán encima dentro de ciento veinte años!

—¡Dios santo! — dijo Guedaliah desde el pico de la mesa. — Hay que ver lo que es esa América. El hijo de una sobrina mía de Minsk emigró allá. Era un pobrete, sastre como yo, y ahora está rico y tiene grandes almacenes suyos...

—Sí, en América, según dicen — agregó Mirka, — todos comen pan y carne diariamente...

—¡Bah, bah! — exclamo Mayshe-Itsye encogiéndose de hombros. — ¡Qué sandeces decís las mujeres! ¿Dónde tenéis los sesos? ¿Cómo podéis dar fe a tamañas fábulas? Escuchadme un momento — añadió con el cantarino acento de las lecturas piadosas: — el que un sujeto coma pan y carne todos los días, sólo prueba que no es ningún pobre. Y si no es ningún pobre nada tiene de extraño que coma todos los días pan y carne. ¡Necias!

—¡Dices muy bien — dijo Mirka. — Después de todo, siempre saben más los hombres que las mujeres.

De nuevo terció Guedaliah:

—¿Quién sabe las cosas que habrá al otro lado del charco? ¿Por qué no habrían de nacer allí los panecillos en los árboles?... El maestro que les da clase de palotes a mis chicos, me dijo una vez, que cuando aquí es de día, es de noche en América, y que cuando aquí es de noche allá es de día. En América todo es al revés que aquí. Allí un judío puede ser hasta guardia...

—¿Quién sabe? ¡Cuentan tantos milagros de esas tierras — dijo Avrom-Layzer. — No hace mucho me refirieron tales cosas de un país de esos...

—¡Argentina! — saltó Guedaliah. — De eso hace muchos años... Ese era el proyecto del barón de Hirsch...

—¡Y ya ve usted! ¡Hoy ya nadie habla de tal cosa! — dijo Avrom-Layzer. — ¡Ah! Cuando Dios quiere ayudar a una nación, pueden sus naturales comer diariamente pan y hasta mazapán... Pero en negándonos el Señor su ayuda, todo se vuelve calamidades y disgustos.

A aquella sazón volvieron a la casa, Leah y Orre, después de dar su paseo. Sonreía el mozo muy satisfecho; ella había sacudido ya su cortedad y no ocultaba tampoco su alegría. Erale muy simpático el pretendiente, y comprendía que ella también le gustaba al muchacho; y al dar aquella vuelta por las afueras del pueblo, habíase encontrado con algunas amigas, teniendo ocasión de notar las miradas de envidia que le dirigían. Así que no cabía en sí de gozo...

Al otro día, por la tarde, firmóse el contrato de boda, aportando Mayshe-Itsye, como dote de su hija, una letra por valor de ciento cincuenta rublos, que Dios mediante, esperaba poder hacer efectiva el día del casamiento.

Al día siguiente de tomarse los novios los dichos, al despedirse el muchacho para volver a su casa, sintió Leah que el corazón se le iba con él, y, al quedarse los dos un momento solos a la puerta de la casa, echóse ella un momento a llorar. Comprendió él lo que pasaba por su alma y abrazó a su prometida con tal brío, que por poco si la lastima. Y su beso, el primer beso que ella recibía de un joven de su edad, dejóla sin voz, sin aliento y casi sin sentido...

A UNA VIUDA

Muy temprano se apagó
la antorcha de tu himeneo,
¡ay señora!
Parece que se citó
la muerte con el deseo
a una hora.
Aun la guirnalda de flores
ceñía tu frente hermosa,
y el ábrego
sopló con tales rigores
que puso en lugar de rosa
crespón negro.
De noche jardín florido
de delicias conyugales
se engalana:
luego tumba del olvido,
de fantasmas sepulcrales
la mañana.
Ayer manto virginal,
luego corona de esposa
te ceñías,
y hoy, el albor matinal,
ya de toca luctuosa
te cubrías.
Grito de muerte retumba
en la bóveda sonora
que se abriera.
Aléjate de esa tumba
y tu juventud, señora,
que no muera.
De la vida en el desierto
solitario peregrino
sin amor,
es como sombra de un muerto
que aparece en el camino
con terror.
Aun le queda en lozanía
al rosal que hiriera el rayo
mucha rosa.
Aun tienes, señora mía,
después del abril el mayo
de la hermosa.

Torna, pues, a coger flores
para otro día nupcial
más dichoso,
y presidan los amores
el tálamo conyugal
delicioso.
Ya de dos la unión sagrada
tu segunda primavera
solicita;
la segunda más preciada
y también que la primera
más bonita.
¿Qué es una perla sin dueño?
¿qué es solitario diamante
aunque hermoso?
¿qué es la vida sin el sueño?
¿qué es la bella sin amante,
sin esposo?
Deja, oh, viuda, el morir,
y torna al pie del altar
muy lucida:
vuelve, señora, al vivir,
vuelve al vivir del amar,
que es la vida.
Todo en la tierra es mortal
¿y ha de ser el luto eterno
sin consuelo?
¿Siempre velo funeral,
siempre imágen del averno,
siempre duelo?
Ofendido Amor reclama
sus derechos naturales
suspendidos;
Amor, señora, te llama
a los festines nupciales
prevenidos.
Deja, oh viuda, el morir,
y torna al pie del altar
muy lucida;
vuelve, señora, al vivir,
vuelve al vivir del amar,
que es la vida.

Manuel A. SEGURA.

MIGUEL ANGEL

Era un hombre que había pasado la treintena. Su talla menos que mediana, su estructura huesuda, su cabeza demasiado grande, su cabello ralo y negro y su labio inferior que avanzaba — componían una figura altiva y triste. Bajo las delgadas cejas, los ojos pequeños, grises y fríos como plomo, y muy separados, impresionaban mal a los interlocutores por su mirada pesada y recelosa. Pero su fealdad provenía, sobre todo, de su nariz achatada; en Florencia, cuando no era todavía más que un muchacho, el pintor Torrigiani, hombre grosero y brutal, en una querella airada por las bromas de Buonarotti, le había aplastado, con un puñetazo, el hueso de la nariz. El artista desfigurado para siempre, tenía conciencia de su fealdad, que lo torturaba.

Dimitri de MEREJOWSKI.

Duelos célebres

I

A fines del reinado de Enrique II se concertó un duelo entre un joven llamado Chateauneuf y Lachesnaye, su tutor, anciano de ochenta años. La cita era en la isla Louviers. Cuando estuvieron frente a frente, Chateauneuf apostrofando a Lachesnaye, le preguntó si lo que le atribuían haber dicho salió realmente de su boca. El anciano lo negó bajo su palabra de caballero.

—Estoy satisfecho — dijo Chateauneuf.

—Yo no — replicó Lachesnaye; —porque ya que me he molestado con venir aquí, quiero batirme. ¿Qué dirían tantas personas como nos contemplan a uno y otro lado del agua al ver que venimos a este sitio para hablar y no para batirnos? Padecería demasiado nuestro honor. Así, pues, luchemos.

Y esgrimieron la espada y la daga. Mientras tiraban exclamó Lachesnaye:

—¡Ah, cobarde! ¡Estas *acorazado!* ¡Ah! Te atraparé de otra manera.

Y comenzó a tirar a la cabeza y a la garganta. Pero no tardó en recibir una estocada que le arrojó moribundo al suelo.

II

Uno de los más terribles duelistas de la época de Carlos IV, Lagarde de Valen, recibió de otro espadachín famoso, llamado Bazanez, su sombrero, con la amenaza de ir a quitárselo con la vida. Lagarde se puso aquel sombrero y buscó en el acto a Bazanez, que también le buscaba. Se encontraron al fin, o mejor dicho, les pusieron frente a frente, porque ellos no podrían reconocerse a causa de no haberse visto nunca. Inmediatamente empuñaron los aceros. Lagarde fué el primero en tocar, en la frente a Bazanez; pero el hueso frontal de éste era tan duro que rechazó el acero. La segunda estocada que recibió fué en plena carne.

—Esta por el sombrero — dijo Lagarde.

—Esta por la pluma — añadió tocándole de nuevo.

—Y esta por la cinta —volvió a decir a manera de conclusión.

Bazanez perdía mucha sangre, pero no estaba abatido. Hasta tuvo bastante fuerza para lanzarse sobre su adversario y derribarle. Una vez en el suelo Bazanez le hundió el puñal entre el cuello y el hombro y le *pasó diagonalmente al través del cuerpo.* Lagarde había recibido catorce puñaladas desde la garganta hasta la cintura. Y a cada golpe, grita Bazanez:

—¡Pide la vida!

—¡Jamás! — replicaba Lagarde.

Y así, acribillado, arrancó con los dientes, la mitad de la barbilla de Bazanez y con el puño de la espada le hundió la nuca.

... Pero Lagarde y Bazanez curaron de sus espantosas heridas. Bazanez murió algunos años después en una emboscada. En cuanto al otro energúmeno, se retiró a Ronergue y se convirtió en el terror del país. Dirigía a las personas a quienes perseguía con su odio billetes de esta clase:

"Tu casa hecha cenizas, tu mujer violada, tus hijos ahorcados.

Tu mortal enemigo,

Lagarde."

MARUJA

Por Lola S. B. de Bourget

En la gran fábrica de tejidos de punto del señor del Valle, hallaba ocupación un ejército de obreras que diariamente llenaban las calles de acceso, con sus risas y conversaciones. Las había de todas edades, de todos colores y para todos los gustos. Al decir de todos colores no nos hemos equivocado, pues había también una negra, — solamente una, eso sí,—entre las blancas, rosadas y amarillentas que constituían el conjunto.

Simpática en sumo grado era la negrilla; rostro de ébano pulido rebelde cabellera crespa que apenas alcanzaba a enredarse en los dientes de la peineta do celuloide que sostenía el rodete; labios rojos, aunque no abultados como los de la mayoría de las de su raza; rasgos finos en general, y nariz correcta. En toda ella había algo de bello y gracioso a pesar del color negro lustroso de su tez.

Las compañeras de trabajo la llamaban despectivamente "la negra"; pero su nombre era María Elvira, y como diminutivo, Maruja.

Sin hacer caso del semiaislamiento en que la dejaban las otras, reunidas en alegres grupos, Maruja se agregaba ya a unos ya a otros, y de vez en cuando tomaba parte en las conversaciones sin preocuparse de si la atendían o no. Ella sentía la necesidad de reir, de charlar, de cambiar ideas, y es indudable que en su fuero interno la negrilla sentía no ser como sus compañeras y no gozar como ellas de amistades, amoríos y aventurillas que sirviesen de tema de conversación.

Los amores, especialmente, daban a las obreras jóvenes momentos de esparcimiento y alegría. Ya era el secreto de una divulgado por la otra; ya el encuentro malicioso de ésta con cierto galancete piropeador; ya la cartita un si es no es atrevida de que esperaba a aquélla; ya el que había seguido a Ursula o se había declarado a Mercedes... Las viejas palmoteaban a cada descubrimiento de estas intimidades que la interesada hubiera querido guardar el secreto más inviolable y que, naturalmente, negaban, todas confusas y enrojecidas...

Maruja no tenía nadie que la pretendiera ni secreto que pudiera ser puesto en evidencia, y con profunda pena había oído decir a una muchacha a quien las otras hicieran víctima de sus bromas:

—Quisiera ser negra como tú, para que nadie me mirara!

Aquellas palabras entristecieron a Maruja; cruelmente llevaron a su ánimo la seguridad de que ser de color es colocarse fuera de la regla común; estar al margen del amor, de la alegría y de todo lo que embellece la existencia. Y Maruja se hizo triste y cavilosa, empañando con un velo de pena la límpida y confiada mirada de sus ojos obscuros.

No faltó quien lo notara entre las obreras, y la infeliz muchacha tuvo que sufrir una rechifla espantosa entre el vocerío incesante de sus compañeras.

—¡La negra está enamorada! — exclamaba una, entre grandes palmoteos.

—¿Quién querrá tiznarse?—preguntaba otra, riéndose a carcajadas.

—El primero que veamos manchado de hollín, es el candidato— afirmaba una tercera.

—Debe ser otro negro, porque si no, el contraste sería muy visible, —agregaba la de más allá.

—Debe ser un amor negro también, con suspiros negros y besos negros, — terminaba otra.

Y estallaba la tempestad de risas y de palmadas y Maruja se veía zarandeada, llevada y traída por aquella legión móvil y despreocupada.

II

La joven negra no estaba enamorada todavía; pero su estado de ánimo la predisponía a estarlo. Sentía gran sed de amor; todo su ser se rebelaba ante la idea de hallarse excluída de participar de los dones del dios ciego, por la fatalidad de haber nacido de color, y anhelaba probar a sus compañeras que en semejante punto, la igualdad reinaba soberana entre las dos razas rivales.

Y, como ocurre siempre, sin pensarlo y sin quererlo, se dispuso al combate. Su habitual aliño se transformó en discreta coquetería. Puso más cuidado en la elección de los colores de sus trajes; sus rizos rebeldes fueron domados con frecuentes escardadas y humedecidos con lociones baratas, su calzado fué cuidado hasta el primor, y en sus brazos brillaron algunas pulseras de escaso valor, que rompían la oscuridad de su piel, con los relampagueos de la plata... En suma, si en vez de color de betún que debía a la madre Naturaleza, Maruja hubiera tenido la frescura nacarada que alguna de sus compañeras ostentaba, seguramente habría ganado en belleza a cualquiera de ellas. Así y todo, era una Venus negra, por lo elegante y proporcionado de sus formas y por la regularidad y finura de sus rasgos.

———

Cuando el señor del Valle, al recorrer los talleres, halló a Maruja entregada a la labor, cubierta con un delantal blanco y con los brazos al aire, se detuvo ante la negrita con evidente simpatía. Las demás mujeres contemplaron el grupo entre envidiosas y compasivas. El señor del Valle no gozaba del afecto de sus obreros; era un solterón de cuya moralidad se contaban horrores. Acaso ningún caso concreto; ningún hecho que pudiera iniciar el capítulo de cargos; pero "vox populi, vox Dei", y de acuerdo con esta vieja máxima, no hubiérase encontrado un solo empleado u obrero, en el vasto establecimiento industrial, que no estuviese dispuesto a jurar que el señor del Valle era un ogro, un caballero feudal de los que no respetaban hogar ni honra ajena, un repugnante Don Juan, en fin... Por eso las mujeres del taller habían paralizado su trabajo y se disponían a tomar nota de lo que el patrón dijera a la obrera, para comentarlo luego, corregido y aumentado.

El señor del Valle, con su gallarda apostura de cuarentón bien cuidado, su innata elegancia y su amable fisonomía, iluminada por una bondadosa sonrisa, impresionó profundamente a Maruja, que quedó como quien ve visiones ante su principal.

—Vamos, contesta;—decíale la capataza que acompañaba al amo. —El señor te pregunta si estás contenta en la casa.

El "sí" que balbuceó Maruja apenas entreabrió sus labios, y el señor, sonriendo bondadosamente, la tomó la barbilla y levantándola el rostro, dijo:

—¿Te asusto? Es cierto que vengo por primera vez a los talleres; pero ya te acostumbrarás porque repetiré estas visitas.

Y con una amable palmadita en la mejilla de la joven, prosiguió su jira de inspección a través de máquinas, hilos y poleas.

Las más listas de las obreras se miraron y se hicieron señas... A la hora de la salida serían los comentarios.

Maruja sintió una inexplicable sensación de algo desconocido en su alma. La parecía que aquella mano acariciando su rostro, había impregnado su corazón de una dicha inefable; reía sin saber de qué, y al salir, sin hacer caso de la algarabía con que la rodearon las demás obreras, huyó a ocultar su emoción en el humilde rincón de su cuartito.

Las visitas del señor Valle se hicieron casi diarias, y siempre se detenía más que en los otros talleres, en el de Maruja, y con la única que cambiaba algunas palabras era con ella. Tal vez al verla de raza inferior, su espíritu quiso indemnizarla con una suma mayor de bondad y gentileza: tal vez se sintió atraído por el aire de modestia y de recato que emanaba de la joven y que contrastaba singularmente con el habitual de sus compañeras, o acaso penetró en su aguda visión de hombre de mundo, el drama íntimo de aquella desventurada criatura y pensó suavizar su soledad y su aislamiento moral, con algunas frases de afectuosa simpatía; el caso es que a partir de aquel primer día en que el señor del Valle inició sus visitas a los talleres, Maruja fué víctima de las sátiras de las otras mujeres, y su pobre corazón probó toda la amargura de la maldad ajena cebándose en lo más puro y más recóndito de su sentir.

Los gestos despectivos e insultantes de las obreras la perseguían dentro y fuera del taller; alguna de buena alma se le acercó para advertirle el riesgo que corría dejándose embaucar por aquel tenorio trasnochado; las demás se burlaban de ella y adornaban al principal con dictados de todo calibre, que eran para la amante Maruja, más crueles y más dolorosos que si a ella misma hubieran sido dirigidos.

La vida de la infeliz muchacha llegó a serle insoportable, y con serlo, ella la prefería a abandonar el taller y no ver más al hombre a quien ya adoraba. Cada mañana, a la hora en que él acostumbraba a inspeccionar el trabajo, el corazón de la negrilla batía sus alas vertiginosamente, como si quisiera salírsele del pecho; sus manos temblaban, y toda pálida, aguardaba sin respirar, a oir los pasos del señor o la voz de la capataza respondiendo a sus preguntas.

¡Qué inefable fruición paralizaba sus músculos cuando le sentía acercarse conversando con la empleada! ¡Qué ansias de gritar y de decirle que lo adoraba, que sería su esclava, cuando él llegaba a su lado y la dirigía algunas frases en particular, siempre empeñado en distinguirla! ¡Y qué invencible timidez la dominaba, a punto de no poder articular nunca una palabra para contestarle!

Sentía Maruja los ojos de todas las mujeres fijos sobre ella; imagi-



—Te digo que no sé lo que voy a hacer de mi chico; a él no le gusta ser ciego ni sordomudo, y tampoco tiene condiciones para ser manco, cojo ni paralítico.

naba la sonrisa irónica de la capataza divertida con aquel juego, y a punto hubiera estado de salir huyendo del recinto si su voluntad no estuviera dominada por aquella fuerza misteriosa que la agitaba interiormente, y exteriormente la clavaba muda delante de sus carretes.

Los nervios de la pobre criatura estaban sometidos a una exaltación permanente; su pensamiento reconstruía por las noches las escenas del taller, y el sueño huía de sus párpados; las compañeras, por otra parte, no la dejaban vivir con sus bromas groseras y punzantes, y en su vida infeliz no había un minuto en que pudiera disfrutar de la calma de los días pasados. ¿Por qué habría vuelto de Europa el señor del Valle? ¿Para qué haría esa primera visita a sus talleres, desde cuyo punto y hora ella no había tenido un sólo instante de quietud? Estas dos preguntas, que eran el obligado corolario de las reflexiones de la joven, estaban, naturalmente, condenadas a quedar sin respuesta, por mucho que importara explicarlas a nuestra heroína.

III

Muy preocupado estaba el señor del Valle en su gabinete de trabajo aquella mañana. El administrador un hombre anciano y enérgico, que había manejado la fábrica durante la ausencia del propietario, habíale dicho, usando de la franqueza a que a su edad y su posición le daban derecho:

—Hay en el taller de hilado un ambiente hostil para usted. Las mujeres de ese taller, presumen que usted distingue a una negrita que trabaja allí, con fines deshonestos, porque, lógicamente, no pueden creer que la pretenda para elevarla hasta usted, como tal vez pudieran pensarlo si se tratase de una blanca, aunque fuese de la clase obrera... Le aconsejo que se prevenga porque este elemento no necesita sino un pretexto para hacer cuestiones.

—¡Hombre! — exclamó el señor del Valle. — ¿Cómo pueden ver un crimen en el empeño que pongo en compensar con un poco de bondad la desigualdad eterna de esa pobre muchacha con respecto de las blancas?

—¡Váyase usted con sutilèzas de esa índole a ese ejército de harpías! Si usted quiere convencerse, llame a la capataza e interróguela.

Vino la capataza, y las respuestas de ésta a las hábiles preguntas del principal, le hicieron conocer el sentimiento predominante entre las obreras y sus propósitos de provocar un levantamiento bajo el pretexto de defender a la joven negra, contra las seducciones de su señor.

El propietario vió claramente la malquerencia femenina hacia la desventurada muchacha; el amor que su bondad había hecho nacer en aquella alma huérfana de afectos; los resultados de semejante estado de cosas, en un medio predispuesto al alboroto y a la exigencia y se propuso no volver por los talleres, en mucho tiempo. Haría aquel día su acostumbrada visita para desorientar a la capataza y contener su lengua, y anunciaría un nuevo viaje a Europa.

En efecto, su resolución fué recibida con satisfacción por las obreras; desde lejos, el ogro no podría hacer presa en ninguna de ellas, y le despidieron con vivas y aplausos. Cuando estuvo ante Maruja, la miró con más bondad que nunca y le tendió la mano en señal de despedida.

La joven había empalidecido hasta la lividez; le parecía que todo acababa de oscurecerse ante ella, y con un sollozo convulsivo, sólo acertó a alzar la mano que el principal le tendía, y llevándosela a los labios, la besó mil y mil veces, desatentada y loca...

Aquel fué el último día que se vió a Maruja en el taller. Nadie pudo saber jamás qué había sido de ella.

TRES GESTOS DE GRANDES CONQUISTADORES

I

Cuando el ejército macedonio salía de Judea, un general le preguntó a Alejandro:

—¿A dónde vamos, Majestad?

—A Egipto. Quiero fundar en la desembocadura del Nilo una ciudad más grande que Menfis y Babilonia.

—¿Y qué nombre váis a dar a esa ciudad tan grande?

El caudillo macedonio levantando su espada que parecía querer partir la tierra en dos porciones, respondió volviendo el rostro hacia su ejército:

—¡Alejandría!

II

El joven Julio César, en su escaño senatorial de Roma, recibía las censuras del censor Catón. El terrible romano, enardecido por la cínica tranquilidad de César, pretendía abrumarle con sus acusaciones.

—¡Eres un traidor! — le gritaba. ¿Qué haces de tus horas? ¿Por qué las empleas en conspirar contra tu patria? Vedle ahí, senadores, sonriendo indiferente y habrá pasado la noche conspirando contra vosotros.

—No — respondió Julio César — esta noche fué terrible para mí. Mas no podía faltar, era un compromiso de honor.

Y extrayendo del pecho un rollito de pergamino, alargándoselo con dos dedos a Catón, añadió:

—Toma, lee. Es una cita de tu hija. ¡Si la hubieras visto! Está más bella que nunca.

El Senado Romano se escandalizó. Los senadores en pie protestaban austeramente.

Julio César, recostado sobre el brazo izquierdo, aspiraba el perfume exhalado por el rollito de pergamino.

III

...El cielo de Jaffa tendía su lámina de acero azul. En medio cegaba como una fragua el sol de Egipto.

Napoleón pidió su caballo.

Los ayudantes se preguntaron con los ojos:

—¿A dónde irá el general?

Napoleón iba al hospital de coléricos. E iba con sencillez, como no había ido nunca a ninguna batalla. Y si en la mañana de Ulm y en el puente de Arcola, Bonaparte vió la muerte de cara, en el hospital de coléricos sintió en el rostro su aliento helado.

Napoleón entra en la vasta sala donde un centenar de sus soldados sostienen el último combate. Napoleón se cuadra.

Aquel batallón de moribundos lo aclama con delirio.

El monstruo no era paternal. No acarició a los enfermos. Se contentó con pasear entre ellos su figura. Los enfermos se sintieron animados bajo aquella mirada de gavilán.

Bonaparte respiró el vaho del cólera. Hinchaba su pecho lleno de las emanaciones pestilenciales. Los ayudantes estaban espantados. Y — esto es lo más extraordinario —¡los enfermos también!

Bonaparte salió del hospital, sereno, impávido. El monstruo acababa de ganar para siempre la idolatría de sus soldados.

He aquí una de las más grandes victorias de Napoleón.

El costo de las pirámides

A todos los artistas que visitan Egipto y contemplan las pirámides, se les ocurre preguntar cuánto habrá costado construir la gran pirámide de Cheops, y cuánto costará construir hoy otra igual.

Un contratista de obras, cuyos cálculos merecen tomarse en cuenta, por su gran práctica en las construcciones, asegura que actualmente no se podría construir otra pirámide como aquella por menos de cien millones de pesos oro.

En cuanto al tiempo que se invertiría en hacerla, calcula que con la maquinaria moderna y empleando 40.000 hombres, entre canteros, albañiles, peones, etc., se tardaría dos años en hacerla.

Se ha calculado que la obra requirió los servicios de 100.000 hombres durante treinta años. Sólo el material representa un valor de 36.000.000 de pesos oro y la mano de obra la hace subir a 72.000.000. A esto hay que añadir 4.000.000 por herramientas, transportes, etc. La pirámide se alza sobre una roca sólida, enterrada a cuarenta y seis metros de profundidad, y la construcción aumentaría el costo hasta dar el total de cien millones de pesos oro.

Leyenda neuqueniana

Por Eduardo Talero

Ganados por el viajero los contrafuertes de la hoya del Malbarco, la vista se complace en acariciar los simbólicos lineamientos del Domuyo.

Aceptando el símil popular, este coloso sería un congelado megaterio, que no pudo emigrar con su raza fabulosa.

Desde el anca acurrucada sobre dos repechos del valle, hasta la trompa audaz que se eleva olfateando las estrellas, el fulgente monstruo, repliega varios kilómetros en sus rugosidades.

Allá sobre el azul distante de los horizontes chilenos, sus gibas se destacan con pureza hialina.

Para apreciar el conjunto de esas eminencias, el explorador tiene que encaramarse en otra cúspide lejana; porque, cuando se aventura a la ascensión, queda tan anonadado como una hormiga escalando una basílica.

Si la energía ha sido suficiente para ascenden por el filo de esas cimitarras sin excitar el bostezo de la profundidad que las esgrime, la compensación del viajero es inefable: Al llegar a la cima, torna a engrandecerse, y ¡ahí del corazón ancho para contener tal emoción!

Roma desde San Pedro, París desde su torre Eiffel, y Nueva York desde la mano derecha de su Libertad, no pasan de menguadas tolderías junto a este panorama de la cordillera neuqueniana, visto desde la cumbre del Domuyo.

Abajo, por el noroeste, hasta perderse la vista en el desierto, las sierras del Neuquen aglomeradas de rodillas, sonrosan sus turgencias de vírgenes desnudas con el soflama ruboroso de la tarde.

Por el sur y sudeste, la mirada domina la frontera con Chile: Los picos y curvas de los ventisqueros secundarios fingen a la distancia, capiteles y dombos de Partenones almenados.

El Pichacen, Moncol, Antuco y el Tuluaca, dejan que sus casullas de lino inmaculado se plieguen en la hondonada, e inciensan el Domuyo dominante con gasas de humo aurífluo.

Allá, muy lejos, tras el verde declive en que se adelanta a la costa el país chileno; más allá, tras vaguedades de un azul desvanecido en ceniciento gris de lejanía, el sol se hunde en las aguas del Pacífico, evocando las inmersiones sagradas del gran Inca, cuando su cuerpo desnudo se hundía lentamente en el misterio de sus lagos, radiante de oro en polvo.

Cuando el Domuyo da la señal del sacrificio desde el cristal de su ábside, los otros prelados yerguen las aristas fulgentes de sus mitras y hacen temblar sobre sus hombros sus pedrerías episcopales. Entonces el Domuyo perfora las arrumazones de incienso con el último reflejo de la amatista escapado de su anillo imperial, y allá por occidente, la sangre de los borregos sacrificados se coagula y tirita sobre el vialáceo estanque nocturnal...

De esa hora en adelante, la sombra aterciopelada sólo se desgarra a trechos por las curvas de plata que trazan las exhalaciones celestes en su vuelo, o por los gigantescas rosas de reflejo, esculpidas en la nieve por los cinceles estelares.

Se explica, pues, que aun en la caliginosa tristeza cerebral de los indígenas, el Domuyo haya sido objeto de supersticiones delicadas,

El simbolismo que, según mi antojo, ellas encierran, denuncia en quienes las concibieron emociones estéticas de asombrosa intensidad, sólo explicables por la rara belleza del paisaje.

Como siempre ha sucedido con toda altura ignota y bella, el Domuyo ha inspirado en el salvaje ese sentimiento de temor y adoración, base de todas las religiones y magismos.

Desde el Sinaí hasta el Olimpo, y desde las torres de *Notre Dame* hasta el último campanario de villorrio, donde las brujas guardan sus escobas, las alturas siempre han sido refugio de lo maravilloso y prepotente.

Cuando al temor inspirado por la amenaza de lo inexplicable, va unido el arrobamiento encendido por lo extraordinariamente bello, las leyendas bordadas en torno a esos misterios son verdaderas canciones de arte.

Tales las del Domuyo:

La gente que aun mora en sus repechos, mira con asombro al explorador que se aventura a ascender.

¿Cómo exponerse a la ira de esos guardianes misteriosos?

Su mismo nombre, Domuyo: la "Mujer Quemada", indica la idea trágica que tal empresa sugiere en la mente de esos campesinos.

En tiempo de que los incipientes fastos neuquenianos no guardan memoria, debió haber una lucha titánica, en la cual pereció esa "mujer quemada"; y triunfó la que, joven, opulenta y deslumbrante, domina hoy en las cumbres.

Dicen que esta es una joven muy risueña y muy blanca.

Se la ha visto siempre desnuda en un lago cercano de la cúspide, peinándose sus cabellos rubios con un peine de oro, en tanto que las totoras o juncos — también de oro flexible — que bordan la laguna, producen finas melodías, al temblor de un viento muy suave que no viene de parte alguna, ¡que nace por sí solo!

¡Ay del que pretenda sorprenderla en su baño! Siempre está defendida por alguno de sus dos guardianes: un gran toro de fuego, con astas de oro relucientes; y un caballo muy blanco, de ojos negros, que salta como alud abismal los ventisqueros.

No se hallará persona en la comarca que no jure haberse encontrado, no una, sino muchas veces, pero siempre a distancia — se entiende — con el caballo muy blanco y el toro de oro y fuego.

La "mujer quemada" vive todavía, pero permanece cautiva entre la tierra.

Debe sufrir mucho, porque llora sin cesar chorros de lágrimas que queman; debe odiar mucho, pues el que aspire el humo de su aliento, se envenena; y deben darle a beber oro fundido, porque no otra cosa debe ser eso que hierve, ruge y gorgotea eternamente en la célebre "olleta bramadora".

El intrépido explorador salesiano, presbítero Lino Carvajal, quien acaba de realizar al Domuyo la más completa de las ascensiones hechas hasta ahora, confirmará en su próximo libro los puntos esenciales de esta leyenda. Ignoro cómo habrá de interpretarlos. Sociológicamente considerados, no le será difícil hallar similares en las más refinadas mitologías.

Como quiera que sea, erudición y ciencia aparte, yo me complazco en fingir que un remoto poeta neugeniano simbolizó en esta tradiciones algún cataclismo inmemorial.

Digo, pues, que la ardorosa roca primitiva, hoy la "Mujer Quemada", habló al soñador indio de este modo:

Llegó un tiempo en que yo tuve celos de la Nieve.

Desde que esta joven blanca y sin pudores apareció por la comarca, las caricias del sol para mí fueron muy otras: mi viejo amante tenía con la recién llegada, juegos de audacia inconcebible: ¡Llegaba hasta besarla en la nuca!

—Y la muy descocada, sin dar muestras de enfado, se ponía a reir y reir con una sonrisa de cristal muy fino.

¡Era muy melindrosa! Cuando el sol la estaba viendo, se cubría de unos brazaletes y collares falsos que trajo del Oriente, y temblaba y lloraba como si se la fuesen a comer.

Naturalmente, el viejo crédulo se acercaba a consolarla; y ella, como las niñas cuando les hacen cosquillas, se ponía a reir, y reir con una sonrisa de cristal muy fino.



—Lo he llamado a usted, gran artista, para que le pinte a este retrato mío el pelo a lo "garconne".

MAGLIABECHI

Uno de los tipos más curiosos de bibliólatras que hayan existido jamás, fué el florentino Magliabechi, bibliotecario del gran duque Cosme III. A fuerza de estudiar catálogos, tanto italianos como extranjeros, y dotado de memoria prodigiosísima, sabía al dedillo, dónde se encontraban y a quiénes pertenecían los libros más notables del mundo. Cuéntase a este propósito, que habiéndole preguntado un día, el gran duque por cierta obra, contestó Magliabechi: —Monseñor, no puedo proporcionárosla; no hay más que un ejemplar y se encuentra en Constantinopla, en la biblioteca del Gran Turco. Es el séptimo volúmen de la segunda edición, estante de la derecha, entrando.

Magliabechi murió a los ochenta y seis años; desde que cumplió los veintiseis no había salido de su biblioteca más que dos veces. Se pasó, pues, metido entre libros, sesenta años justos.



Todo el día se lo pasaba en locuras de esa clase.

A mí ya no me hacía caso: enlutada de líquenes y musgos, miraba a los amantes felices desde lejos, y cada hora tenía que aumentar el cauce de mis lágrimas para no ahogarme en ellas...

¡Todo era por el oro! La aventurera fué siempre muy avariciosa. Llegó por aquí con muchos cofres de similores y batistas, de flores y de encajes, pero todo era falso: todo se volvía trizas al tocarlo.

¡Me odiaba por mi oro! por mis arcas de *áurea silicata*, donde yo refundía pacientemente, y eso en siglos y siglos, los cabellos que mi dueño dejaba en mi regazo.

Yo había permanecido resignada en silencio, pero al fin no pude contener el fuego de mi pasión reconcentrada. Mi alma de oro encendido llameaba en mis arterias, y al fin fué a estrellarse en oleajes de indignación contra mi frente.

Entonces se produjo eso que los hombres llaman cataclismo geológico.

Tras el temblor histérico que me hizo crujir el corazón en lo más hondo, recuerdo que sentí en la garganta un cruel desgarramiento. Vi rojo en torno mío. La blancura infame de la nieve me arrancaba del alma convulsivas púrpuras de odio.

Cada uno de mis reproches era una mole de rencor gorgóneo.

Ansiaba inundarle la albura de su rostro en los raudales de lodo que yo había amasado con lágrimas y sangre.

El sol no me escuchaba: serio y encapotado atravesaba el horizonte, fingiendo no oír mis ruegos ni entender los signos de adoración que yo le hacía.

De amor, ¡sí! de amor hondo eran las trémulas llamaradas de oro torturado con que mis brazos le imploraban justicia; de amor eran las mirras doradas que yo arrojaba en mis hogueras, para elevarle plegarias de incienso, como a mi Dios; de amor cristalizado en muchos siglos de firmeza y constancia, eran esos puñados de pedrerías multicolores con que yo no alcanzaba a fascinarlo. Pero todo fué en vano.

Es verdad que la nieve ganó fugitiva la llanura, con sus carnes mordidas por mis brasas de oro y sus muselinas ensangrentadas y rotas; mas, el sol continuó su curso embozado en mis inciensos, y yo caí exangüe, extinta y muda, bajo el peso de mis adoraciones calcinadas por la indiferencia del cielo.

Ellos han vuelto después a ser felices. Yo sigo devorada por torturas internas. Mi amor abandonado sigue quemándome el pecho con sus raudales de oro. Mi sangre toda es de oros esplendentes, pero yo he quedado estéril, muda y fea, con el apodo despectivo de la "Mujer Quemada".

Ella, la blanca aventurera, ha vuelto a instalarse en mis dominios con todo el prestigio de su desnudez y sus ficciones. Años hace que goza de sus talismanes y de mi dueño.

LOS NAVIOS DEL CIELO

Creía el pobre niño — ¡oh imágenes de infancia!—
que las nubes errantes del eterno viajar,
eran los grandes buques con que el Señor trabaja
y que, incansables, bogan en el combado mar...

Creía el pobre niño que todo el cielo era agua
donde errantes navíos bogaban sin cesar.

Tuvo en la escuela, luego, su desencantamiento:
no eran, las nubes raudas, los navíos de Dios.
Supo que eran vapores que subían del suelo
como leves suspiros, del infinito en pos.

Nunca creyera el niño que eran aire los cielos
y que aquellos navíos no más que engaño atroz...

Y haber soñado tanto, ser Capitán marino...
o remador sagrado del divino bajel....:
correr sobre los mares diligente, expedito;
llegar a Dios y siempre bendecirse con El.

Jamás pensara el niño, ver sus sueños perdidos
en las truncas imágenes de su cabeza fiel.

Después el niño "hecho hombre" profundizó en el alma:
se vió nubes cambiantes en eterno expandir:
todas las ilusiones, todas las esperanzas,
todas las ansias, todas las glorias del sentir.

El niño "hecho hombre" fuerte profundizó en el alma
y, sin querer, ha sido Capitán del vivir.

La escuela de la vida no le dió decepciones,
no le dió desencantos; y encontró en el amor;
navíos de ilusiones, de esperanzas mejores,
navíos de tristezas y de ansias y dolor.

¡Los navíos del Cielo han hallado el niño "hecho hombre",
los navíos del Cielo, Señor, Señor, Señor!

Alberto G. OCAMPO.

PENSAMIENTOS

El pueblo no es un furioso rebaño a quien sea preciso amarrar. Sereno y mesurado siempre, cuando es verdaderamente libre, no es violento y fogoso, más que bajo los Gobiernos en que se les envilece para tener el derecho de despreciarle. — Moleschott.

El recogimiento y la meditación son las primeras potencias del hombre.

He temido siempre indignar a la razón, pero nunca a los hombres.

El rey es el representante perpetuo del pueblo, y los diputados sus representantes temporales.

Más importa dar a los hombres buenas costumbres, que leyes y tribunales.

A un cuerpo gangrenoso no se le debe vendar llaga por llaga y úlcera por úlcera; es preciso suministrarle una sangre nueva.

Los representantes del despotismo son siempre peligrosos. — Molinari.

Con ese peine de oro que yo había robado al Alba y escondido en la laguna, ella puede vivir por siempre joven, como que ese amuleto comunica a la cabellera donde se hunde, fulgor y timbres de oro.

Para defenderse de los alpinistas y cazadores de guanacos blancos, tiene dos guardianes invencibles: dos monstruos con las condiciones seguras para vencer al hombre: un toro de oro y fuego, símbolo de la fuerza; y un caballo blanco de ojos negros, emblema de agilidad y visión para el abismo.

Son regalos del Sol; el uno se lo trajo de no sé qué constelación, y el otro es de los que galopaban en las cuádrigas de Aurora.

Sin embargo ella me teme aún: Teme que cualquier día le desfigure el rostro con vitriolo.

Hace creer que soy bruja, que estas solfataras son el humo de mis redomas infernales, y que me paso el tiempo machacando sulfuros y tormentas en la "Olleta bramadora".

Por eso, por el temor a otro incendio, ella no sale jamás de la laguna. Allí entretiene su holganza escarmenando niebla, tejiendo tul de escarcha y bordando margaritas de hielos irisados.

Ha logrado convencer al Sol de que lo adora. Cuando en las mañanas la sorprende en el baño, o en las tardes le hace la última caricia, ella ostenta convulsivos sonrojos que no siente.

Temerosa de que mis quejidos lo muevan al dolor, se hace la juguetona para sacudir sus cabellos armoniosos, agita sus gargantillas de perlas y zafiros, toca en sus arpas de cristal, idilios, y hace que los suspiros del encantamiento desprendan de los mimbres de la orilla una funesta música de oro.

Ahí tiene usted explicado el misterior de este drama. Ya ve que es una intriga secular. Parece increíble que en esta altura de 3861 metros haya tantas bajezas.

Y yo no soy culpable. La sinceridad y la firmeza me han perdido. Mi gran ruina depende de haber amado honda y ardientemente.

Lejos de cuidarme de las seducciones externas, mi anhelo consistía en eternizar las glorias de mi amado. Mi dicha era vivir seria y modesta, reconcentrando el oro de sus labios en mi pecho y cristalizando la luz de su mirar en mi alma.

Yo nunca fuí coqueta. Ella, en cambio, me venció con artificios. Se entretenía delante del espejo esmaltándose el cutis, ensayando sonrisas, llorando perlas falsas, y falsificando con carmín rubores.

Si mi rostro fué quizá áspero y duro, si mi vestidura rígida y severa, guardo la satisfacción de que nunca tuve por qué ruborizarme, ni jamás fué mi falda juguete de los vientos.

Yo he sido una matrona: ella es una bailarina falaz.

Yo fuí ardiente; ella es fría.

Yo fuí firme; ella es frágil.

Mi corazón fué de oro vivo; el de ella es de aire enfermo y congelado.

¡Ah! ¡Pero yo nunca he sido blanca y armoniosa!...

El hombre fuerte a través de la historia, de la novela y de la realidad

En las más profundas raíces del ser humano, se encuentra el amor a la fuerza por la fuerza misma. Toda la mitología está llena de las proezas de los hombres fuertes. El dios de los dioses en el Olimpo, Júpiter, es uno de los representantes más genuinos de la fuerza física. Su aliento era lava y sus armas rayos. No hay leyenda más teñida de rojo en los albores del mundo, que la batalla entre dioses y titanes. Egipto, Fenicia, Grecia y Roma, por medio de sus poetas y sacerdotes, presentan los más grandes modelos de fuerza, al crear infinitas leyendas de nunca superados inmortales.

Francia, Alemania, Italia, Rusia, Escandinavia, conservan reliquias grotescas como representantes de razas gigantes desaparecidas. Hércules y sus doce trabajos; Atlas, levantando la Tierra sobre los hombros; Cíclope, el de un solo ojo; únicamente tienen leyendas y narraciones para demostrar su existencia. En cambio, los gigantes celtas, dejaron monumentos para atestiguar su paso por la Tierra.

La tradición relata que, en sus luchas, los gigantes se lanzaban enormes peñascos; pero hay algo de más valor que estos relatos de la tradición; las sólidas reliquias de Stonchenge en Inglaterra, de Carnac en Bretaña, proclaman que antes que en Egipto y Asiria inventasen las grúas, una raza de hombres fuertes las hizo con sus desnudas manos. La poesía de la mitología nacional de todos los países es un canto de adoración a la fuerza; esta legendaria fortaleza tuvo, sin duda, una base verdadera para haber persistido a través de los siglos en la leyenda. Sin embargo, las crónicas más sencillas y líricas de hombres fuertes, las de la Biblia, ponen fin, de manera satisfactoria a la gloria de la grandeza física.

Goliat, el gigante filisteo, de seis codos y un palmo de alto, fué vencido por un pastorcillo, ligero de cuerpo, gran tirador de honda, que hundió una piedra en la frente del gigante. Ante esta hazaña, huyeron los filisteos y el pueblo de Israel, hizo rey al vencedor. A la Biblia también debemos el más extraordinario episodio de fuerza de la historia humana; de fuerza y flaqueza: la historia de Sansón, que puede servir de eterno ejemplo de cómo la fuerza varonil puede ser vencida por la astucia femenina.

La edad de los caballeros, fué primeramente, una edad de fuerza. El rey Arturo, Lancelote y los caballeros de la Tabla Redonda de la mágica Era de Merlín, lucharon por sus bellas enamoradas. En la época histórica, Guillermo el Conquistador, Ricardo Corazón de León, el Príncipe Negro, se destacan juntamente con los guerreros Carlo Magno, Carlos Martel y Aníbal, como modelos vivientes de prodigiosas hazañas de vigor y resistencia física. ¿Qué fuerza no sería necesaria para manejar con soltura la enorme espada de Eduardo III?

Bellas demostraciones, exaltaciones románticas de la fuerza, son los torneos donde los jóvenes luchaban para resultar vencedores y conquistar los favores de su dama.

Las bellas islas de Grecia fueron las cunas del *sport* y por el *sport* mismo, el ejercicio noble y exaltado de la fuerza, el vigor y la destreza; las luchas y el boxeo contenían, en verdad, brutales elementos, lo mismo que en nuestros días, pero no eran más populares que los otros deportes de los que nos han quedado los mejores ejemplos en los atletas griegos. Los juegos originados en los funerales de Partoelo, trajeron a los helenos, a través de constantes adiestramientos de cuerpo y espíritu, el desarrollo de la forma humana más bella, jamás conocida. Ser victorioso en las grandes Olimpiadas, conquistar corona de laurel de vencedor, significaba ser conocido en toda Grecia como el más fuerte y hermoso. Los nombres de los vencedores, eran grabados en los muros del templo de la ciudad natal; eran los héroes de la localidad y se casaban con las más distinguidas doncellas.

Los "Ludi Publici" de los romanos, que en un principio derivaban de los Juegos Olímpicos se pervirtieron más tarde con representaciones teatrales, para degenerar últimamente en los combates de gladiadores.

Los gladiadores se dividían en cuatro clases: los "andavates", que luchaban con los ojos vendados; los "equitus", a caballo: los "essodarii", en carrozas; los "laquearii" con un lazo, y los "retiarti", con red y tridente. El deporte más popular era el "cesti", boxeadores que luchaban con guantes de cuero y acero.

Durante la Edad Media, los juegos con los pies se pierden, conservándose sólo las luchas greco-romanas, deporte practicado por los europeos, como las luchas suma en Japón y China. El hombre fuerte conocido en el último milenio fué Higaschi, campeón de lucha suma, que pesaba 450 libras y hacía diez comidas al día. El boxeo, derivado del "cesti", se perdió por completo. Su resurgimiento, juntamente con esas luchas, sobrepujaron, vencieron a otros deportes para los que se requería más fuerza, tales como el levantamiento de pesos y el levantamiento de jabalina.

Los tipos de atletas trasladados por la literatura moderna, se presentan como pacíficos y caballerosos seres. Así ocurre en "Rodney Stone", de Conan Doyle, el John L. Suvillan es una especie de Juan Valjean americano. Generalmente, estos tipos se encuentran representados en la realidad. Jem Mace, primer campeón de boxeo del mundo, era un alma cándida en su vida diaria.

Los pugilistas de la última mitad del siglo XVIII y del XIX, si no alcanzaron el auge de los actuales, fueron jugadores nobles y un modelo para la juventud, que debe buscar siempre, aun entre el fragor de la lucha, el mantenerse dentro de la corrección más exquisita.

NUNCA MAS...

Aquella noche de bodas
En tu soberbia mansión
Tus amigas fueron todas,
Tus amigos..., menos yo.
Deslumbrarían las gemas
De tu tocado falaz,
Y el nimbo de blancas yemas,
Y el regio velo nupcial.
Palpitarían las pomas
Fraternales de tu ser
Como dos blancas palomas,
Por algo que no diré.
Alguna angustia inefable
Acaso te poseyó,
Cuando el dómine impecable
Echóles su bendición.
Ningún estremecimiento
Quizá se te percibió;
¡Pero, allá, en tu pensamiento...
¡Pero allá, en tu corazón!...
Sonreirías sirenaica
Mintiendo un aire feliz,
Como una vestal arcaica,
Elegida entre diez mil.
Deslumbrarían las gemas
De tu tocado falaz,
Y el nimbo de blancas yemas,
Y el regio velo nupcial.
Aquella noche de bodas
En tu soberbia mansión
Tus amigas fueron todas,
Tus amigos..., menos yo.
Ha poco, nos encontramos,
¿No recuerdas dónde fué?
Apenas nos saludamos,
Tú muy grave, yo también.
Después... pasaron los meses
Sin volvernos a encontrar;
Yo pensaba muchas veces:
¿Nos veremos? "¿nunca más?"
"Nunca más?" ¡Qué desenlace
De una tal intimidad!
Y me hostigaba la frase
Como a Poe: "¡nunca más!"
¡Oh, qué sufrir tan profundo
Con el recuerdo fatal!
Preguntando a todo el mundo
Como un niño: "¿nunca más?"
Y algunos que comprendían
De mi alma la ansiedad,
En secreto me decían:
"Ella le ama", "búsquela".
Pero los más se alegraban
Con una risa jovial,
Y como el cuervo exclamaban:
"Caballero": "¡nunca más!"
Y las sombras de la noche,
Y las brisas de la mar,
Y las cosas familiares
Repetían: "¡nunca más!"
"Nunca más", me perseguía
Por doquiera, sin cesar;
Hasta en sueños siempre oía
Como un loco, el "¡nunca más!"
¡Cuántas veces, desolado,
Disparábame al azar,
Como huyendo del malvado,
Del horrible: "¡nunca más!"
Y aquella que no se nombra
Complacíase en mi mal,
Pues su sombra era mi sombra
Que evocaba el "¡nunca más!"

Armando VASSEUR.



LA MISTERIOSA LHASA

Costumbres de la capital del Tíbet

Era la época en la que los tibetanos celebraban su Año Nuevo. Por la primera vez en la historia, una mujer europea se encontraba a las puertas de la misteriosa ciudad sagrada del remoto mundo de los lamas.

La misteriosa capital asiática estaba atestada de gente. Posadas, casas de comer y de beber: todo estaba lleno.

La valiente exploradora Alejandra David Veel, y su acompañante indígena Yongden, no sabían lo que hacer.

—"¿Quieres una habitación, madre? ¿Vienes de muy lejos y estarás cansada. Ven conmigo, te procuraré alojamiento" — dijo a la expedicionaria una joven descomunal.

"¿Cómo sabía de dónde venía?" —dice la expedicionaria—. Con ella fuimos — sigue diciendo, — y en una humilde choza de mendigos nos instaló. Me saludó sonriendo, y se fué.

No la volvimos a ver más.

Aquel miserable albergue no podía ser más a propósito para resaltar mi personalidad de europea y cristiana.

—"Ya estamos en Lhasa" — dije a mi acompañante.

—"*¡Yha gyalo!*" ¡Lhasa, los dioses ganan! — contestó triunfante.

La capital del Tibet, la Roma de los lamas está lejos de ser una gran ciudad, aunque es la mayor de la comarca.

Situada cerca del río Kyi en amplio valle, cerrado a distancia por altas montañas, en medio de un país de maravillosos paisajes, el panorama de Lhasa pasaría desapercibido si no fuera por el mismo palacio del Dalai Lama que se alza arrogante ocupando la cima de un cerro que brusco emerge en medio del valle. Un cuadro de un buen pintor daría idea de lo que es aquel palacio mejor que una descripción por bien hecha que esté; la mejor fotografía no puede reproducir el imponente aspecto de sus rojos muros y sus tejados dorados que se destacan en el azul del cielo entre el brillante pedestal de los blancos edificios al pie de la colina.

Y dice la exploradora:

"Antes de nada quise visitar el Potala, y con mi acompañante salí con la intención de reunirme a algunos peregrinos.

Dos hombres vestidos con el burdo y blanco sayón de estameña de los campesinos de la región caminaban delante de nosotros.

—"Vamos a reunirnos con ésos; parecen tontos, y esa es la compañía que nos hace falta" — dije a Yongden, el que por toda respuesta dió un empujón a uno de los campesinos, y le dijo cortésmente: "¡Atsi! ¡Dispensa!"

—"No hay de qué, lama" — contestó el hombre.

—"¿De dónde venís?" — preguntó Yongden en el tono provinciano del cortesano al provinciano.

Dijeron sus nombres, y añadieron que habían venido a la capital a vender cebada, y que iban a divertirse antes de regresar al pueblo al día siguiente.

—"¿Iréis a ver el Potala?" — preguntó como cosa hecha.

Cuando contestaron que no era ésa su intención, pues ya lo habían visto varias veces, mi acompañante les miró con aire de compasión y les dijo, como si fuera un monje del Potala, que él les enseñaría muchas cosas que no habían visto jamás.

Convencidos y agradecidos se unieron a nosotros y empezamos a subir la serie de interminables escaleras que conducen al palacio. Los tres hombres iban los primeros; yo los seguía modestamente.

Un muchacho de unos doce años, pequeñito, gordinflón, de nariz aplastada y grandes orejas, envuelto en una bata monacal en la que cabían tres chicos como él, me detuvo y me obligó a que me quitase el gorro de piel, cubrecabezas que no se podía llevar dentro del Potala.

¡Qué desgracia! Aquel gorro era una gran parte de mi disfraz. Mi pelo castaño, que al principio de mi peregrinación teñía con tinta de China, había recuperado su primitivo color y ya no casaba con la coleta falsa, negra como el azabache, que pendía de mi nuca. ¡Qué ridícula iba a parecer!

Obedecí, guardé el gorro y me incorporé al pequeño grupo.

Yongden al verme, haciendo esfuerzos por contener la risa, me dijo:

—"¡Qué cara; qué horror! ¡Parece un demonio!"

Poco me faltó para echarme a llorar, pero me tranquilizó el ver que los dos aldeanos no mostraron asombro alguno.

Otros peregrinos se reunieron con nosotros y entramos en el Potala.

A pesar del esplendor de este palacio, el actual Dalai Lama, no parece fascinado por sus encantos, pues sólo lo visita durante los grandes festivales. La residencia habitual la tiene en Norbu Ling, Isla de las Joyas, en un bosque fuera de la ciudad.

En la noche del primer plenilunio del primer año, se celebra en Lhasa un famoso festival. Grandes armazones de madera se cubren con adornos e imágenes de dioses, hombres y animales pintarrajeados con vivos colores. Un centenar de estas *tormas* se levantan en calles, plazas, y enfrente se colocan altarcitos con gran número de lámparas con el objeto, todo ello, de divertir a los dioses.

Al encenderse las lámparas, una gran muchedumbre se agolpó para esperar al Dalai Lama que vendría a impresionar las *tormas*. Buen número de policías, armados de látigos, vapuleaban a la gente, sin ton ni son, por cualquier insignificancia.

Un gran grupo de policías, anunció la llegada del Dalai Lama. Toda la guarnición de Lhasa estaba sobre las armas. La infantería y la caballería desfilaron por delante de las *tormas*, y en un palanquín cubierto de brocado amarillo, apareció el Dalai Lama, rodeado de gran séquito, en el que figuraban el general en jefe del ejército tibetano y los altos funcionarios del país.

Un pelotón de soldados, cerraba la marcha. Sonaron las bandas de música; estallaron petardos, y miles de luces de bengala iluminaron de verde y rojo, la curiosa cabalgata.

A ésta siguieron otras varias procesiones; personajes notables, con su acompañamiento, llevando multitud de linternas de papel; altas dignidades eclesiásticas; el representante del maharajá de Nepal y otras de particulares de categoría.

La animada capital del Tibet está habitada por una población, cuyo mayor placer consiste en callejear y charlar. Aunque la ciudad no tiene mucho más de treinta mil almas, sus calles están animadísimas durante las horas del día. De noche, ya no es prudente salir de casa, pues desde que hay policía y ejército regular, la inseguridad es grande. Las calles son amplias y bastante limpias, pero la higiene deja mucho que desear.

El templo más sagrado del Tibet es el Jo Kang o Casa del Señor, en donde hay una antigua imagen sobre la cual circulan multitud de curiosas leyendas. En el piso superior, amplio, inmenso, además del altar mayor, con sus millares de lámparas encendidas, hay gran número de departamentos que contienen imágenes de dioses y santos. Innumerables peregrinos circulan, silenciosos, por aquellos obscuros salones, contemplando los inmóviles y mudos personajes. La luz amarillenta de las lámparas es fantástica y desde cierta distancia no se sabe cuáles son las imágenes, si los peregrinos o los ídolos que recogen sus plegarias.

En Lhasa, hay varios monasterios, entre ellos, los dos famosos colegios en donde se enseña el ritual mágico y las ciencias ocultas,

TESTAMENTO PERIODISTICO

I

Sed orgullosos del prestigio de vuestro periódico, y ostentad vuestro penacho sin fanfarronería, pero con donaire.

II

En el diarismo, la monotonía es un estado agónico, y la uniformidad un caso mortal.

III

Sed oportunos; transformáos incesantemente; un periodista tiene que ser cada día más original que el anterior.

IV

Colocad a la Sociedad antes que al individuo y a la Patria antes que a los Gobiernos, considerando que el hombre es pasajero y sólo las instituciones y los ideales perduran.

V

Sabed tener amigos y enemigos, siempre que los unos sean dignos de vuestra estimación y los otros de vuestro desprecio.

VI

Repeled agresión con agresión, lo mismo económica que literaria; la forma de que viváis en paz es que estéis siempre preparados para la guerra.

VII

Vivís en una sociedad que fluctúa entre el período bélico y el fenicio; la espada y el oro son los adversarios de la pluma; sacrificad, cuando sea preciso, vida y fortuna antes que dignidad.

VIII

Sed firmes, pero no testarudos; dúctiles, pero no débiles; generosos, pero no cándidos.

IX

Sed francos, altivos y enérgicos, si queréis ser respetados; la humildad es buena solamente cuando se conduce al calvario y a la crucifixión, porque conquista la divina inmortalidad; en los otros casos es una cobardía vulgar.

X

Sed agradecidos y leales; dentro del ingrato hay siempre un tonto, que se deleita con pecados veniales a cambio de penitencias eternas.

Fragmento de un discurso pronunciado por el ingeniero Félix F. Palavicini, en Méjico, al despedirse del personal de un periódico por él fundado.

TEATROS

"CHINITA", EN LA COMEDIA

El Dr. Pedro B. Aquino, que ha dado a la escena nacional, piezas interesantes, no ha querido perder la ocasión de escribir una obra para lucimiento de Evita Franco, la joven e inteligente actriz, que en pocos años de labor se ha incorporado al pequeño número de nuestras buenas comediantas. Confiando más en su deteridad de comediógrafo, que en su facultad creadora, el Sr. Aquino escogió un asunto simple, simplísimo, muchas veces explotado, cual es el caso de la muchacha huérfana que padres postizos educan y vigilan su virtud como celosos cancerberos, no obstante ésto "Chinita", apodo de la protagonista, huye con un galán que le miente amor, la seduce, la hace madre y la abandona luego. La chica encuentra al final un refugio en el hogar de sus protectores, quienes la perdonan... y telón.

Asunto tan vulgar e ingenuo, sólo podía resultar interesar a fuerza de "metier". Es el mérito de la pieza que tuvo en Evita una buena intérprete, lo mismo que en Morales.

"RHAQUEL", EN EL ATENEO

Un escritor universalmente conocido como don Miguel De Unamuno y que parte tan importante le cupo hace poco tiempo entre los intelectuales rebelados contra el régimen político de España, tiene forzosamente que interesar, cualquiera que sea la forma literaria que emplee para ponerse en contacto con el público. Con "Rhaquel", que nos hizo conocer la compañía Rivera-De Rosas, el vigoroso escritor vasco ha bordado, puede decirse, una obra con sólo dos personajes. Dos sujetos de gran hondura humana, presentados en choque: una mujer, toda generosidad, que ansía ser madre, y un hombre avaro, por sobre todas las cosas, para quien la vida no tiene otra ley que la de la demanda y la oferta. Queda dicho que para él, los sentimientos no existen. Estos dos sujetos unidos en matrimonio están separados por el abismo de sus almas. Ella, al fin, se levanta y huye en pos del hombre que le ofrece el goce de la maternidad. Su marido permanece rumiando su sordidez. Lo único que pierde con su esposa es una fuente de dinero.

Casi esquelética en su construcción, "Rhaquel" es una bella obra demostrativa del talento del gran escritor. Matilde Rivera, a cargo del papel de la protagonista, acreditó su gran comprensión artística, luciéndose destacadamente. De Rosas encarnó el avaro con lujo de detalles, realizando una notable creación. Bien, los demás.

"EL CORREDOR DE CADAVERES"

Con este título ha estrenado la compañía del Buenos Aires un juguete cómico original de León Alberti, logrando un buen éxito de hilaridad. Pieza sin otras pretensiones que la de provocar el regocijo de los espectadores, "El corredor de cadáveres" llenó su misión con largueza, determinando la risa del público, especialmente en el tercer cuadro, el mejor como construcción escénica y el más divertido.

Esta obrita se desarrolla partiendo de un equívoco producido por la suplantación del dueño de un comercio de pompas fúnebres por su empleado, tipo desaprensivo que se introduce en un cabaret y origina una serie de confusiones hábilmente aprovechadas y por el autor para crear situaciones cómicas. Estas y los chistes de toda especie que menudean en los diálogos, son los factores determinantes del éxito de hilaridad obtenido por "El corredor de cadáveres".

Muiño, en el personaje protagónico, le sacó bastante partido, aun cuando no parecía muy seguro de su papel, deficiencia que también se advirtió en los demás actores que participaron en su interpretación la noche del estreno. Esta falla fué salvada en las siguientes representaciones.

EL DEBUTO DEL AVENIDA

Los aficionados a la zarzuela española no pueden, sino regocijarse, porque el resurgimiento del género es indiscutible. A la lista ya numerosa de los músicos españoles empeñados en restaurar la zarzuela, hay que agregar ahora el maestro vasco Jesús Guridi, autor de la partitura de "El caserío", con que se presentó en el Avenida, un conjunto español, constituído por discretísimos elementos, en su mayoría aplaudidos por nuestro público.

Prescindiendo por razones de espacio, del libreto, que no es, en verdad, muy interesante, diremos que en los tres actos de "El caserío" se nota la presencia de un músico de inspiración fresca y abundante, ricamente dotado, que forja números de cálido lirismo como el duo del primer acto y otros llenos de colorido como el preludio del acto segundo, dos pasajes que bastarían para acreditar a un músico, si Guridi no tuviera ya otras páginas bellas, bien conocidas y aplaudidas. Conocimos en esta obra, al tenor Peñalver, una voz agradable, que gustó. A su lado actuó con su habitual eficacia, la Arce, la Pastor, Almodóvar, Barreta y Rubio.

"DESDE EL BAJO AL ROSEDAL A BORDO DE UN CONCEJAL", DE AMADORI Y PELAY, EN EL NUEVO.

Otro acierto en el Nuevo. Esta revista como "Pelado versus Peludo", vuelve al cauce de la antigua revista, desviándose de la corriente bataclanera, cuyo furor por el lujo epatante y un poco "bon marché" últimamente, venía decayendo grandes trancos. Esta revista hecha a base de parlamentos ingeniosos y de chistes de buena ley, llega con toda eficacia al público, reconciliado otra vez con las normas clásicas de la revista criolla. Desfilan ante el espectador, muchos personajes y tipos conocidos, la mayor parte de actualidad y explotados graciosamente.

Cuartuci y Fernández en sus monólogos, Climent y las chicas Fernández, así como los demás elementos del conjunto, trabajan muy bien en sus papeles, contribuyendo en muy buena medida al éxito de la pieza.

CHUCHERIAS

—Me debe ya más de cien pesos Marquez, el actor.
—Marquez siempre hizo muy bien los papeles de deudor.

***

—Ha instalado una academia
de corte, la actriz Artemia
y es un negocio fecundo
que maneja muy airosa.
—Es que nunca hizo otra cosa
que dar corte a todo el mundo.

***

—¿Es cierto que tanto cobras?, —
(le preguntan a un autor)
—Cada mes más y mejor.
—¿Te estrenaron muchas obras?
—Es que ahora soy cobrador.

PINCHO.

CASAUX

Afianza su éxito día a día la jocosa pieza de Malfatti, titulada "Martorell, Magariños y Cía.", catalanismo versus galleguismo, como quien dice. Casaux, en su papel de Martorell, hace las delicias del público. Su vis cómica es inagotable y nada tiene de parecido este personaje con otros catalanes creados por él en la escena. La labor complementaria de Pierina Dealessi y de los demás elementos de la compañía, constituye un aliciente más para la duración de esta obra en el cartel, que ha de ser muy prolongada.

"LLEGO EL BEBE DE PARIS" DE PADILLA Y RATTI, EN EL APOLO

Con un matrimonio estéril, un médico que no lo es y un fresco que lo es en demasía, han compuesto los autores citados en el epígrafe, una pieza que no tiene por objeto, la presentación de problemas de alta moral o de complicaciones psicológicas, sino simple y llanamente, el hacer reir a un público discreto que no da importancia a la verosimilitud y que se preocupa poco de las cosas trascendentales. No puede decirse más de la obra, ni seguramente los autores deseaban otra cosa. Va sin decir, que Pepe Ratti se ha confeccionado un papel de medida, y que ha hecho lo mismo para César. Ello basta para darse cuenta de que los efectos hilarantes abundan y son de resultado positivo. Chela Cordero, además de los nombrados, así como la Bouza y Bigneri, jugaron con toda habilidad sus respectivos papeles y ganaron entre todos, ampliamente la simpatía del público.

EN EL ARGENTINO

Si la salud de Parra, ligeramente resentida durante algunos días, lo permite, se estrenará en estos días, la tercera novedad de la temporada del Argentino, consistente en una pieza en tres actos, titulada "El náufrago del Tritón" de González Cadavid y Villarán, de la que nos ocuparemos en el próximo número si el acontecimiento se produce.

LAS NOVEDADES DEL SMART

En este teatro se sigue un procedimiento antifotográfico para confeccionar su cartel. Y decimos antifotográfico, porque contrariamente al sistema de las ampliaciones, aquí todo se reduce de tamaño. Tres actos se convierten en uno y una novela en prosa se transforma en un acto en verso. Estas manipulaciones del laboratorio del Smart son recibidas por el público con aplauso, ya que todos estamos convencidos de que cuanto más breves son las cosas, más substancia tienen, como ocurre comparando un pucherito matrimonial y un rancho cuartelero.

Dentro de esta línea de procedimiento, alcanzó muy buen éxito "Gutlibi" de Forzano, apildorada por un señor Gil Tomé García que no sabemos de dónde sale. Se está preparando para en breve una versificación de la novela de Martínez Zuviría, "Flor de durazno", que se deberá a la infatigable pluma de Eduardo R. Rossi, quien ya ensartó en estrofas el argumento de "María" de Jorge Isaac y tiene en carpeta con el mismo objeto la geografía argentina y un tratado de química experimental.

ESTRENOSE EN EL COMICO

Debió estrenarse en el teatro de Arata, una pieza de Rafael J. De Rosa, titulada "Maestro Nicola" de la que se tienen referencias optimistas por su gran comicidad. En el número próximo diremos con toda exactitud lo que haya sobre el particular.

PRO PATRIA

En celebración de la patriótica festividad del día 9, fué repuesta en el Nacional la pieza en verso de Yamandú Rodríguez "1810". Con esto, no sólo ha ganado el cartel, al reincorporar un poema de mérito, sino que también ha aliviado mucho del peso pesado que constituían las tres secciones de "Inmigrante", que era demasiado inmigrar.

LA BATACLANERIA

La catedral bataclánica instalada en el Maipo, sigue dando con todo éxito "La revista negra" y "Cabecitas locas" que se mantienen fácilmente por ahora.

EL CIRCO DEL MARCONI

La gente menuda tiene en la sala de Miguelito, su espectáculo favorito. El circo Gumar hace las delicias de los chicos, que se refocilan ante la variedad de artistas que ejecutan interesantes trabajos. Se explica, pues, que el circo esté siempre concurridísimo.

GRAND SPLENDID

El cine favorito de la aristocracia porteña, ofrecerá en esta semana un cartel de películas verdaderamente notable, pudiendo descontarse que sus funciones se efectuarán con salas repletas. Esta temporada es una de las mejores que ha realizado la grandiosa sala que administra el señor Carmelo Carbone.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA

1. 2. 3.

Tres correctos trajecitos sastres. — 1. Creación **Félix Dupouy.** Vestido de kashatoile verde almendra, con hebilla de oro mate. — 2. Vestido compuesto de una chaqueta de sarga azul ultramar, con falda y guarniciones de lana escocés; fondo blanco, con rayas azules y crudas. Cintura de cuero barnizado negro con vuelta de gamuza botonada azul. — 3. — Sastre elegante, componiéndose de una chaqueta de raso negro, con vueltas y reveses de crespón negro de China. La falda está también trabajada en crespón de China, con anchos pliegues huecos. Este vestido puede también ejecutarse en todos los tonos, pero guardando siempre el tono rosa para la chaqueta y el crespón de China para la falda y las guarniciones. Tamb ién resultará lindo ejecutándolo en los tonos gris obscuro, beige y blanco.

Tall. Gráf. A. García & Cía. Perú 1746.